

En tren por Estados Unidos:
Recuerdos de viaje de Eduarda Mansilla -
Testimonio y texto autobiográfico de una viajera privilegiada

Por Silvia Pueyo Larrea

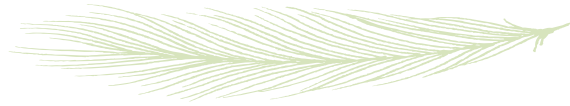


Tesis de maestría en español y estudios latinoamericanos

UNIVERSIDAD DE BERGEN

Junio del 2020

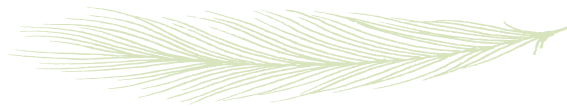
Ilustración 1 Proyecto del ferrocarril interoceanográfico al través del istmo de Tehuantepec, El ALBUM IBERO AMERICANO, Madrid 7 de agosto de 1892. Tomo V num. 5. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.



A mis padres, hermanos y sobrinos.

En memoria de Gregorio Pueyo y su librería.

En memoria de nuestra querida amiga Giovanna Petitti.



Sumario

Esta tesis tiene por objeto aportar un nuevo análisis de *Recuerdos de Viaje*, el primer relato de viaje publicado en Argentina en 1882 y escrito con pinceladas autobiográficas por Eduarda Mansilla, una de las escritoras argentinas más influyentes del siglo XIX. Analizo la metáfora del tren, la voz de la viajera en diferentes espacios y su inversión del binomio *civilización-barbarie*. Sus viajes en tren invitan al lector a conocer la Costa Este de Estados Unidos en ese primer año de guerra de secesión en 1861, en fase inicial de la modernización del país y del turismo. La elegante narración sin pseudónimo transmite al lector un nuevo enfoque literario con respecto a numerosos temas culturales. Con su mirada femenina desvela la realidad de la utopía estadounidense, fruto del *Destino Manifiesto*, ocultada por los escritores varoniles argentinos. El cuadro teórico se basa en definir el relato de viaje y presentar las características de la literatura de viaje y la autobiográfica según investigadores canónicos. El presente trabajo y su análisis se apoyan en nuevas publicaciones internacionales, además de archivos históricos parcialmente facilitados por Manuel Rafael García-Mansilla, el tataranieto de la autora.

Palabras claves: relato de viaje, autobiografía; Modernidad; tren; Argentina; Estados Unidos

Abstract

The aim of this thesis is to provide a new analysis of *Recuerdos de Viaje (Memories of Travel)*, the first travel story published in Argentina in 1882 and written with autobiographical strokes by Eduarda Mansilla, one of the most influential Argentinian writers of the 19th century. I analyse the train metaphor, the voice of the traveller in different spaces and its inversion of the *civilization-barbarism* binomial. Her train trips invite the reader to visit the East Coast of the United States in that first year of war of secession in 1861, which is also the initial phase of modernization of the country and tourism. The elegant narrative without pseudonym conveys to the reader a new literary approach to many cultural issues. With her feminine gaze, she reveals the reality of American utopia, the fruit of Manifesto Fate, hidden by Argentinian male writers. The theoretical approach emphasizes on defining the travel narrative and presenting the characteristics of travel literature and autobiography according to canonical researchers. The present work and its analysis are based on new international publications and historical archives partially provided by Manuel Rafael García-Mansilla, authors great-great-grandson.

Keywords: Travel literature; autobiography; Modernity; train; Argentina; United States



Mis sinceros agradecimientos

A Jon Askeland, mi profesor de literatura y tutor, que sin su ayuda y sabiduría no hubiese sido posible realizar este trabajo. Su paciencia es infinita, en especial con la revisión de mi tesis. Asistir a las clases de Jon es vivir una novela policiaca en persona: su talante literario capta la atención del estudiante desde el primer minuto del curso hasta los cinco últimos minutos cuando desvela, por fin, el enigma. ¡Todo un maestro!

A Kari Salkjelsvik Soriano, mi primera profesora de literatura en UIB, por haberme presentado varios relatos de viaje, incluido *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla. Su pedagogía y sus interesantes cursos me han dado el gusto por la literatura hispanoamericana. Su meta ha sido convertirnos literalmente dicho en unos «Sherlock Holms» y a darnos las claves para «leer las obras literarias», sus «caramelos». ¡Grande!

Con la misma consideración y respeto quiero agradecer a cada de mis profesores que tuve en estos cinco años, por la dedicación y simpatía que transmiten a sus estudiantes. Gracias también a la administración de UIB y empleados de la biblioteca HF.

A mis compañeras de estudios incluida nuestra Guadalupe desde la ciudad de Stavanger. Deseo a cada una todo lo mejor con sus maestrías y futuros desafíos.

Quiero agradecer a Manuel Rafael García-Mansilla, tataranieta de Eduarda Mansilla y editor de *Editorial Virtudes* en Salta en Argentina, por su valiosa colaboración y archivos históricos que me facilitó con mucha ilusión. De igual modo a la Profesora Marina L. Guidotti por enviarme su interesante publicación *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* (2015).

En fin, agradecimientos muy personales por la motivación de mis queridos amigos en esta aventura literaria. A Elna y Karianne, mis primeras amigas noruegas, una gran amistad como la de mi «otro hermano», Massimo Toffoletto y familia de Treviso, Lisa, Lorenzo y Angelo. Sin olvidarme de Akikosan, Anka, Angélica y María de Pamplona, Ann, Anne, Bjarne, Benjamin y Alisja, Angelo, Annelise, Cristóbal, Erika, Francesca, Francis Oloko ☺, Guillermo, Haifeng, Janina, Karen, Karin, Karina, Liliana de México, Lone, Maria, Martha, Nina y Stephen, Pato de Buenos Aires, Runa, Sara, Svetlana, Teresa, Thanh, Torhild, Ute y Åshild.



ÍNDICE

Sumario	V
1 INTRODUCCIÓN	1
Objetivo.....	2
Metodología	3
Justificación personal.....	5
2 CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL	7
2.1 Introducción	7
2.2 La llegada de la modernidad	8
2.3 La llegada del ferrocarril a Argentina.....	10
2.4 La llegada del ferrocarril a Estados Unidos	12
3 MANSILLA Y <i>RECUERDOS DE VIAJE</i>	17
3.1 Datos biográficos de Eduarda Mansilla	17
3.2 Estudios críticos sobre Eduarda Mansilla	19
3.3 Sinopsis de <i>Recuerdos de viaje</i> y su crítica	21
3.4 Estudios críticos sobre <i>Recuerdos de viaje</i>	22
4 MARCO TEÓRICO	25
4.1 Género: Literatura de viajes.....	25
4.1.1 Definición del viaje/del género.....	25
4.1.2 Características señaladas por R. Lehuenen y O. Gannier	29
4.1.3 Breve evolución histórica del género de la literatura de viaje	31
4.1.4 Concepto viajero vs turista.....	35
4.2 Memorias y autobiografía	36
4.2.1 Definición	37
4.2.2 Breve evolución histórica del género de literatura autobiográfica	39
4.2.3 <i>Acto de presencia</i> de Molloy	42
4.2.4 Características del género - <i>El pacto autobiográfico</i> de Lejeune	43
5 ANÁLISIS.....	47
5.1 ¿Quién habla y cómo se presenta?	47
5.1.1 La narradora aristócrata conocida.....	47
5.1.2 Un viaje hacia su interior	54
5.1.3 Un viaje hacia allá y en libertad.....	58

5.1.4	Narradora con mirada privilegiada	62
5.1.5	Escribe sus memorias sin mencionar su genealogía	64
5.1.6	Rechazo del Otro extraño y reconocimiento del Otro	67
5.1.7	De aprendiz para formar parte a ese género.....	71
5.2	¿Por qué escribe?	74
5.2.1	Poner orden en su vida.....	74
5.2.2	Testigo.....	76
5.2.3	Función educadora	81
5.2.4	Su versión femenina.....	85
5.2.5	Revivir encuentros felices.....	88
5.2.6	Promoción implícita de sus obras literarias	91
5.3	¿Cómo habla? Algunas consideraciones del lenguaje empleado.....	94
5.3.1	Unos ejemplos.....	94
5.3.2	Evaluaciones	94
5.3.3	Léxico empleado	97
5.3.4	Con o sin distancia	99
5.3.5	Con o sin entusiasmo	100
5.4	Resultados del análisis – Consideraciones finales	102
	Bibliografía	106
	Anexo - Introducción	115
	Artículos periódicos concedido por Manuel Rafael García-Mansilla.....	119
	Copias de periódicos de <i>El Nacional</i> en <i>Escritos periodísticos completos (1860-1892)</i> (2015) de Marina L. Guidotti	123
	Artículos de la <i>Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España:</i>	127
	Ilustraciones	133



1 INTRODUCCIÓN

Eduarda Mansilla publicó *Recuerdos de Viaje* en 1882 desde su natal Buenos Aires después de veinte años viajando por Europa y con enfoque en su primera estancia en Estados Unidos. Representa el primer relato de viaje escrito y publicado en Argentina por una mujer. Nos lleva de viaje por la Costa Este del país norteamericano en 1861, fecha del inicio de la guerra civil estadounidense y motivo de la misión diplomática de su esposo. Su elegante narración nos invita a vivir la travesía trasatlántica desde la ciudad francesa de Le Havre a Nueva York en Estados Unidos. Una vez llegada, viajamos junto a ella en tren y en barco a vapor atravesando la pintoresca naturaleza en esa época anterior al desarrollo masivo de la modernización y del turismo en el país. La viajera-autora se reencarna en una viajera clásica siguiendo los itinerarios de viajeros rumbo a las cataratas del Niágara y la Costa Este, como hizo Chateaubriand y otros viajeros-escritores. Pero también puso a prueba su calidad de *viajera distinguida* como en el Balneario de Saratoga. Además, con sarcasmo y mirada femenina, nos ofrece una sorprendente radiografía de la sociedad estadounidense de 1861: de Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington, Montreal y Albany con divagaciones por aspectos históricos, políticos y sociológicos. Llamativa es también la dicotomía entre los espacios públicos y los privilegiados de la emergente burguesía, clave en la nueva sociedad de consumo cultural del país. En fin, si Estados Unidos representó el *sueño americano* para muchos colonos e inmigrantes, este país de inminente imperialismo inspiró a escritores hispanoamericanos para implementar el progreso norteamericano y la correspondiente visión utópica en sus países, como fue el caso de Domingo F. Sarmiento en Argentina. En cuanto a Eduarda Mansilla, su vida acomodada y su talento literario le ayudaron a entrar en el mundo literario imbuido de relatos de viaje más o menos portentosos de autores partidarios de las políticas imperialistas estadounidenses y de la cruzada de *civilización* contra *barbarie*, que sólo podría mantener subordinada a Hispanoamérica. En cambio, la autora argentina supo no solamente dar su versión de Estados Unidos con sus propios ojos y sin esos filtros ideológicos, sino también alumbrar con brillo y talento la voz femenina, en buena medida invisible hasta ese final de siglo.

Objetivo

El objetivo del presente trabajo se orienta hacia el examen de un libro representativo de un género en auge de la literatura del siglo XIX. No me consta que se haya hecho algún estudio sobre el rol del tren en *Recuerdos de viaje* o de ciertos aspectos de la voz del Yo de este relato. Propongo así cubrir un vacío en las investigaciones literarias ya existentes que ofrecen interesantes enfoques temáticos como en su viaje al país norteamericano, la cuestión del género y de las costumbres estadounidenses incluyendo la política y la moda femenina. Dividiremos en cuatro partes este trabajo: el contexto histórico y cultural (1), Eduarda Mansilla y *Recuerdos de viaje* (2), el cuadro teórico (3) y el análisis (4). En la primera parte, nos situaremos en la línea temporal con un breve contexto histórico y cultural de la Modernidad del siglo XIX; introduciremos la llegada del tren en Argentina y en Estados Unidos que prevalece el espacio del relato que nos ocupa. En segunda parte, nos referiremos a Eduarda Mansilla, su obra y repercusión literaria. En tercera parte, estudiaremos el cuadro teórico que presenta la literatura de viaje y el género autobiográfico. Por una parte, presentaremos diferentes definiciones del concepto del *viaje* y del sintagma «relato de viaje», sus características y su breve evolución histórica. De paso, aclararemos las diferencias entre la figura del viajero y la del emergente turista. Nos basaremos en investigaciones publicadas de estos últimos años de reconocidos teóricos, apoyándome básicamente en investigadores franceses como Roland Le Huenen. Ciertamente es que Francia como Gran Bretaña goza de una larga tradición literaria itineraria con los relatos de viaje de los *Grand tour* del siglo XVIII, si bien la española atesora la mayor riqueza de manuscritos a raíz de la época de la Conquista y de la Colonial en las Américas. A causa de las independencias hispanoamericanas y las circunstancias históricas, no consideraron dicho patrimonio cultural hasta hace unos años por su interés en el campo de la literatura de viaje y la democratización del viaje. Por otra parte, introduciremos el género de la literatura autobiográfica, su mejor «pariente y aliado», haciendo hincapié en el *Acto de presencia* de Sylvia Molloy y en el «pacto autobiográfico», concepto creado por Philippe Lejeune. En fin, la cuarta parte se referirá al análisis de la tesis dividida en cinco partes. Analizaremos la voz de Eduarda Mansilla, el motivo de su narración, su visión del contexto histórico americano, los temas que trató y su modo de presentarlos. Concluiremos mostrando los resultados principales de nuestra indagación. El trabajo ofrece también en anexo la repercusión que tuvo la autora y sus obras en el mundo literario con una presentación de material de archivos, como algunos artículos de la época.



Metodología

En cuanto a la metodología utilizada en este trabajo, se tratará del análisis de fuentes documentales primarias y secundarias. Las fuentes primarias consisten en fuentes nuevas y originales gracias a la valiosa ayuda de Manuel Rafael García-Mansilla quien me envió, con mucho entusiasmo, documentos oficiales de instituciones públicas. El motivo de su contacto mediante su blog de *losgarcia-mansilla* fue para aclararme fechas y datos contradictorios sobre su tatarabuela en algunos ensayos literarios que encontré. Comparto en un anexo dichas conversaciones y documentos. De igual forma, retengo valiosa el envío de la publicación de la profesora Marina L. Guidotti, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* (2015), trabajo enfocada en el período periodístico de Eduarda Mansilla y en el cuál pude copiar algunos artículos sobre la recepción de la obra de la autora. En cuanto a mis propias aportaciones, me baso en publicaciones literarias del género viático con estudios de profesores e investigadores en dicho género que me han sido claras e interesantes para mi primer contacto con modo literario. Mi discusión teórica se basa en algunas de las últimas publicaciones internacionales como *Le récit de voyage au prisme de la littérature* (2015) de Roland Le Huenen, publicado por la Universidad de La Sorbonne, y *La littérature de voyage* (2016) de Odile Gannier, publicado por la Universidad de la Polinesia francesa. En cuanto a la lengua inglesa, me he apoyado en algunos estudios básicos de la publicación de *The Cambridge Companion to Travel Writing* (2002) de Peter Hulme y Tim Youngs, publicado por la Universidad de Cambridge. La página web del «*Centre de recherche sur la littérature des voyages*», el centro de investigación de la literatura de viajes, ubicado en París representa una ventana cultural sobre el género viático que puede ayudar también a otras investigaciones. En cuanto al tema del tren considero interesante la obra sociológica de Wolfgang Schivelbusch *Histoire des voyages en train* (1977) entre otros estudios. En lengua española, numerosos investigadores trabajan en el tema viático desde décadas como Luis Albuquerque-García, pero he tratado de basarme en recientes y diferentes publicaciones incluyendo tesis de doctorado de literatura de viaje como la de Beatriz Colombi de 2010. Sin embargo, las fuentes teóricas del género autobiográfico, si bien no represente el principal tema de mi trabajo, ha cobrado importancia teórica por tratarse aquí de un Yo que se acuerda de las experiencias de un Yo muchos años antes. Hay una bibliografía muy amplia con respecto al género autobiográfico, pero para el desarrollo de mi trabajo ha sido muy útil *Escritura autobiográfica* (1993), recopilación de José Romera y colaboradores y los

estudios de algunos de los grandes referentes en dicho género, Sylvia Molloy y Philippe Lejeune. Además, he sacado provecho de algunas ideas de un libro de Blanca Estela Treviño García, *Aproximaciones a la escritura autobiográfica...* (2016).

En fin, para orientar mis lecturas he recurrido a fuentes secundarias como el *Diccionario de términos Literarios* (1996), a la *Antología de Escritoras Hispanoamericanas del siglo XX* (2012) de Susanna Regazzoni, al *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier. Asimismo, corresponde señalar el provecho que he sacado de las lecturas de las primeras investigaciones sobre Eduarda Mansilla por especialistas de gran renombre como María Rosa Lojo. Por mi parte, logré encontrar en la *Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España* algún reconocimiento de la prensa europea sobre la autora. En cambio, no logré encontrar artículos de su primer viaje en 1861, sino de su segundo viaje entre 1868 y 1872. Uno de los motivos fue el cierre de los Archivos de Buenos Aires este otoño/invierno austral, debido a la pandemia. Las peticiones que hice este otoño requerían una investigación presencial que no pude hacer.

En todo caso, los géneros viático y autobiográfico ofrecen un espacio de lectura fascinante con encrucijada de culturas y de interpretaciones. Por eso, después de la entrega de este trabajo merecerá la pena, para mi meta personal, considerar no solamente futuras publicaciones, sino también perseguir interesantes fuentes y pistas secundarias encontradas conforme me adentraba en mi tesis.



Justificación personal

Cuando leí las primeras líneas de *Recuerdos de Viaje*, me identifiqué tanto con la narradora que sentí metamorfosearme en su persona vestida en *Laferrière* viajando a bordo de un barco trasatlántico de Le Havre a Nueva York. Sentí un *flashback* que me llevaba a mi última experiencia laboral a bordo de un barco de crucero como encargada de excursiones. Da la casualidad de que prácticamente ciento cincuenta años después del viaje de la viajera-escritora, me tocó inaugurar esa misma travesía trasatlántica, en teoría en quince días de travesía, junto a mis compañeros de una compañía de crucero. Como en cualquier primer viaje surge la ilusión, pero también muchas incógnitas sobre ese Otro. Conforme me adentraba en los *Preliminares* de *Recuerdos de Viaje*, revivía esos momentos entrañables sin olvidar cuando nos armábamos de paciencia y de fuerza frente a la tempestad con fuerza 9 que se nos avecinaba en ese mar atlántico desencadenado en pleno mes de septiembre, y lejos de la tranquila naturaleza normanda y las maravillas de la Costa Este que nos iba a acoger durante varias semanas. ¿Y qué decir de los mareos de los huéspedes que describe Eduarda Mansilla? Pues, no es ficción. Solo los viajeros aventureros en búsqueda de sensaciones fuertes disfrutamos de esa *lavadora*, aunque algunos eran conscientes de poder perder sus dentaduras postizas frente a las gigantescas y bruscas olas que ya golpeaban sin preaviso el barco. Lo cierto es que la emoción de la travesía atlántica que vivió Eduarda Mansilla rumbo a Nueva York la comparte cualquier viajero sobre todo por la guindilla con la histórica llegada a Nueva York. Allí estábamos en primera línea en la cubierta del barco a las cinco de la madrugada sintiendo en la cara el aire fresco y los primeros rayos de sol bien merecidos después de una travesía un tanto movida; sin olvidar esa emoción que nos apoderaba como la que pudieron vivir millones de emigrantes europeos en busca del *sueño americano*.

En fin, ¿es destino o casualidad el que haya ocupado mi tiempo libre este año para analizar como aprendiz la obra *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla para mi tesis de maestría? Lo ignoro, jamás hubiera pensado meterme en semejante *travesía del desierto*. Mis intenciones eran otras, pero, al fin y al cabo, decidí aventurarme para seguir mejorando mi *exótico castellano* y seguir aprendiendo. Así, busqué un tema compatible con mi experiencia laboral en el turismo. Al documentarme me inspiró el género de la literatura de viaje. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Precisamente por considerar la literaria junto a la filosofía el

summum de la sabiduría. No tengo ninguna pretensión literaria, pero debo reconocer que me ha fascinado siempre la época decimonónica desde mi época escolar leyendo a los grandes escritores clásicos franceses, hace ya unos años. Aunque recuerdo mis profesores de lengua si bien cultos, no sabían transmitirnos el gusto por las letras debido a una pedagogía anticuada y a sus propios *egos* que glorificaban sus publicaciones desde sus pedestales. En suma, aprendí a leer «sin saber leer» y a redactar «sin saber redactar», y sin mayor motivación, a diferencia de las ciencias que sí que me transmitieron paradójicamente humanidad y estímulo. Ojalá mi modesta tesina llene este supuesto vacío y aporte una perspectiva nueva y motivadora a quién quiera seguir con el tema, pero sobre todo espero que invite a más lectores a descubrir a una *Señora* de las letras como Eduarda Mansilla y su obra *Recuerdos de viaje*.

Dicho esto, os invito a montaros en el tren en compañía de nuestra *viajera distinguida*, Eduarda Mansilla, la mejor guía de travesía y de la Costa Este de los Estados Unidos de 1861. ¡Buen viaje!



2 CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

2.1 Introducción

«El silbido de las locomotoras, alterna sin cesar con el de los vapores que cruzan de día [sic] y de noche por ríos, lagos y canales».
(Eduarda Mansilla, *Relatos de viajes*, 1882:29)

Cuando en 1882 Eduarda Mansilla publicó *Relatos de viajes* desde su Buenos Aires natal, describió su travesía transatlántica veinte años antes¹ junto a su familia. El viaje fue de Francia a Nueva York, donde tuvo una estancia de un año. De ahí la familia emprendió varios recorridos por el noreste del país principalmente en tren. Durante ese período, Mansilla fue testigo de la doble función paradójica de dicho medio de transporte; por una parte, este medio se convirtió en puente y progreso entre las comunidades hasta ese entonces aisladas y rurales y, por otra parte, en un arma de guerra usado por vez primera en un conflicto bélico (Wolmar Introducción xix). Este contexto histórico es interesante por ser descrito por una mujer argentina en época que es testigo de la modernidad decimonónica estadounidense, mientras que su país de origen hace oficio de telón de fondo en el relato.

En este primer capítulo de mi trabajo, mi intención es demostrar en qué medida la llegada del ferrocarril acarrió un inicio de dinamismo y de cambio social con sus dicotomías en el espacio sociocultural decimonónico de Argentina y de Estados Unidos. Dividiré este capítulo en tres apartados. En el primero presentaré brevemente la modernidad, la función y el impacto del tren en la vida del hombre moderno, la diferencia entre el progreso americano y el europeo, el inicio de la moda del turismo y de la experiencia sensacionalista a través de la evolución del viaje y de los instrumentos emergentes ópticos. En el segundo, me referiré a la llegada del ferrocarril a Argentina en un contexto histórico marcado por el fin de la dictadura gracias al apoyo nacional y al imperialismo inglés, entre otros inversores; además, haré una breve radiografía de su división cultural entre indígenas y criollos, de su economía y de la nominación de Buenos Aires como capital del país y centro cultural hispanoamericano. Por último, abordaré el contexto histórico y cultural de la llegada del tren en su primer viaje

¹ Eduarda Mansilla escribe 1860 pero en realidad su llegada fue en 1861.

inaugural en 1830 en Estados Unidos y su rol en 1861, primer año de la guerra civil haciendo un paralelo con Argentina. Además, haré hincapié en sus logros no solamente con sus primeras ciudades y su vida utópica para los extranjeros, sino también cómo alcanzó a desarrollar la mayor red ferroviaria mundial a final del siglo decimonónico.

2.2 La llegada de la modernidad

El relato *Recuerdos de viajes* se sitúa en plena llegada de la modernidad a los Estados Unidos en el siglo XIX, siglo del hierro y del vapor y rico en inventos tecnológicos surgidos de la Revolución Industrial. El *caballo de hierro*, metáfora del tren, fue el más revolucionario entre los numerosos logros a la par del barco a vapor, el telégrafo, la electricidad y la imprenta masiva. Se puso en marcha en 1830 en Inglaterra como medio de transporte por George Stephenson y llegó a los Estados Unidos para innovar a su turno. Dicho en palabras genéricas, la modernidad decimonónica representó un ideario surgido del racionalismo ilustrado basado en las ciencias y la filosofía, liberado de la fe religiosa y de las tradiciones. Era cuestión de implementar un Estado de Derecho, liberal y democrático cuya fusión de las leyes, la política y la economía regularon la vida del hombre, un ciudadano u hombre libre y autónomo, capaz de crear y controlar su espacio vital por sí mismo. Además, se trataba también de un proyecto de creación de identidad nacional con un discurso cultural dicotómico entre lo *civilizado* y lo *bárbaro*, que abogaba por realizar una utopía. Ciertamente conllevó el fracaso y la crisis existencial del hombre moderno al inicio del siglo XX (Zamorano 240-244).

En cambio, lo interesante fue el transporte ferroviario², el tren y su gran impacto en la sociedad moderna. Es decir que, partiendo de la premisa de que el proceso de modernización necesitó mano de obra para los centros urbanos e industriales, surgieron el éxodo rural y la explosión demográfica en las futuras megalópolis (Ilustración 12). Con su locomotora y su silbido, el tren fue puente y motor de la prosperidad entre comunidades, recorrió todo tipo de espacios con distintos grupos a bordo: emigrantes, viajeros, exiliados, especuladores, militares, aventureros, e inversores; cubrió las diferentes necesidades vitales de la nación, a saber, la distribución de cosechas, mercancías, prensa y correo; contribuyó así al alfabetismo nacional y de paso conforme aumentaban las redes ferroviarias hubo un efecto de moda y de democratización de los viajes turísticos con la construcción de balnearios, benéficos para la

² El ferrocarril generó rápidos beneficios económicos con la entrada de capitales imperialistas sobre todo en las grandes urbes con puerto como Nueva York y Buenos Aires (Topalov 52).



salud pública (Wolmar 16-35) (Ilustración 11). Es más, no quisiera omitir la figura autoritaria del tren por su función panóptica; es decir que reguló, controló y protegió la vida de los ciudadanos en sus desplazamientos extraurbanos con la ayuda de la electricidad, del telégrafo, del concepto del tiempo³ y de la seguridad cívica. Así, por una parte, surgió el inicio del orden urbano frente al bullicio y ajetreo de la multitud y los vaivenes de barcos a vapor y de los emergentes ómnibuses y, por otra parte, significó los días contados para la época tradicional con sus cocheros y diligencias (Frisby 91-92). Entendemos así en esta modernización cómo el tren pasó de máquina de vapor a máquina del tiempo, viajando en los estados sincronizados con la implementación del concepto del tiempo, además de cómo su locomotora se propulsó hasta las tierras inexploradas del Oeste uniendo los pueblos. En este contexto, Eduarda Mansilla fue testigo del pasaje moderno decimonónico tanto en las Américas como en Europa, de donde había salido.

Cierto es que el progreso americano se mostró diferente al europeo (Larraín 315). Conforme las Américas se consolidaban tras sus independencias, la llegada de la modernización en el continente no fue inmediata. Sin embargo, una vez incursionada tanto sus políticos como sus élites vieron en los nuevos inventos una gran esperanza de desarrollo ferroviario que alentó el proyecto de Nación reflejado en la literatura nacional ofreciendo nuevos relatos de viajes entre otros. El *Siglo del Grand Tour* del siglo XVIII con sus viajes culturales en diligencia realizados por algunos burgueses viajeros y exiliados políticos rumbo a Europa y los Estados Unidos, dicho viaje se democratizó conforme aumentaban las redes ferroviarias y los años; surgió un efecto de moda y de mimetismo en los desplazamientos de la emergente burguesía y junto al capitalismo nació el turismo y la figura del turista moderno, los cruceros y los centros de balnearios benéficos para la salud pública. No en vano, los escritores hispanoamericanos y de los imperios tuvieron sus rivalidades con sus viajes ultramarinos en tren cuyos relatos incentivaron a nuevos lectores a vivir su viaje centrado en una nueva perspectiva sensacionalista y panorámica jamás vista antes en la época de los medios de transportes tradicionales. Así, la novedad moderna fue sinónimo de un nuevo espacio amplio y movable vinculado al movimiento, progreso, desarrollo y dinamismo. De hecho, esto no significó que fuera mejor viajar en tren, sino que su velocidad puso punto final al viaje en diligencia, el fin de una relación cercana y pausada entre el viajero y su espacio.

³ El horario reguló y sincronizó el mundo con los fusos horarios en 1883 (Matusitz 453)

Esta sensación espacial moderna vivida desde el tren se la puede asemejar también con la experiencia visual innovadora que experimentaban los ciudadanos con el caleidoscopio, el diorama, el phenkisticopio y la cámara oscura, entre otros instrumentos visuales modernos. Se pusieron en escena como los precursores de la fotografía y del cine del siglo XX. Lo impactante fue cómo el viajero y el usuario de dichos instrumentos estuvieron inmiscuidos en el mismo conflicto entre los dos espacios, o sea, entre su espacio natural tradicional y el espacio técnico moderno con la máquina. Representó una geometría del espacio por la mirada, cuyo usuario perdía su lado humano al penetrar en el instrumento convirtiéndose él mismo en parte de la máquina. De hecho, el arte pictórico decimonónico y el arte cinematográfico se inspiraron de esta nueva mirada (Melon 4- 5; Belloï 70).

En fin, el *caballo de hierro* vino a representar el hilo conductor innovador del proceso de la modernización y de las artes decimonónicas. A raíz de la Ilustración, la vida moderna impactó con su progreso a la nueva sociedad en búsqueda de nuevos valores modernos y de una identidad nacional americana. Los escritores-viajeros enriquecieron el género de viaje con otras perspectivas culturales que inspiraron o fueron rechazados. Pero, sin duda alguna, el ferrocarril unificó y encarnó el mito del siglo XIX en un espacio moderno en constante movimiento, y formó parte de las sensaciones visuales modernas.

2.3 La llegada del ferrocarril a Argentina

Tras el largo proceso de consolidación del Estado nacional argentino y el fin de la dictadura de Rosas⁴, ese Estado liberal⁵ argentino inauguró en 1857⁶ el tren y su locomotora *La Porteña* recorriendo unos 10 km de vía férrea desde la Estación Parque de Buenos Aires y la primera concesión llamada *Ferrocarril Oeste* (Ilustración 2-3-4). Argentina alcanzó la quinta posición⁷ de los países modernos latinoamericanos, pero su arranque ferroviario cobró especial

⁴ 21 años de luchas hasta 1852 entre unitarios (Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Juan, San Luis, Tucumán, Salta y Mendoza), y federales (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes) (Gerstner 28).

⁵ Exilio de políticos liberales de la Generación del 37, Alberdi, Sarmiento y Mitre a Uruguay, a Chile, y Estados Unidos. Consolidaron el país después de 1852 (Paatz 150; Gerstner 28-31)

⁶ El 30 de agosto de 1857 inició con dos frecuencias diarias y después un servicio nocturno. El precio del viaje en primera clase rondaba los \$ 10 y en segunda o carruaje descubierto los \$ 5. Activo todo el año incluido los festivos. En ese año viajaron 56.190 pasajeros y se cargaron 2.257 toneladas de mercancía; en 1858, 185.566 pasajeros y 6.747 toneladas de carga. En 1866 aumentó el transporte de carga con el trigo con la llegada del ferrocarril a Chivilcoy (160 kilómetros de Buenos Aires)» (Widmann, web).

⁷ Llegada del ferrocarril en Cuba en 1837, Perú en 1851, Brasil en 1854, Panamá en 1855 y Argentina en 1857, México en los 70 (Kuntz Ficker – Ebook Kindle).



fuerza en 1860 con la paz entre los federalistas y los centralistas y el regreso de los empréstitos (Lewis 8; Gernstner 132).

De hecho, la independencia argentina fue paradójica y le duró poco al país. En su proceso de modernización no tuvo más remedio que fortalecer su economía en gran medida con el apoyo del imperio inglés, no por desarrollar la industrialización, sino por fomentar la actividad agropecuaria en todo el país. Según Mary Louise Pratt, las infraestructuras y explotaciones agrícolas inglesas fueron las más poderosas en el país (274). Ciertamente es que mediante sus empréstitos tendieron las vías férreas en las regiones fértiles de Rosario a Córdoba en 1870 y de Córdoba a Tucumán en 1876, poblaron las tierras interiores. El transporte de inmigrantes representó un mayor negocio para los ingleses quienes, al final, lograron el control del mayor kilometraje ferroviario en el país⁸ (Salerno 219-220; Marún 74).

En cambio, Carolina Depretis apunta la dicotomía cultural y social en el país de ese entonces. En el norte, vivieron los criollos y los europeos, y en el sur, entre la Pampa y la Patagonia, los indígenas. Dicho espacio fue conflictivo hasta 1880⁹ cuando los liberales se adueñaron del territorio nacional (71). El lema *Gobernar es poblar*, de la política civilizatoria de los liberales, se basó en una utópica sociedad civilizada inspirada en la de los Estados Unidos, los precursores en la inmigración masiva e independiente (Ferrús 21; Paz 4). En ese contexto, el ferrocarril demostró ser imprescindible en la colonización agrícola, en la protección fronteriza y en los viajes de las campañas políticas (Salerno 221). Así, Argentina se convirtió en país receptor y el mayor exportador mundial de materias primas agropecuarias a finales de siglo. Este proceso modernizador argentino fue rápido por tener una sociedad trasplantada, a diferencia del resto de los países hispanoamericanos enraizados en sus culturas ancestrales (Sánchez 60; Marún 75 cita a Ribeiro).

En cuanto a Buenos Aires, lugar de origen de Eduarda Mansilla, fue promulgada capital en 1880 y representó el centro cultural y económico¹⁰ de la República Argentina. Gracias al ferrocarril superó a Lima por su hegemonía y su eje comercial interior y trasatlántico (Pratt 275). La capital argentina se destacó además en Hispanoamérica por su sociabilidad intelectual plural y por el cultivo de diferentes géneros literarios e ideológicos que enfatizaron el

⁸ Hasta 1890 Argentina produjo y controló sus ferrocarriles. A causa de la fase de endeudamiento de la provincia de Buenos Aires y de la crisis nacional de los años '80, el ferrocarril pasó al dominio inglés antes de la revolución de 1890. La nacionalización fue en 1947 (Widmann, web).

⁹ En 1880, Roca gana en la «Campaña del Desierto» y define el territorio argentino (Gernster 68).

¹⁰ En 1870 se establecen los primeros bancos en Buenos Aires (Marún 75).

sentimiento americano que nació después de las independencias (Regazzoni 13). Además, la capital se convirtió en cosmopolita¹¹ con una élite criolla y su afrancesamiento (Sánchez 61). Frente a los defensores de la *civilización*, la literatura hispanoamericana se destacó por ser unida y compartir el mismo origen cultural y también su problemática con el indigenismo, la esclavitud, el progreso, el imperialismo y el sentimiento periférico (Larraín 316). Esta preocupación intelectual tuvo como meta el activar un proceso de creación de identidad cultural nacional a la par del interés en la modernización. De hecho, dicha lucha se reflejó en su literatura nacional (Ferrús 25). Fue en este contexto histórico que emergió el «cosmopolitismo literario» en la capital bonaerense con la influencia literaria de la *Generación del 80*¹² prevaleciendo los relatos de viaje escritos por hombres debido a su acceso al mundo editorial (Marún 68).

Tras la independencia y un siglo de disturbios políticos, incluido la Batalla de Pavón en septiembre del 1861¹³, el emprendedor Estado liberal argentino metamorfoseó la nación tradicional en una de las potencias económicas mundiales a finales de siglo con la ayuda del paternalismo inglés, pero consiguió crear una nueva identidad cultural nacional mediante sus intelectuales y sus publicaciones en la prensa, divulgador nacional espiritual y de noticias en auge en ese entonces. Consecuentemente, con la expansión ferroviaria argentina y la llegada de la inmigración europea, a partir de los años 80, Buenos Aires abandonó la «época del cuero» y entró en la época de la «sociedad de masa» pasando del sintagma de la «gran aldea»¹⁴ colonial al de «París de Suramérica». Este logro fue también gracias a la presencia en la escena pública de escritoras-viajeras como Eduarda Mansilla (Sánchez 57).

2.4 La llegada del ferrocarril a Estados Unidos

«La civilización de los Estados Unidos inició con el ferrocarril.»
(Wolfgang Schivelbusch cita a Max María von Weber 95)

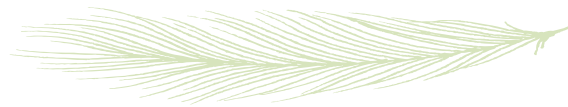
En 1830, el tren con su tracción por caballos inauguró la primera línea ferroviaria estadounidense de Baltimore a Ohio. Inició la época de la «fiebre del ferrocarril» que se

¹¹ Existieron varios círculos literarios como el *Círculo Científico Literario* de jóvenes escritores y médicos, conscientes de crear «una nueva generación literaria» y con influencia liberal (Marún 68).

¹² Generación fundadora de la Argentina moderna mediante las letras según la historiografía (Depretis 75).

¹³ «La Batalla de Pavón significó el debilitamiento casi absoluto de las fuerzas federales y el fin de la Confederación argentina, modelo representado también por ese Sur norteamericano simpático a la escritora, no casualmente.» (Miseres 156: Ebook)

¹⁴ *La Gran Aldea* obra de Lucio V. López (1884).



intensificó¹⁵ con el primer progreso ferroviario estadounidense en los años cincuenta, la denominada «Década del Milagro». Para ese entonces, la sociedad se acostumbraba a la mecánica del *caballo de hierro* (Wolmar 20-85). Sin embargo, la Guerra de Secesión estadounidense en 1861 inauguró el tren como arma de guerra por iniciativa del presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln¹⁶ (Ilustración 6). Su meta fue unir el estado industrial del noreste del país con la región agrícola del sur a favor de la esclavitud (Ilustración 7). Eduarda Mansilla fue testigo de la innovación estadounidense con la locomotora *Iron Horse*, traducido a *caballo de hierro*, y caracterizada por su parachoques el «cowcatcher», traducido a «mata vacas» (62) (Ilustración 8), (Wolmar 41-96; Matusitz 453). Este accesorio frontal fue el más influyente del siglo en ese entonces además de encarnar la metáfora de arma de defensa y de poder (Porter 1). En efecto, reflejó la determinación e innovación de una sociedad democrática vinculada no al arte como la europea, sino al *utilitarismo*. Por eso, este ambiente moderno inspiró y atrajo a escritores hispanoamericanos (Errázuriz 47). Ciertamente es que, a finales de siglo, el país recuperó su retraso inicial con el mayor kilometraje ferroviario del mundo y se convirtió en potencia mundial con Nueva York a la cabeza de los grandes centros urbanos (Porter 1-4).

En pocos países creyeron tanto en la filosofía del progreso como en esa emergente nación¹⁷. Según el testimonio de Alexis de Tocqueville¹⁸, el país se caracterizó por su democracia, igualdad, con espíritu de religión y de libertad que evolucionó en individualismo, en autonomía del ciudadano (7-16). Por una parte, a partir del inicio de siglo XIX, la política estadounidense se centró en un ideal utópico imperialista apoyándose en su Doctrina Monroe¹⁹ y el *Destino Manifiesto*²⁰; pero, por otra parte, la *Fiebre del Oro* y la necesidad de mano de obra en el país atrajeron a la inmigración y a los esclavos libres, partícipes de la economía nacional. En este contexto se formó la sociedad decimonónica estadounidense (Yuln 232-239; Errázuriz 47). Es más, se podía verla también como capitalista, basada en el *sueño americano*, cuyas

¹⁵ Fue interrumpido por el breve pánico económico de 1837 (Wolmar 48).

¹⁶ Interesante libro de historia de Joseph D. Collea, Jr. sobre el viaje preinaugural del presidente Lincoln en la Costa Este de Estados Unidos, *New York and the Lincoln Specials. The President's Preinaugural and the Funeral Trains Cross the Empire State*. McFarland & Company, Inc. 2018. Eduarda Mansilla recorrió el mismo itinerario en tren por ser el único desarrollado en el país.

¹⁷ Con la independencia del imperio inglés, Estados Unidos tuvieron veinte años de retraso industrial a inicio de siglo frente a Europa (Wolmar 17).

¹⁸ Con la independencia del imperio inglés, Estados Unidos tuvieron veinte años de retraso industrial a inicio de siglo frente a Europa (Wolmar 17).

¹⁸ Pensador francés y autor de *Democracia de América* (1831) vivió en Estado Unidos entre 1831 y 1832. Interesante opinión en el periódico *El País* con un paralelo con España por Vicente Palacio de Oteyaza (2005 web).

¹⁹ Primera ideología con «América para todos» para tener control en las Américas (Marín 120).

²⁰ Con la doctrina calvinista del siglo XVI se juntaron la religión con el capitalismo (Marín 124)

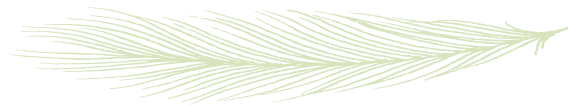
relaciones sociales tendieron cada vez más a moverse en torno a la religión, al trabajo y al dinero con el apotegma «Time is money» y dirigida por un Estado involucrado en un proyecto capitalista (Spicer-Escalante 2006: xxi). En cambio, en su posguerra, llamada la «Edad Dorada» y descrita por Mark Twain²¹, regía la codicia y una corrupción capitalista. El resultado manifiesto de esa política fueron las construcciones vertiginosas y sin control frente a la emergente miseria y la capital en fase de modernización (Ilustración 9) (Coy 21).

El país perdía así su alma rural mientras la rica costa industrial del noreste crecía beneficiándose de la reconstrucción del país de la posguerra y del desarrollo del tráfico ferroviario²² hacia el Oeste como podemos apreciar en la ilustración 5. Eduarda Mansilla se movió en ese núcleo urbano de la costa este entre ciudades como Boston, Philadelphia, Baltimore, Washington y Nueva York; tal como podemos comparar la densidad demográfica con sus distancias en la ilustración 12-13. Efectivamente, venimos a saber en el mapa de la época que, en 1861, el Estado de Nueva York rozaba los cuatro millones de habitantes con su homónima ciudad con casi un millón de habitantes y con el mayor puerto del país conectado con el ferrocarril (Martin 1992: 27-235). No cabe duda de que el capitalismo en mano del Estado y de los magnates nacionales²³ generó la expansión ferroviaria desde la costa este que fue el punto de partida de la red ferroviaria estadounidense en 1860 y creció de 48000 km a 225000 km en 1890 (Porter 4-5). O sea, en menos de un siglo, el país pasó de la actividad agrícola y mercantil a ser una referencia mundial en innovación industrial gracias al ferrocarril y al espíritu moderno de su sociedad (Wolmar introducción xix; Martin 1992: 35-216). En cambio, hubo escritores viajeros y exiliados latinoamericanos curiosos del progreso norteamericano (Errázuriz 42). Algunos, como Domingo F. Sarmiento, defendieron el sistema progresista estadounidense con su oferta cultural presente en las grandes urbes norteamericanas con las bibliotecas, la educación y los museos. Es revelador en qué medida el país adelantó a finales de siglo a Europa en su progreso y su multiculturalismo, en la igualdad de género y su profesionalización del oficio de escritor (Ferrús 103). Por eso, este Estado de derecho democrático asombró también a Eduarda Mansilla tal como refleja en *Recuerdos de viaje*, su primer relato de viaje.

²¹ La novela *The Gilded Age...*, traducida a la *Edad Dorada* (1873) de Mark Twain y Charles Dudley Warner es referencia en la transformación de la sociedad estadounidense de los años de la posguerra.

²² En 1846 inició la ruta de Pensilvania con una arteria férrea entre Harrisburg y Pittsburg y se convirtió en una de las mayores líneas del país (Wolmar introducción xiv)

²³ Las familias más poderosas del país fueron dueños de las mayores inversiones industriales, contribuyeron a la filantropía y coleccionaron valiosas obras de arte. En lo ferroviario y acero dominaron John Pierpont Morgan y Andrew Carnegie, también fundador de los vagones Pullman; en 1880 en el petróleo John D. Rockefeller; en las navieras y ferrocarril, Cornelius Vanderbilt e hijo (Coy 27-28)



Ahora bien, teniendo en cuenta todas estas circunstancias progresistas, retengo necesario reconocer el rol de la rica naturaleza, salvaje y virgen de dicho país que sin ella no hubiera facilitado el crecimiento ferroviario estadounidense no obstante los obstáculos naturales. De hecho, en Europa el patrimonio cultural obstaculizó su desarrollo. Antes de la llegada del tren en el país norteamericano y la construcción de los puentes²⁴ para su paso, el barco a vapor representó el mayor medio de transporte y fue clave para la economía estadounidense. Cubrió las comunicaciones en los ríos y lagos como en el Misisipi, el Hudson y el canal de Erie²⁵ (Schivelbusch 95-98; Zusman web). La vía fluvial favoreció el desarrollo del viaje en barco a vapor, pero el tren resultó ser más eficaz y rápido no obstante su rudimentario²⁶ «confort» sobre raíles del antes de la llegada de las inversiones de posguerra (Schivelbusch 109-115; Martín 1992:19). Así, en este escenario natural, Eduarda Mansilla recaló sus sensaciones en el relato que nos ocupa tal como lo analizaremos en su momento (Ilustración 11).

En fin, he querido mostrar en este capítulo los contextos históricos americanos en la época decimonónica, y señalar que surgen similitudes y diferencias en la fase del progreso de Argentina y de Estados Unidos. Ciertamente es que, en ambos países, creyeron en una utopía moderna mediante la *civilización* y la erradicación de la *barbarie*, y además se vieron frenados por la fase de las independencias, pero por eso no se compaginaron en sus ideologías religiosas y filosóficas, que resultan más bien antagónicas según mi punto de vista. Por una parte, domina en el Cono Sur una Argentina católica, conservadora y enfocada primero en la fase de modernización manteniendo su herencia cultural española caracterizada por su jerarquía, y, por otra parte, en la América del Norte, Estados Unidos mayoritariamente protestante y país de oportunidades, se fundaron primero en un progreso moral según sus ideologías filosóficas y religiosas, las cuales ayudaron a innovar de forma autónoma. Estos años posbélicos fueron decisivos en la conversión del país en una potencia mundial en el siglo decimonónico, aunque se necesita reconocer que pecó de prepotencia con su estatus neoimperialista e expansionista, hecho que se registró inicialmente en las Américas y que luego se expandió a partir del siglo XX (Porter 1-4). Para algunos viajeros-escritores, Estados Unidos ejemplificaron la democracia y la modernidad, pero existieron críticas por ese progreso utópico y sin retorno a la vida

²⁴ El importante puente de Susquehanna en Havre de Grace entre Philadelphia-Baltimore fue el cruce con el sur del país (Martín 1992: 19) (Ilustración 10)

²⁵ El mayor canal que unía Nueva York con los Grandes Lagos construido en 1835 (Zusman web).

²⁶ Aunque su espacio interior era amplio, sin distinción de clases y sin compartimientos a diferencia de los europeos (Wolmar 44).

tradicional (Ilustración 14). Al fin y al cabo, hemos de recordar la contribución importante del tren en ambos países en la explosión demográfica, y en el desarrollo urbano y comercial. Además, se convirtió en un mito nacional por contribuir a unir su pueblo y personificar una nación moderna. Así, algunos escritores del mundo literario americano se nutrieron de esta utopía para «civilizar» su pueblo, aunque no siempre a gusto de todos.

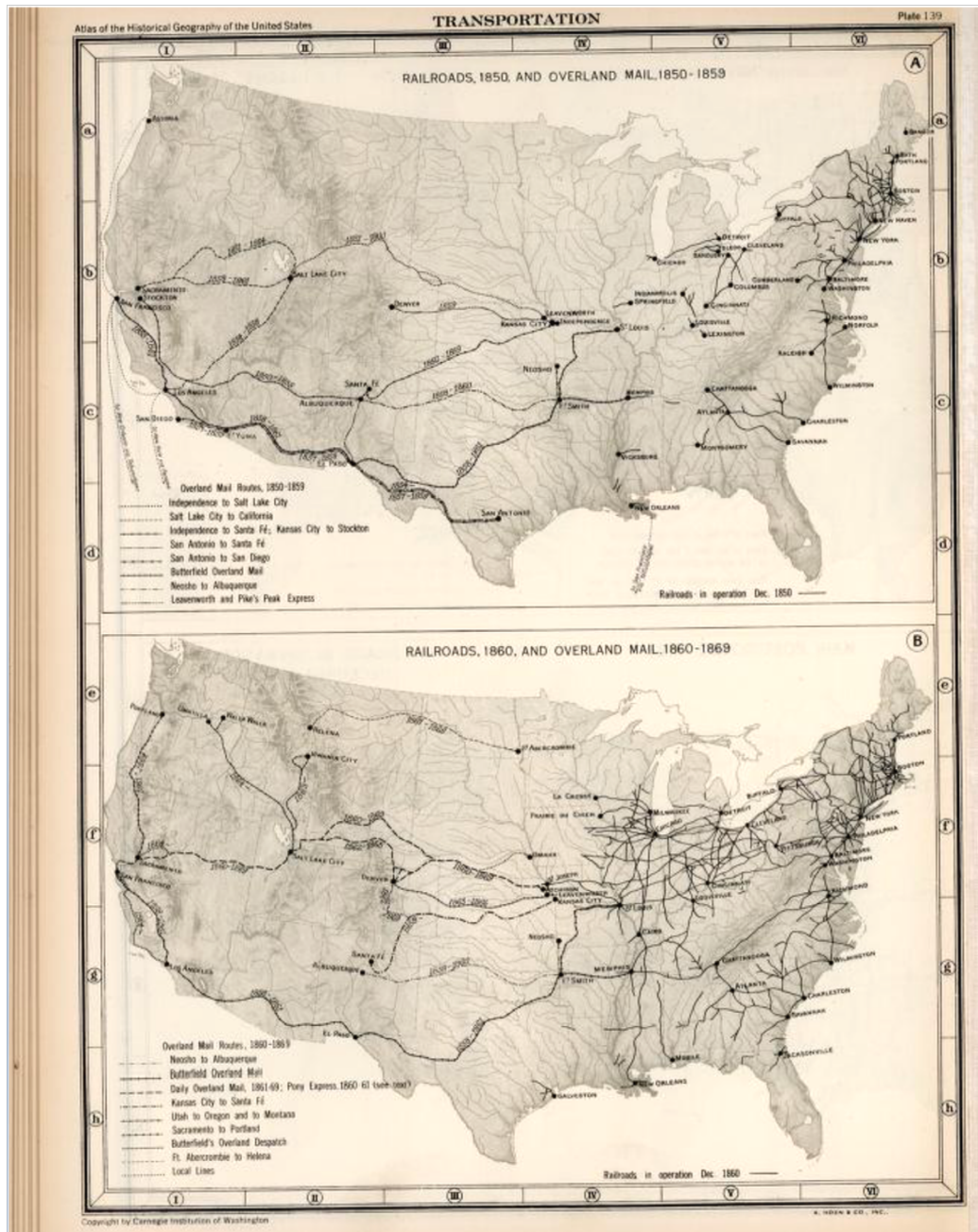


Ilustración 5: red ferroviaria estadounidense en 1850 y 1860. Fuente: David Rumsey Historical Map Collection



3 MANSILLA Y RECUERDOS DE VIAJE

3.1 Datos biográficos de Eduarda Mansilla



Ilustración 16: Eduarda Mansilla en su llegada a Estados Unidos en 1861.

«Nuestra tatarabuela, ella junto a nuestro querido tatarabuelo Manuel Rafael García Aguirre y sus padres y abuelos, nos dejaron un legado que cuidar el que llevamos con orgullo y sin ostentaciones, pero conscientes del rol que nos toca cumplir en esta vida». Manuel Rafael García-Mansilla, 2019

Eduarda Mansilla nació el 11 de septiembre de 1834²⁷ en Buenos Aires, como segunda hija de una familia aristocrática argentina vinculada con el poder del país. Su padre fue el general Lucio Norberto Mansilla, héroe nacional en la lucha por la Independencia argentina, entre otros éxitos nacionales e internacionales. Su madre, Agustina Ortiz de Rozas, hermana del general Juan Manuel de Rosas, el caudillo federalista, inculcó el gusto por la cultura y las artes y letras a sus siete hijos; uno de ellos fue Lucio Victorio²⁸, referente en Argentina en la vida intelectual y uno de los más influyentes escritores de la Generación del '80 (Miseres 118-123). Así, la excelencia se fundó en los Mansilla en un ambiente privilegiado lejos de la emergente sociedad masiva y consumista finisecular. En ese entorno cultivaron sus vocaciones por la literatura y el periodismo (Lojo 2014:300).

Su visión del mundo se forjó a lo largo de estancias en el extranjero durante casi veinte años acompañando a su marido diplomático. Se casó a los 21 años con Manuel Rafael García Aguirre, abogado y futuro padre de sus siete hijos²⁹. Se mudaron a Washington dos veces, la

²⁷ La fecha 1838 está mencionado erróneamente en el prólogo de nuestra versión de *Stockcero* (Spicer-Escalante). En anexo confirmamos la fecha de nacimiento por su tataranieta (conversación 1) y archivos históricos (Ilustración 17 y 18).

²⁸ Además, fue militar, político, escritor y un celebre dandy (Lojo 2003:47).

²⁹ Algunos investigadores como Marina L. Guidotti y María Rosa Lojo hablan de seis hijos (Guidotti 14; Lojo 2003:48). Manuel Manuel Rafael García-Mansilla me confirmó los «siete hijos» de la escritora (Conversación 3).

primera vez en 1861³⁰ hasta 1862³¹ para estudiar el sistema judicial estadounidense, y la segunda vez en 1868 a 1873 en función de Ministro Plenipotenciario (Ilustración 19 y conversación 2). De hecho, la segunda estancia en Estados Unidos de Eduarda Mansilla tuvo repercusión en la prensa³² local que se interesó por su elegancia, su influencia y notoriedad en la sociedad estadounidense, su estatuto de políglota, su belleza y cordialidad, su talante de escritora y de cantante. Cada artículo en el anexo nos lo demuestra. Además de elogiarla, recalcaron su residencia en París antes de mudarse al país norteamericano. Vivió también en España, Inglaterra e Italia. En fin, Mansilla disfrutó de la vida clásica europea y de los mejores círculos culturales y políticos de la época (Batticuore 164-170; Guidotti 27; Scatena 1075).

El lado conservador de Eduarda Mansilla se compaginó con su espíritu emprendedor y creador. Sus obras literarias fueron apreciadas también en Europa y en Estados Unidos por sus aportaciones sobre Argentina en sus relatos, obras de teatro, composición de música y artículos periodísticos porteños escritos a lo largo de su vida. El gráfico 1 nos dibuja la línea temporal de sus publicaciones y de investigadores según Lojo y Miseres. En 1860, publicó *El médico de San Luis y Lucía Miranda* bajo el pseudónimo *Daniel*³³ y por entrega para la imprenta *La Tribuna* (Guidotti 19-20); en 1868, *Pablo o la vida en las pampas* en francés³⁴; en 1882, *Recuerdos de viajes*. En 1880 lanzó *Cuentos* y luego aparecieron los relatos *Creaciones* en 1883, y la obra de teatro llamada *La Marquesa de Altamira* (1881). Eduarda Mansilla fue precursora de la primera narrativa infantil argentina, y, además, tanteó el estilo fantástico. A parte de su talento literario, tuvo un don por la música (Lojo 2014: 299; Miseres 118).

Siguiendo con la línea temporal anterior, cuando regresa a Buenos Aires con su hijo menor, Carlitos, tras haberse separado de su marido y dejado al resto de su familia en Europa,

³⁰ Según Manuel Rafael García-Mansilla «*Su segundo viaje empezó desde El Havre en el mes de octubre de 1868 en paquebote «Isaac Pereire» de la Compagnie Générale Transatlantique. En el viaje casi naufragaron debido a que el vapor se encontró con la cola de un ciclón. Se lamentaron cuarenta muertos y más de cien heridos. Mi tatarabuelo sufrió una herida en la frente. Retornaron a París y el 14 de enero de 1869 Manuel Rafael García Aguirre informa por telegrama al ministro de Relaciones Exteriores argentino Mariano Varela que el día 15 de enero de 1869 partirá desde Brest con su familia a Nueva York, ciudad a la que arribó 14 días después*» (2019)

³¹ Ver nota Manuel Manuel Rafael García-Mansilla sobre fechas erróneas de la primera estancia en Estados Unidos por Lojo y Franco.

³² Según Manuel Rafael García-Mansilla «*Con relación al segundo viaje, es increíble la repercusión que mereció la actuación de mis tatarabuuelos durante la gestión de mi tatarabuelo como Ministro Plenipotenciario ante el país del Norte. Tengo muchos diarios de esa época que ratifican lo que le digo. Fue difícil encontrar estos diarios porque en los mismos nunca se la menciona a mi tatarabuella por su nombre. Luego de mucho buscar encontré que siempre en esa época la mencionan como Madame García.*» (2019)

³³ Fue el nombre de su cuarto hijo (Lojo 48)

³⁴ Hizo de interprete, a los once años, en 1845, a su tío Rosas con el Conde Waleski durante el bloqueo francés en Buenos Aires (Lojo 47).



vivió sus años literarios más prolíficos entre 1879 y 1885, y sin uso de pseudónimos (Lojo 2014:300). Dicho espacio temporal no nos es indiferente, surgieron acontecimientos influyentes y sin relación entre ellos: pensamos en la publicación de la obra *Casa de muñecas* de Henrik Ibsen, en la masacre indígena de la «Guerra del Desierto», la inmigración europea y catapultó la fase de la Modernidad y de la modernización en Argentina tal como vimos en el anterior apartado. Vemos pues a Eduarda Mansilla testigo del cambio de época en su país natal y supo ponerlo de manifiesto en sus reflexiones y obras como lo podemos comprobar también en *Recuerdos de viaje*. Al fin y al cabo, su estadía en su patria duró hasta 1885, coincidiendo también con la fase del protofemenismo³⁵ europeo y con el auge periodístico argentino con *La Tribuna*, *El Nacional*, *La Nación*, *La Libertad*, con los cuales colaboró en el proyecto nacional y en la educación de las mujeres del mismo modo que otras escritoras argentinas como Mariquita Sánchez, Juana Manuela Gorriti, Rosa Guerra, Juana Manso de Noronha (Guidotti 6-10). De hecho, Susanna Regazzoni enfatiza la postura «atrevida y valiente» de las escritoras hispanoamericanas por ocuparse de temas hasta ese entonces territorio exclusivo de escritores (17). Cuando Eduarda Mansilla volvió a Europa a finales de 1885 para acompañar a su hijo Daniel como diplomático, tuvo que volver a Buenos Aires en 1887 a bordo del barco a vapor «Congo»³⁶, el que refiere en el relato; el motivo fue por la muerte de su marido y las obligaciones administrativas en su patria (16-17). Pero regresó a Europa con su hijo diplomático hasta verse obligada a retornar en 1890 debido al recorte del cuerpo diplomático argentino en el extranjero (Franco 1075). Falleció en 1892 en Buenos Aires a los 57 años por problemas cardíacos y dejó un legado literario sin haber expresado el deseo de que se publicara (Guidotti 17; Lojo 2014:). Por suerte, sus descendientes siguen revitalizando el legado literario y la trayectoria de la familia Mansilla (Conversación 3)

3.2 Estudios críticos sobre Eduarda Mansilla

En cuanto al corpus literario sobre el relato que nos ocupa, en estas últimas décadas y tal como podemos deducir en el gráfico 1, el mundo académico se ha interesado por su obra y ha recuperado la importancia de la escritura de la viajera-escritora y sus actividades

³⁵ Interesante enfocar la fase del protofemenismo en el siglo XIX con las revoluciones liberales en España después en los años treinta. La mujer se convirtió en «educadora de la ciudadanía» antes de emanciparse (Roma 143). Luchas para aplicar los valores democráticos en la sociedad (131)

³⁶ Barco francés de la Compañía de Mensajerías Marítimas» y uno de los primeros en América del Sur. <https://negocios.elpais.com.uy/noticias/barcos-franceses-primeros-llegar-sudamerica.html>

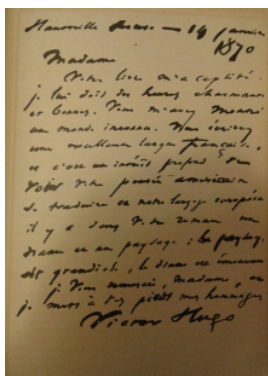
periodísticas³⁷. Tal como apuntan Marina L. Guidotti y mis lecturas personales, son varios los críticos que se dedican a la obra de la autora como María Rosa Lojo, Vanesa Miseres, Lily Sosa de Newton, Néstor Tomás Auza, Hebe Molina, Bonnie Frederick, Graciela Batticuore, María Gabriela Mizraje, Beatriz Colombi, Stella Maris Scatena Franco, Jimena Népolo, Olena Shkatulo; además de J.P. Spicer-Escalante, editor de la obra que nos ocupa. Es más, Beatriz Ferrús Antón deja claro que su aportación tiene como meta el «llenar un vacío» (14). Son muchos quienes coinciden en los temas analizados, la describen como la precursora en las letras y «la escritora argentina más ilustrada del siglo XIX, además de ser paradójicamente, una de las más opacadas en la historia literaria argentina» (Miseres 128). Personificó el mundo de las «viajeras distinguidas», tal como se clasificó en el relato *Recuerdos de viajes* (88) y como lo recalca la prensa (artículo 3). Para Miseres fue una «viajera de primera» (125), Lojo la clasifica como la escritora argentina más viajera y la que detuvo el mayor record de largas residencias en Europa y una escritora «adelantada» (2014:296). Por otra parte, y de forma popular, Frederick la denomina la «nómada» justamente por sus numerosas estancias en el extranjero. En esto coincide con Lojo quien la considera «mundana y sofisticada» (2014: 48-54). Frente a sus compañeras escritoras argentinas, Shkatulo destaca su posición privilegiada de escritora por haber dominado el francés y vivido en Europa, en especial en Francia, símbolo de prestigio e influencia cultural en Argentina (69). Pero la descripción que hace Népolo, «criolla, excéntrica y cosmopolita», me parece contundente y acertada (32).

Sin embargo, estos elogios ya comenzaron en su época con el apodo acuñado por Clorinda Matto de Turner quien la denominó «La Fantástica». Interesante fue también la contribución del poeta y escritor colombiano Rafael Pombo quien escribió la primera biografía de la autora. Según la investigación periodística de Guidotti, los artículos escritos por la autora tuvieron una gran difusión en su época y fue destacada tanto por mujeres como por hombres por su participación como mujer escritora en la creación nacional (6). En cambio, conforme los periódicos en la investigación de Guidotti, *El Nacional* de Buenos Aires hasta la denominó la «Madame de Staël argentina» (Artículo 5). Tomaremos en consideración algunos elementos de dichas aportaciones en la parte del análisis. Interesantes son los reconocimientos de Sarmiento, quien elogia a Mansilla por sus diez años de lucha por el oficio de periodista. Además, fue gran

³⁷ EALA (Ediciones Académicas de Literatura Argentina) ha editado, en los últimos años, obras con críticas sobre textos de E. Mansilla al mando de María Rosa Lojo junto a otros investigadores. Además de la investigación del período periodístico de Eduarda Mansilla por Marina L. Guidotti.



admirador de la publicación de la obra que nos ocupa³⁸; no faltó su entusiasmo por su estilo y capacidades. A esta favorable recepción, se añaden los elogios de Victor Hugo (Ilustración 20) (Lojo 2014:298). Efectivamente, como una breve aportación, siguiendo nuestro la reproducción de una carta de la correspondencia que Eduarda Mansilla mantuvo con Victor Hugo quien la honró por su obra *Pablo o la vida en las pampas*:



«Hauteville House, 14 janvier 1870.

Su libro me ha cautivado. Yo le debo horas cautivantes y buenas. Usted me ha mostrado un mundo desconocido. Usted escribe una excelente lengua francesa, y resulta de profundo interés ver su pensamiento americano traducirse en nuestro lenguaje europeo. Hay en su novela un drama y un paisaje: el paisaje es grandioso, el drama es conmovedor. Se [sic] lo agradezco señora, y rindo a sus pies mis homenajes» Victor Hugo³⁹ (Ilustración 20).

3.3 Sinopsis de *Recuerdos de viaje* y su crítica

Solo veinte años después de su primer viaje a Estados Unidos, Eduarda Mansilla publicó su libro *Recuerdos de Viaje* en 1882 por la imprenta Alsina de Buenos Aires. En realidad, hubo una primera versión en folletos dos años antes que apareciera en la revista *La Gaceta Musical* donde colaboraba. La intención de la autora fue continuar relatando sus recuerdos en un segundo tomo dedicado a su segunda estancia, pero no pudo ser, su baúl se extravió con parte de su legado literario (Lojo 2003:48). Lo que nos queda hoy en día es su tomo I, *Recuerdos de Viaje*, rescatado por sus descendientes⁴⁰. Según Ferrús Antón, representa «el primer relato de viaje escrito por una escritora argentina» (104), pero según Lojo, el segundo después de

³⁸ Domingo Fausto Sarmiento, «Una sobrina de su tío,» en *Obras completas*, 260-263, 260 (Buenos Aires: Luz del Día, 1953).

³⁹ «Madame: votre livre m'a captivé. Je lui[sic] dois des heures charmantes et bonnes. Vous m'avez montré un monde inconnu [sic]. Vous écrivez une excellente langue française [sic], et c'est un intérêt profond de voir votre pensée américaine se traduire en notre langage européen. Il y a dans votre roman un drame et un paysage: le paysage est grandiose, le drame est émouvant. Je vous remercie, madame, et je mets à [sic] vos pieds mes hommages» Victor Hugo.» (Blog 2016: web).

⁴⁰ «En 1996 aparece *Recuerdos de viaje*, en una edición familiar de rescate, sin notas ni crítica textual, con una semblanza introductoria realizada por la historiadora María Sáenz Quesada y en 1999 la editorial argentina Confluencia publica una traducción...» (Lojo 2014: 298). Fue publicado en español cinco veces desde 1882 hasta 2006 (ver gráfico 1 en anexo).

Francisca Espínola, con su *Memoria del viage* [sic] a *Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires* si bien publicado en Francia en 1850 (2014: 298).

En los veinte capítulos que forma el relato que nos ocupa, la autora nos lleva de viaje abriéndonos las puertas de espacios urbanos, rurales, turísticos, privilegiados y distópicos de la sociedad estadounidense descritos por medio de su mirada femenina y con sus reflexiones explícitas e implícitas. Llegamos a saber también que le acompañaron sus dos hijos y su cicerón, Molinita. Sin embargo, eclipsó la figura de su marido diplomático en todo el relato. Sus memorias inician con la travesía trasatlántica de catorce días a bordo de un barco francés desde Le Havre rumbo a Nueva York. Una vez llegada, hace hincapié en todo tipo de ventajas e inconvenientes que un viajero se podría enfrentar en dicho viaje.

No duda en abrirnos las puertas de sus círculos privilegiados en Nueva York y Washington, su lugar de residencia se debió a la función diplomática del marido; ostenta su amistad tanto con Abraham Lincoln, magnates, intelectuales estadounidenses como príncipes europeos y embajadores, tal como se puede comprobar en los artículos periodísticos en anexo. En los diferentes capítulos, se trata también de revivir a través de su memoria esa época de inicio de la guerra civil entre la rica Costa Este y la conservadora sociedad agrícola de los Estados del sur del país. Además, presenta una época de la democratización paulatina del viaje de ocio o turismo, a bordo de los trenes estadounidenses, un tanto rudimentarios y dependientes del trasbordo en barcos a vapor para emprender simples trayectos entre las ciudades de la costa del este del país y para realizar la ruta en boga del circuito turístico a las cataratas del Niágara (Ilustración 15) y a la ciudad canadiense de Montreal a partir de Nueva York.

En síntesis, sus observaciones nos interpelan por zanjar el ambiente estadounidense donde, por una parte, coincide con la ética de la autora y, por otra parte, se distancia y termina rechazada por sus diferencias si bien alaba algunos aspectos del progreso innovador estadounidenses y sus amistades. La sensación del movimiento está presente en sus descripciones con la voluntad de llevarnos de viaje junto a ella de ciudades en ciudades.

3.4 Estudios críticos sobre *Recuerdos de viaje*

En los últimos años, la figura de Eduarda Mansilla y su curriculum literario han atraído y motivado a diferentes investigadores internacionales a investigar varias de sus obras y en especial *Recuerdos de viaje*. Si bien el relato de viaje en cuestión es de fácil lectura y se



compone de tan solo unas ciento cincuenta páginas, atesora un abanico de temas sociopolíticos y culturales de la vida en la Costa Este de Estados Unidos, relatados con osadía por una escritora argentina de renombre decimonónica. Ciertamente es que algunos investigadores, abajo presentados, coinciden en sus argumentos como es el caso de la participación de la autora en la construcción de cierta visión del país, de su lucha y visión del conflicto entre *civilización y barbarie* y de la mujer estadounidense emancipada y profesional. Además, la repercusión de las publicaciones de Eduarda Mansilla en el mundo literario de la época finisecular se puede rastrear en periódicos y cartas personales. El reconocimiento de escritores como el ya citado Victor Hugo y de una parte de los cronistas americanos y europeos supieron alumbrar la imagen y talante de Eduarda Mansilla. Las aportaciones de archivos que expongo al final de este trabajo en el párrafo de la «Repercusión en el mundo literario de la época» y en anexo fue gracias a la colaboración del tataranieta Manuel Rafael García-Mansilla y de Marina L. Guidotti *Escritos periodísticos completos* (1860-1892). Además, logré encontrar en la Biblioteca virtual Nacional de España archivos de gran interés para mi trabajo. Desafortunadamente, no encontré muchas críticas periodísticas acerca de *Recuerdos de viaje*.

En la introducción a la edición del relato que nos ocupa, J.P. Spicer-Escalante subraya que *Recuerdos de viaje* está pensado para diferentes tipos de lectores y que inspiró a escritores de la *Generación del 80* y del siglo XX de todo género debido a sus temas sociales tratados con realidad y coraje. Spicer no encasilla la figura de Mansilla como una «exploradora social» según el término descrito por Pratt, sino la considera una viajera-escritora políglota y extraterritorial acostumbrada a los espacios interculturales privilegiados pero atada a su cultura argentina. Indica que Mansilla busca adoptar lo bueno de las culturas ajenas y a defender el papel de la mujer emancipada en la sociedad y las mismas oportunidades que los hombres (Spicer-Escalante 2011: web).

Una de las investigadoras de más renombre de la vida y obra de Eduarda Mansilla es la profesora y escritora María Rosa Lojo. Indica cómo las numerosas residencias en el extranjero de la autora influyeron en *Recuerdos de viaje*, «uno de sus libros más interesantes, y muy atípico, por cierto, entre las escritoras de la época» (2003:48). Coincide también con Beatriz Ferrús Antón quien considera la obra como precursora, única en su género y desvelador de Eduarda Mansilla como escritora. Su manera de relatar Estados Unidos de forma directa y natural transgrede las versiones utópicas y distorsionadas de otros escritores de la época (105-108).

No falta en este debate Jimena Néspolo quien propone un acertado argumento coincidente con mi punto de vista sobre *Recuerdos de viaje*, como quedará demostrado en la parte de análisis. Es decir que aborda la «fuga del espacio doméstico» de la mujer, una «fuga de sí» (31) como en Eduarda Mansilla que inspiró a otras escritoras del siglo XX argentino como Alfonsina Storni, quien luchó más abiertamente por los derechos de igualdad (33-34). Por eso, según ella, en dicho relato «Eduarda Mansilla da buena cuenta de la agudeza, maledicencia y erudición que su pluma – lanzada a conquistar de una vez y para siempre los cenáculos porteños – puede alcanzar» (33).

En cuanto a investigaciones en lengua extranjera, la brasileña Stella Maris Scatena Franco se basa en las consideraciones de Lojo, entre otros, y coincide con que el lector recibe un «libro de costumbres» rico en detalles de la vida estadounidense (1078). En cambio, por parte de la crítica estadounidense Olena Shkatulo se basa en las últimas investigaciones y destaca que «This is arguably a successful strategy» por cómo la autora superó con osadía los límites impuestos por el contexto sociopolítico argentino, lo que reforzó su credibilidad como autora y partícipe en el porvenir de la nación. Además, subraya su difícil posición cultural situada a caballo entre Argentina y Francia, su país de adopción (63).

En suma, para concluir este capítulo, debo señalar que, si bien cada crítico defiende sus diferentes argumentos, muchos mantienen el mismo hilo conductor y coinciden en su presentación de Eduarda Mansilla y su obra *Recuerdo de viaje*. Pero según mis diferentes lecturas, pasa desapercibido el análisis de la metáfora del tren en los viajes por Estados Unidos de Eduarda Mansilla en el relato que nos ocupa. Tal vez el espacio me interpele por mi experiencia en el mundo de los viajes y por cómo el tren representa un microcosmo tolerante y humano ausente en un contexto moderno decimonónico dominado por la codicia e individualismo, lo cierto es que este micromundo lo considero un ejemplo de convivencia y puente entre el mundo americano culturalmente asimétrico que inspira instaurar concordia y libertad al conjunto del pueblo americano. De hecho, el tren es el único espacio donde veo a Eduarda Mansilla libre en sus movimientos, entre clases sociales e ideologías, a diferencia del espacio privilegiado y alejado donde le había tocado vivir en Estados Unidos.



4 MARCO TEÓRICO

4.1 Género: Literatura de viajes

« Un voyageur est une espèce d'historien : son devoir est de raconter fidèlement ce qu'il a vu ou ce qu'il a entendu dire ; il ne doit rien inventer, mais aussi il ne doit rien omettre ; et quelles que soient ses opinions particulières, elles ne doivent jamais aveugler au point de taire ou de dénaturer la vérité. » (Le Huenen 98 cita a François-René de Chateaubriand, *Itinéraires de Paris à Jérusalem*, op. cit., p. 139).

El marco teórico de mi trabajo se basa principalmente en las recientes publicaciones sobre la literatura de viaje escritos por algunos investigadores como Roland Le Huenen y Odile Gannier. Primero, abordaré la definición del viaje y su relación con el tren, las características del relato de viaje y su evolución histórica. Segundo, trataré la autobiografía y sus características.

4.1.1 Definición del viaje/del género

Según la etimología de «viaje», surge la imagen de una vía, una dirección, palabra creada con la terminación *-aje* de origen francés y proviene de la palabra catalana *viatge* de origen latín *-aticum* (RAE). En el siglo XIX aparece la palabra *turismo* con la democratización del viaje encabezado por los ingleses y enfatizado con la llegada del tren que multiplica los motivos y las posibilidades de viaje. Roland Le Huenen define el *viaje* como «un déplacement réel dans l'espace, au long d'une certaine durée, et qui est d'emblée posé comme un préalable au récit même» (27). El sintagma relato de viaje muestra el lado inseparable entre el relato y el viaje (26). El viajar beneficia al narrador y a su cultura por interesarse y acercarse al Otro considerado como «un mouvement vers l'ailleurs, la nouveauté, la différence, l'altérité, qui ouvre l'esprit, invite à la tolérance et à relativiser les croyances et les préjugés locaux» (203). Pero, es un observador que escudriña cada detalle diferente y en caso de fracaso del viaje o de usar la imaginación, el viaje deja su autenticidad y se convierte en un viaje con rasgos ficcionales. Efectivamente, Le Huenen menciona la «alegoría del viaje y de su relato» en *Don*

Quijote por su imaginación y capacidad de interpretar el viaje a su modo como es el caso en otras obras maestras⁴¹ (30).

En cuanto a la problemática de la verdad en los relatos de viaje, me interpela la aportación de Juan Pimentel quien explica que en el siglo XVII los viajeros llevaban en sí una notable «fama de tramposo» desde los tiempos clásicos, asimilada a los mentirosos, poetas y ladrones, todos con pésima fama (91-95). No quisiera omitir la «asociación entre viajeros y mentirosos» y su rica literatura⁴². De hecho, las versiones vividas y contadas sin artificios no gozaban de credibilidad por no entrar en lo establecido y, por eso, el viajero escritor pasaba por un embustero. En cambio, los relatos de viajes hiperbólicos o ficticios persuadían sí al lector (94). Pero, al fin y al cabo, el viajar era sinónimo de creación de una obra por haber sido capaz de apoderarse del lugar, de vivir en él y de contarlo con arte, o sea, una forma estética del «arte de viajar» que por este talante permitía mentir (95). Así nos lo recuerda el refrán inglés «*travellers may tell Romances or untruths by authority*» (en itálico en el texto 95).

En cuanto a Odile Gannier, su definición del *viaje* se compone de una ida, sinónimo de inicio, y de un retorno, momento esencial para la función de testigo del viajero-narrador quien una vez de vuelta a su pueblo de origen enriquecerá su cultura mediante las comparaciones, las anécdotas, los patrones idiomáticos, las costumbres culinarias, y otras curiosidades (6). Nos indica además que desde el siglo XVIII el viaje está dirigido por un viajero testigo quien «propose, dans le cadre d'une écriture subjective, souvent postérieure au retour, le compte rendu d'un voyage présenté en principe comme réel» (5-6).

En otras palabras, Beatriz Colombi nos explica que el relato de *viaje* se le ha determinado a menudo como un «género híbrido y amorfo» con una variedad de narraciones que abarca «tanto el simple deseo (wanderlust) como el interés científico, ficcional, testimonial, autobiográfico o ensayístico» (Colombi 2010:12) y por eso, podemos ver que coincide con Gannier en su definición del relato del viaje tal como nos lo indica en este pasaje (9):

«Una narración en primera persona, en la que el narrador, que es al mismo tiempo el protagonista de su historia, cuenta una vivencia de desplazamiento

⁴¹ Son varios los investigadores que opinan que una gran parte de las obras canónicas de la literatura universal son libros de viaje como la *Biblia* y la *Odisea*, *La Eneida*, *la Divina Comedia*, *Don Quijote de la Mancha* y otros más. El «viaje y su relato» han sido siempre activos a lo largo de la historia del hombre por ser el viaje y la vida indisoluble y en permanente movimiento no únicamente por una cuestión de moverse hacia lo desconocido, sino por una cuestión «vital» (Alburquerque-García 16).

⁴² Juan Pimentel menciona la obra clásica de Percy Adams, *Travellers and Travel Liars 1660-1800*, Berkeley, University of California Press, 1962 (92).



espacial *pretendidamente* factual (...). Se trata, como es evidente, de aportar pruebas o constancias de la base empírica de aquello que se cuenta, y su función es convencer al lector sobre la prioridad verificable de lo dicho» (*Cosmopolis* 13).

Precisamente, me interpela lo «factual» por tratar de una función relevante de testigo, aunque como ya visto con Pimentel, Gannier apunta también al problema de la veracidad en el relato indicando que es más problemático en el género de literatura de viaje que en otros por pretender ser verídico. No cabe duda de que estamos frente a la ambigüedad del relato de viaje con su juego entre lo «verdadero o falso». Tal fue el caso con obras maestras donde se mezclaron el viaje y la ficción, entre ellos *Los Viajes de Marco Polo* en 1298, las seis cartas de viaje de Américo Vesputio en 1500 y la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas en 1552 (6). De hecho, no nos sorprenderá si la interpretación de la definición del libro de viaje por el Diccionario Richelet de 1759 refuta la experiencia narrada del viaje: «Voyage: livre qui traite de quelque voyage. La plupart des voyages sont mal faits et pleins de mensonges ou exagérations» (6). A dichas distorsiones se juntan los prejuicios: Mary Louise Pratt nos explica que, si bien en los tiempos modernos prevaleían los elogios a las élites europeas escritos por ellos mismos en los relatos de viaje por Hispanoamérica, no eran menos los prejuicios al indígena, lo cual demuestra la fuerza informativa del relato (280).

Bajo otro contexto y con perspectiva filosófica, Mercedes Comellas Aguirrezábal enfatiza que «el viaje es forma de conocimiento y también estructura el relato de ese conocimiento» (94). Nos indica que «el viaje se vive como el descubrimiento de lo que hay más allá de nuestro pequeño mundo firme y estable, como el descubrimiento de lo que hay más allá del Yo» (88). O sea, viajamos con el fin de «comparar, relativizar, aprender de unos y otros» (111). Añade que «cualquier viaje implica movimiento, desplazamiento con respecto a un punto fijo del que se parte» y sin él sería problemático para el viajero orientarse (87). Nos lleva a reflexionar sobre nuestras raíces que fijan el punto de partida hacia otras culturas o curiosidades y que nos ayuda a conocernos mejor con el retorno. Visto bajo una perspectiva poética, llamativa es la cita de un filósofo mencionada por Enrique Gómez Carrillo⁴³ en su obra *Psicología del viaje*: «El que se va, no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro que es casi el mismo, pero que no es el mismo» (11). Por eso, conocido es el aforismo de Edmond Haraucourt

⁴³ Enrique Gómez Carrillo, Guatemala (1873-1927), «fue el más notable artífice de la prosa cotidiana de comienzos de siglo» (Alvarado 222)

«Partir c'est mourir un peu...mais mourir c'est partir beaucoup» (1890). Simplemente, se trata de cómo cambia el hombre cuando se convierte en viajero.

Ahora bien, en el viaje moderno el *viaje* se dirigía hacia el conocimiento del Yo mientras se desarrollaba el movimiento mecánico del tren. Asimismo, Le Huenen entiende la frontera entre el Yo y el Otro como un símil de la «dualidad» entre dos mundos antagónicos. En cierta medida el viajar hacia el Otro representaba un viaje al Yo mediante un «sistema axiológico»⁴⁴ y destinado a un lector (140-141). Dicha frontera la podríamos comparar a la vía férrea, nuestro hilo conductor, que delinea una frontera con dos perspectivas, la del interior y la del exterior del vagón. Además, si prestamos atención a la aportación de Marc-Emmanuel Mélon, nos indica que, en la Ilustración, el viaje alcanzó su culminación cultural base de la nueva época del viaje en tren en el siglo XIX (58). Ciertamente es que no debemos perder de vista que en el viaje previo al mecánico como con el tren, se trataba de un viajero andante o en vehículo a tracción de animal cercano a un espacio de colores, perfumes y vegetación rumbo a los pueblos cuya distancia se dilataba paulatinamente durante el trayecto, o sea, un viaje lento que ofrecía un «espacio natural» y accesible al viajero (4). Tal como indica Schivelbusch, Goethe⁴⁵ escribió la manera de viajar en diligencia a finales del siglo XVIII con la espontaneidad del viajero y sus sentimientos hacia la naturaleza, un viaje por adoquines, perfumes, ruidos (Schivelbusch 60, Goethe 114). En cambio, en el siglo XIX el viaje por tren representaba una metáfora de un proyectil o un tiro a través de la naturaleza cuya vista y oído se desvanecían por el impacto que emanaba la máquina junto al humo del carbón, sensación vivida incluso al final del siglo cuando el ciudadano adoptó este nuevo medio de transporte (59). Así, Mélon coincide en que el viaje en tren era sinónimo de metamorfosear el espacio: «le train a d'abord été perçu comme un instrument de destruction de l'espace» (3). Esta realidad ha cobrado gran relevancia también en el séptimo arte, el cine. Sergio Ortiz Hernán, señala el «triángulo amoroso» entre la literatura, el ferrocarril y las películas (1).

⁴⁴ «La axiología es una rama de la filosofía, que tiene por objeto de estudio la naturaleza o esencia de los valores y de los juicios de valor que puede realizar un individuo. Por eso, es muy común y frecuente que la axiología se la denomine «filosofía de valores». La axiología se constituye como las ramas más importantes de la filosofía que contribuyen con otra rama más general: la ética.» (Definición axiología web)

⁴⁵ «Früh nach 7 Uhr von Frankfurt ab. Auf dem Sachsenhäuser Berge vieler und wohlbehaltener Weinbau, neblig, bedecktes, angenehmes Wetter. Die Chaussee mit Kalkstein ausgebessert. Hinter der Warte Wald. Der Kletterer, der mit Strick und Eisen an den Schuhen auf die starken und hohen Buchen stieg. Welches Dorf. Totesliegendes an der Chaussee aus den Hügeln bei Langen. Sprendligen. Basalt in Pflaster und auf der Chaussee bis Langen, muß sehr häufig in dieser flach erhobnen Gegend brechen wie drüben bei Frankfurt; sandiges fettes, flaches Land, viel Feldebau, aber mager... usw.» (Goethe 114).



En fin, no nos cabe duda de que el viaje ha inspirado a viajeros-escritores tanto andantes como pasajeros a bordo del tren para llevar a cabo sus relatos con versiones verídicas o ficticias sobre ese Otro y escritos principalmente en primera persona, una manera de entrar en el Yo.

4.1.2 Características señaladas por R. Lehuenen y O. Gannier

Veamos primero cómo se caracteriza el género de la literatura de viaje en función de su definición sobresaliente. El *Diccionario de términos literarios* de Estébanez Calderón lo define como un «subgénero literario» compuesto de «libros de viaje, crónicas de descubrimiento y de exploración, itinerarios de peregrinos, cartas de viajeros, relaciones, diarios a bordo, novelas de viaje, etc...» (1078-1080). Odile Gannier apunta el carácter «fédérateur» y polifacético de dicho subgénero (96). De forma paradójica, no es su formato narrativo su criterio fundamental, sino las características singulares que se centran en el viaje y que de paso fortalece el subgénero (91). Citaré a continuación las más relevantes según el relato que nos ocupa.

Le Huenen apunta las descripciones y el carácter útil del relato de viaje, una característica científica a raíz de la Ilustración (25-28) aunque como veremos más adelante al inicio del siglo XIX deja su función científica y forma parte del mundo literario. De hecho, Le Huenen lo considera como un subgénero flexible y abierto que se adapta a otros géneros como el periodístico, epistolario, autobiográfico, histórico, o ensayista, lo cual dificulta la existencia de teorías del género y poder delimitarlo (26). La meta del viajero-escritor se ha entendido como el «ver, hacer ver y hacer saber», en otras palabras, se trata de observar, de ser testigo y educador (27-92). Debemos tener en cuenta que el viajero-escritor ve según lo que se ha acostumbrado a observar o lo que desea ver, lo cual depende de sus ideologías y gustos (134). Además, intervienen sus destrezas expresivas. Así, el viajero-escritor se inspirará en sus experiencias, conocimientos y lecturas.

Interesante es la aportación de Julio Peñate Rivero acerca de los tres grupos generales del relato de viaje: «la ficcionalización, la descripción y la digresión» (194). Precisamente justifica el lado ficcional con una cita de Javier Reverte⁴⁶: «No obstante, algunas situaciones han sido retocadas con toda deliberación por el autor, de forma tal que, trastocando un poco la realidad, ganase la coherencia del relato. A veces hay que ajustar la realidad a la imaginación

⁴⁶ Javier Reverte, *El sueño de África*. En busca de los mitos blancos del continente negro, Madrid, Alianza, 2003, p. 9. (Citado por Peñate 194).

para aproximarse mejor a la verdad» (194). Ciertamente es que los tres elementos son claves para llevar a cabo el relato de viaje, pero la digresión es el punto central por describir el lugar visitado bajo cualquier perspectiva como la sociopolítica, cultural, antropológica, artística, bioesférica etc... (197).

Ahora bien, para analizar la escritura de un viajero-escritor novato en dicho subgénero, como fue Eduarda Mansilla, podríamos inspirarnos en las tres pautas del «relato de aprendizaje» que usa Le Huenen en sus análisis de un relato de viaje de Flaubert (276). La primera pauta trata de la «sensación en sí misma» al dejarse sorprender en un espacio poco frecuentado cuya naturaleza es la única a orientar los pasos del viajero-escritor y posee al viajero-escritor, incluso si se trata de un itinerario conocido; lo ideal es sentirse libre dentro del espacio natural como en el caso de vértigo, «une expérience des sens qui produit tout à la fois une impression profonde de libération et un sentiment intense d'appartenance à la nature dont les voyageurs sont conscients d'intérioriser les rythmes et les halètements» (276-277). La segunda es el contacto con el Otro; la función del viajero-escritor es «inquisiteur» y también el de testigo una vez en el pueblo ajeno al suyo. Recurre a la mirada y a las observaciones para entender e interpretar con detalles y sensibilidad las costumbres, los gestos, las fisionomías y la estética de ese Otro. Le Huenen lo interpreta como «une activité herméneutique»⁴⁷ enfatizada si surge la dificultad del idioma extranjero y la reacción reticente de los lugareños (278). El tercer aprendizaje es la capacidad de detener y manejar «les techniques descriptives», según él, podría ser uno de los más usados, «le réalisme hyperbolique», que sirve para describir y enfatizar el estado del país u otras observaciones del lugar visitado como, por ejemplo, las fisionomías (280-281). Considero interesante añadir a esta «teoría» acerca de las sensaciones del viaje, el movimiento en la forma pronominal del sujeto entre el yo y el nosotros en un relato de viaje que refiere Le Huenen; el primero se usa para enfatizar una situación donde el Yo es el único frente al espacio, en cambio el pronombre «nosotros» frente a un espacio común junto a los viajeros con los cuales se viaja (138).

Bajo otro registro, una de las características del relato de viaje, según su metodología de análisis, tiene que ver con el medio de transporte y su espacio. Gannier menciona que, entre los numerosos relatos de viajes, existen relatos de viajes tanto a pie, por ejemplo, con Rousseau,

⁴⁷ Teoría filosófica de la interpretación de los textos. (RAE:web)



como en medio de transporte sea en barco como en *Moby Dick* de Melville, en tren como en el relato que nos ocupa⁴⁸, en avión como en la literatura de Saint-Exupéry y otros más. Por otra parte, varía según la topología del viaje entre lo urbano con la ciudad como lugar de cruce, lo rural con caminos y carreteras como en los viajes de Marco Polo (115), según el tipo de velocidad si lento o rápido conforme el movimiento de los medios de transporte; de hecho, Jules Verne retrata todos esos diferentes desplazamientos (104,109). No quisiera omitir los espacios exóticos y utópicos por poder tener su rol en el relato de viaje (112) tal en los viajes de exploradores como Bougainville y de escritores modernistas como José Martí y Rubén Darío (Colombi 2010:26). En suma, se trata de un subgénero del relato de viaje y con una voz mayoritariamente en primera persona y dirigiéndose a un determinado lector (Gannier 8-58).

De hecho, los destinos tienden a variar en los relatos de viaje. Nos centraremos a partir de la época de la Ilustración. A principios del siglo XIX menguó el interés por los relatos de viaje científicos y naturalistas como las exploraciones geográficas en Hispanoamérica realizadas por Alejandro de Humboldt y basadas en las ideas del siglo anterior. En cambio, aumentó el interés por los relatos de las exploraciones exóticas como fueron las de Cook y Bougainville (Le Huenen 107-109).

En cuanto a la paratextualidad del relato de viaje, Gannier demuestra que los títulos de estas obras suelen variar según los siglos, con subtítulos explicativos y relacionados con el viaje; además, son largos y descriptivos entre el siglo XV y XVI y evolucionan hasta el siglo XIX hacia un carácter más subjetivo (32). Efectivamente, el título *Recuerdos de viaje* se adapta a un modo de relatos de viaje de viajeros-escritores: Juana Manso usó el mismo el título en 1846, Mesoneros Romanos especificó el destino en sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica* (1841).

4.1.3 Breve evolución histórica del género de la literatura de viaje

En este apartado me parece conveniente dedicar una breve línea temporal a la literatura de viaje con sus protagonistas e hitos. Nace en los tiempos de la Grecia Antigua con los libros de viaje de Heródoto⁴⁹ principalmente por el Imperio persa. Luego se desarrollan en la Edad

⁴⁸ El tren tiene una función primordial en los relatos de Paul Theroux como en *The Great Railway Bazaar* (Gasquet 53 citado en Lucena Giraldo et al.)

⁴⁹ Interesante artículo en *National Geographic España* sobre «Heródoto, el historiador viajero» por Carlos García Gual (2018:web).

Media con los viajes a Asia de Marco Polo en el siglo XIII, y en el «Siglo de Oro» en España con las *Crónicas de Indias* y tiene su auge en los siglos XVIII y XIX con el efecto del *Grand Tour* y la democratización del turismo.

El género ha estado en permanente evolución y muestra una gama muy amplia de variantes desde el siglo XVI⁵⁰ (Le Huenen 31-91). Roy Bridge nos indica que el siglo XVIII fue la culminación de los viajes científicos, principalmente británicos y franceses tras haber eclipsado el poderío español y portugués en el comercio de ultramar y así recuperaron su retraso en los relatos de viaje (7-54). Le Huenen, indica que hasta el siglo XIX dicho subgénero fue ambiguo por las instituciones políticas y religiosas que patrocinaban los viajes y encargaban los relatos a navegadores, geógrafos, misioneros, mercaderes, embajadores, militares, hombres de Estado, políticos refugiados (97), como en el caso de las *Crónicas de Indias*. En el siglo XVIII⁵¹ las letras y las ciencias dominaron los relatos, en parte con fines didácticos como ya visto con el mayor exponente en América, con Alejandro de Humboldt (108), cuyos textos se diferenciaron de los meros relatos de ficción de la época (94-95). Entre estos últimos destacan *Robinson Crusoe* (1719) de D. Defoe, *Las Cartas Persas* de Montesquieu (1721), *Los viajes de Gulliver* (1726) de J. Swift, *Cándido* (1759) de Voltaire, etc... (1080). Pratt subraya la importancia de las expediciones de Cook, Bougainville y otros, o sea, la era de los viajes científicos que corresponden al último gran periodo de la exploración marítima europea (86). Según James Buzard, “Travel is everywhere in eighteenth-century British literature” (37). En suma, el viajar era casi una obligación para ser una persona de mente abierta hacia otras culturas (38). Así, la literatura de viaje fue no solamente para fines científicos, pero sobre todo utilitaristas escrita por misioneros y diplomáticos, comerciantes y otras personalidades de países imperialistas como Gran Bretaña y Francia, pues para los imperios constituyeron una manera de controlar sus colonias y ampliar su comercio (Bridge 53). Como apunta Luis Alburquerque-García, gran parte de los relatos arriba mencionados guiaron la literatura de viaje

⁵⁰ Beatriz Colombi recuerda en su tesis doctoral la importancia de la literatura hispanoamericana que atesora un legado histórico constituido de cartas escritas desde las Américas por los conquistadores, aventureros y religiosos a partir de la época de la conquista y colonización española, y desde Europa por los mestizos e indios en viaje por estudio o motivo de exhibición exótica (2002:1-2).

⁵¹ Las ideas de la Ilustración y del Utilitarismo del siglo XVIII dieron origen a las primeras expediciones científicas que enriquecieron el género con el alemán Alexander Humboldt, quien estudió la riqueza natural americana en sus viajes científicos. En otro registro, en esa alborada de las independencias americanas, la lucha por la libertad se presentó en cartas como el *Diario de viajes* de Francisco de Miranda en gira por Europa y Estados Unidos con el fin de recibir apoyos de personalidades influyentes para la emancipación americana (Colombi 2002:3)



de la generación del 98, por otra parte, el relato más leído en España en el siglo XIX fue *De Madrid a Nápoles* (1861) de Pedro Antonio de Alarcón.

Considero importante el siglo XIX porque surge el cambio radical en la forma del relato de viaje. Es decir que el hombre de letras se apoderó de dicho relato y de sus métodos. Omitió voluntariamente las descripciones de los lugares visitados ya presentes en los abundantes relatos de los tiempos clásicos. En cambio, se usó la intertextualidad en los relatos de viaje decimonónicos, y de tal forma, el escritor invitaba al lector a usar su memoria y las enciclopedias para situarse (Le Huenen 97-99). Entre estos cambios vemos a un viajero-escritor testigo y observador de una experiencia vivida *in situ* con un estilo ya no objetivo sino subjetivo (38). Quiero añadir otro punto importante y con relevancia para nuestro entendimiento acerca del cambio de la función del viaje a lo largo de la historia. Antes del siglo XIX, la Corte o la Iglesia encargaban a viajeros, conquistadores o científicos informes sobre tierras ajenas y fue eso el motivo del viaje, como una finalidad. Sin embargo, en el siglo XIX se dio vuelta la situación. El viaje fue el motivo y fuente de inspiración para al final escribir el relato en lo inmediato o a posteriori (24). O sea, «C'est à Chateaubriand qu'il appartient de prendre la mesure de ce nouvel enjeu de faire du Voyage le lieu d'expression et d'épanouissement du moi sensible» (119).

El viaje evoluciona según los destinos de los relatos de viaje y el interés de los lectores. Los relatos de viaje científicos y naturalistas, como las exploraciones de Humboldt, no atrajeron tanto a principios del siglo XIX. Según el alemán, la razón fue la de hacer informes de expediciones científicas precisas y técnicas pensados para un lector experto. En cambio, los relatos de las exploraciones como las de Cook y Bougainville, si bien supieron educar con informes geográficos no alcanzaron la calidad científica. Privilegiaron el enfoque de la «Historia o la experiencia de viaje» que sedujo y atrajo a un mayor número de lectores por sus descripciones exóticas y la subjetividad en el discurso (Le Huenen 107-109). No cabe duda de que, como indica Bridges, conllevó a la rivalidad entre los dos modos y el auge de los relatos viáticos (53).

Efectivamente, este cambio de inicio de siglo nos lleva a pensar en Colombi quien enfatiza que el siglo XIX representa la «época de oro de los viajes» con los emergentes grupos sociales y su afán de conocimiento y consumo de relatos de viaje. Debemos tener en cuenta que el movimiento artístico del Costumbrismo, caracterizado por sus descripciones pintorescas y

folclóricas de paisajes y vidas locales idealizadas según las ideologías políticas de ese entonces, contribuyeron al auge de la prensa con sus publicaciones de relatos de viajes (2010: 11-15). Con la democratización de la lectura y del viaje emergió la moda del turismo, como ya señalamos en el anterior capítulo con el *Gran Tour* (21). La época romántica fue caracterizada por las descripciones estéticas de lo sublime que alumbran el apogeo descriptivo de maestros de viaje como Chateaubriand, Byron, Goethe, Diderot, Gauthier, Stendhal, Dumas, Verne (Lucena 22). Lo señala Colombi quien subraya además que América se convirtió en «el destino de unas de las travesías más importantes de la historia» (2010:11) y que atrajo a numerosos curiosos y, por otra parte, los ciudadanos americanos adoptaron la ética y las últimas tendencias de las tertulias intelectuales europeas para implementarlas en su continente (11-15).

Nació así una nueva literatura de viaje que reflejaba la búsqueda de identidad y nuevos discursos políticos tras las independencias y con diferentes reflexiones de los viajes fruto de los nuevos encuentros y de la transculturación que vivían los viajeros. El libro de un posterior hombre de estado ofrece al lector un viaje al interior del país, dando cierta importancia a la descripción de tipos y costumbres. De hecho, el ejemplo de la literatura de viaje del siglo XIX se relaciona con *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. En el mismo sentido, considero necesario mencionar también la aportación de Pratt por indicar que un motivo de los relatos de viajes a Latinoamérica «eran precisamente las revoluciones que hacían posibles el viaje y las oportunidades comerciales...» (270). En el caso de Eduarda Mansilla, su itinerario no solo se realizó por motivo de la misión diplomática del marido a Estados Unidos, sino gracias a las ideas de la Ilustración y al relato de viaje femenino decimonónico que paulatinamente colaboró a alumbrar y a motivar a mujeres para escribir y publicar explícitamente sus pensamientos y observaciones como hicieron Jana Manso, Clorinda Mato de Turner y Flora Tristán. Para Bridge se trató de una escritura diferente de la de los hombres (7).

El fenómeno de la figura de la viajera-escritora decimonónica se establece en la literatura en textos de habla española con renombre en textos de Clorinda Matto de Turner, Flora Tristán, Gertrudis Gómez de Avellaneda, y se ve en textos de lengua inglesa como las de Nellie Bly, Fanny Calderón de la Barca (Ferrús 14) o en la literatura de la lengua francesa George Sand y Leonie D'Aunet (Le Huenen 155). Fueron notables sus logros por la constancia en sus relatos y observaciones, aunque según Miseres, se sintieron limitadas por los patrones impuestos en ese entonces; hoy en día los estudios sobre ellas continúan sin alcanzar la atención



que deberían recibir no obstante el renovado interés (23-24). Ciertamente, como sustenta Ferrús, la viajera-escritora ha sido activa en el género de la literatura de viaje desde el siglo XIV (19).

Al fin y al cabo, nos consuela saber cómo lo confirma Eloy Navarro Domínguez que, en estos últimos decenios, el mundo académico, y sobre todo los que se dedican a las investigaciones poscoloniales, se han volcado en el estudio de los relatos de viaje con gran interés y desde diferentes perspectivas. Esta situación contrasta con la poca repercusión que tuvo el género en épocas anteriores considerado campo de estudio para los historiadores, los geógrafos y los antropólogos. Hoy en día, por suerte, hay un declarado interés entre investigadores literarios por rescatar obras literarias olvidadas que ofrecen un gran valor cultural acerca de los pensamientos y costumbres del hombre de antaño. Tal es el caso de Eduarda Mansilla y su relato *Recuerdos de viaje*. Pero, queda por resolver todavía la «tradicional ausencia de una delimitación teórica precisa» en todo tipo de estudios relacionado con los relatos de viaje (12).

4.1.4 Concepto viajero vs turista

En el siglo XVIII se destacó el viaje educativo por Europa, el *Gran Tour*, por iniciativa de la aristocracia inglesa. Según Julio Peñate, se trató de un viajero que sabía fusionar lo espiritual con la escritura y que era capaz de tomar el tiempo para observar y disfrutar del momento (2015: 43). Pero Cristóbal Pera enfatiza que se puso fin al viaje aristocrático europeo con el fin de las colonizaciones, el término del siglo de las exploraciones científicas, y el fin de las guerras napoleónicas. A continuación, se democratizó el viaje, que se convirtió en un símbolo de la modernidad. Los destinos de los viajeros se cruzaron, por una parte, la aristocracia europea viajó rumbo a Hispanoamérica como en el caso de Humboldt y sus viajes científicos, y los americanos al Viejo Mundo como el mexicano Fray Servando Teresa de Mier quien luego publicó sus *Memorias*. En cuanto a los viajes por el continente hispanoamericano, la crítica literaria consideró importante la obra *El lazarillo de ciegos caminantes* (1773) de Alonso Carrió de la Vandra, el precursor de los guías turísticos y el Baedeker⁵² americano (507-508). Merece la pena considerar para futuras lecturas la obra mencionada por Carlos Sanhueza de

⁵² Interesante web sobre las guías modernas: «En Inglaterra, el editor John Murray III fue el primero en darle forma, mientras que en Alemania el encargado fue Karl Baedeker. En 1836, Murray publicó su primera guía de viaje titulada *A Handbook for Travelers on the Continent*. La publicación debió inspirar a Karl Baedeker, quien poco antes, en *Voyage du Rhin de Mayence à Coblenze* había traducido al francés una guía del viaje en el Rín, publicada por Fr. Röhlings en 1828 y que puede ser considerada el precedente de las guías de viaje (Prieto web).

David Viñas *Viajeros argentinos a Estados Unidos* (1998) para captar el interés de los viajeros-escritores hispanoamericanos por Estados Unidos, incluso antes de las independencias. Por citar solo algunos ya adelantamos la figura de Sarmiento y José Martí, y, además, Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales. Sus motivos de viaje fueron distintos, entre excursión y exilio, encontramos entre los viajeros a mujeres privilegiadas como Juana Manuela Gorriti y Victoria Ocampo (75-89).

En cambio, por los efectos de la Revolución Industrial y de la modernización surgió la figura del turista⁵³ creado para engrasar una actividad lucrativa, una rama del capitalismo decimonónico. El iniciador fue Thomas Cook, creador de la primera agencia de viaje en 1841 y de los viajes turísticos pensados para la burguesía pudiente en busca de ocio y de bienestar (Hulme 7). Ciertamente es que, como indica Axel Gasquet, reinó el lado pacífico y familiar en esos viajes modernos sin el ego heroico de los siglos pasados. Sin embargo, se trató de itinerarios mecanizados, fruto de la época industrial (42). De hecho, los medios de transportes en barco y sobre todo en tren representaron la palanca para iniciar con los viajes turísticos en grupo y poder así recrear los itinerarios descritos en los relatos de viaje. Efectivamente, Tzvetan Todorov nos confirma en *Nosotros y los otros* las impresiones de Chateaubriand ante ese turista que representó al hombre moderno individualista y presionado por esa máquina del tiempo (347).

Así, entendemos, tal como señala Hulme, que los viajeros rechazaron y se alejaron de la figura del turista apoyándose más bien en la imagen aristocrática del *flâneur* de Baudelaire de 1863, que se desmarca de la masa por su estilo y don de la observación (7).

4.2 Memorias y autobiografía

El primer «pariente» de la literatura de viaje es el género de la autobiografía (Le Huenen 125). En este apartado propongo acercarme a algunas teorías autobiográficas y sus deliberaciones sobre la memoria y la autobiografía para definirla, presentar su evolución histórica y literaria. Asimismo, abordaré argumentos de Sylvia Molloy en su obra *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* y también algunas ideas de *El pacto*

⁵³ La etimología de «turista» es un préstamo inglés que derivado del griego *tornos* y del latín *tornare* que significa «torre» o «movimiento alrededor de un punto central». Es difícil definir su origen, aunque aparece en las memorias de un turista de Stendhal (1838). (Entorno turístico web). A partir del siglo XIX con la democratización del viaje, surge la palabra «tour» de la palabra francés por el significado de «dar la vuelta». (*Etimología ...* 2018: web)



autobiográfico de Philippe Lejeune, la palanca teórica y origen de muchos debates a partir de los años 1970 del siglo XX.

4.2.1 Definición

La memoria es débil y nos lleva a olvidarnos momentos vividos o a no llegar al fondo del recuerdo. Así opina Aída Fuentes Medina, quien en sus investigaciones se basa en teorías sobre la memoria como las de Henri Bergson. Ella, como el conocido filósofo, sustenta que la memoria es la clave para rescatar recuerdos y narrarlos en una autobiografía. Por eso, la memoria puede ayudar a construir el Yo. Cuando un autor decide desvelar su Yo con la escritura autobiográfica es consciente de la pérdida de su privacidad a favor del mundo público. Sitúa la autobiografía como parte de los géneros narrativos del Yo y se define por su singularidad y por ser patrimonio del autor quien es libre y el único autorizado en la narración de su vida o a oponerse a contarla (662).

La libertad de la narración nos remite precisamente a Darío Villanueva y «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía» (15). Villanueva defiende su idea de cuán paradójico es el género autobiográfico por su forma. Ante todo, subraya que la autobiografía se rige en un «triángulo dialogístico» (17), por una parte, entre el narrador y el autor y, por otra parte, entre el narrador y el lector mismo, quien da vida al texto con la lectura. Pero lo paradójico está en que el lector puede considerar el texto autobiográfico ficcional si el autor crea un Yo propio mediante metáforas y no reconstruye un Yo fidedigno a su pasado. En cambio, el texto autobiográfico puede ser considerado verídico por su forma «realista» (29). Dicho género tiene un «enorme poder de convicción» (28) con capacidad de seducir al lector. Por eso, es inocente pensar que por ser una narración del Yo sea verídica y creíble (28). Además, Villanueva considera la escritura autobiográfica no solamente como un viaje hacia el interior del Yo, sino como un hilo conductor que une las etapas de la vida y al final presenta un «cierre rotundo» (20). Por esta razón, es partidario de que la autobiografía es una forma de construir ese Yo a lo largo de su vida tanto de forma ficcional como verídica (21).

Según Antonio Bueno García Este, el viaje interior por la escritura autobiográfica refleja un «espacio cerrado»⁵⁴ (119) considerado como una manera de orientarse en sí mismo, en ese

⁵⁴ Antonio Bueno García hace referencia a Virginia Wolff y su «cámara oscura» entre otros escritores (122)

lugar tanto defensor como hostil, pero visto como un «microcosmo viviente» (119). Allí, surge la motivación de narrar y las ganas de compartir su voz con el mundo exterior (120). Consecuentemente, indica que el espacio clausurado beneficia a la escritura del Yo más que a otro género literario, además de abarcar sentimientos optimistas que superan la realidad, aunque también negativos por no detener toda la información impregnada por melancolía (121-122).

Coincide en parte con la aportación de Aída Fuentes Medina y su fundamento en el teórico Georges Gusdorf⁵⁵. Éste considera la autobiografía un género literario no «universal» (665), sino un momento de «toma de conciencia» (665) surgido en el Renacimiento con un hombre que abre los ojos sobre la importancia de su pasado y la necesidad de dejar una huella para el futuro. Otra cosa es la veracidad de lo narrado, pero Gusdorf se distingue por considerar la autobiografía una «obra de arte» (665), no por su supuesta verdad de lo vivido, sino por su proceso de escritura en búsqueda de un Yo (665-666). Precisamente, Luz Aurora Pimentel define la autobiografía como una voluntad de desvelar su historia posiblemente de forma verídica por cuestión de «conciencia del yo» (676) (en *itálico* en el texto) ante uno mismo, pero también ante el Otro que puede ser una divinidad, su propia comunidad o un referente exterior que después ayuda al Yo a conocerse mejor y a emprender un futuro camino en su vida (681). Pero existen discrepancias en las teorías de este género. Es el caso de Paul De Man⁵⁶, que niega la base de la narración autobiográfica por la importancia de la desmemoria y el tiempo pasado que significa para él «un vago «referente» (en comillas en el texto) (760). Para el teórico, la autobiografía es una narración por medio de una máscara ficticia de un Yo para un Otro mediante la figura de la «prosopopeya» (776), no por tratarse de una personificación sino de una fabulación. Por eso no considera la memoria como medio. Además, no representa un género, lo considera una forma de narración que el lector encuentra en todo tipo de escritura con la información de dos yoes descritos según quiera el autor (778).

Conviene adelantar la opinión de Sylvia Molloy quien define la autobiografía como la vida de un autor que pretende haberla vivido, pero «es siempre una re-presentación [sic], esto es, un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa. La vida es siempre, necesariamente, relato: ...» (16). A su vez, Philippe Lejeune define el género como un «relato retrospectivo en prosa que una persona real

⁵⁵ Autor de *Condiciones y límites de la autobiografía* (1956)

⁵⁶ Autor de *La autobiografía como desfiguración* (1979).



hace de su propia existencia poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad» (48). O sea, el lector identifica una narrativa autobiográfica si existe concordancia entre protagonista, narrador y autor, testigo y dueño de su pasado (48).

Bajo otras perspectivas, José Romera Castillo considera la autobiografía como una cima del trabajo literario de un autor que refleja precisamente su vida tanto en prosa con diferentes formas de escritura como en versión oral o gráfica: la autobiografía refleja el propio Yo en su pasado. Entre los géneros cercanos, las memorias se destacan por describir un espacio con el Yo, el diario guarda el registro personal cotidiano, la escritura epistolar mantiene la correspondencia escrita con un receptor determinado, y, con otras formas más, evidencia un pasado personal (10-11). Efectivamente, se trata de una cima, pero no olvidemos que fue un lugar inalcanzable para la escritura femenina hasta finales del siglo XIX ya que la narración autobiográfica funcionó como una narración falocéntrica, sobretodo desde la llegada del hombre individual y por el patrón patriarcal dominante hasta en el siglo XIX, y muy presente todavía en algunas culturas (Regazzoni 16). Pero según algunas aportaciones de Sidonie Smith, lo que dice mucho del autobiógrafo es su «presente», su momento de escritura que desenmascara más su vida actual al lector que la narración misma de antaño (Loureiro 38).

En suma, no cabe duda de que la narración autobiográfica conserva un valor cultural en diferentes formatos imprescindibles para los estudios en historia, sociología, filosofía, ciencias naturales, etc... (Romera 11). Ciertamente es que la autobiografía femenina ha enriquecido el género por medio de sus aportes particulares con perspectivas nuevas, como es el caso de Eduarda Mansilla.

4.2.2 Breve evolución histórica del género de literatura autobiográfica

En una reciente publicación sobre la autobiografía, Blanca Estela Treviño García confirma el interés por el género autobiográfico en estos últimos años y lo clasifica como uno de los géneros más valorados e investigados. No obstante, la autobiografía hispanoamericana no goza del prestigio de los textos memorísticos anglosajones y franceses (161: Ebook). Volveré a este asunto en el apartado sobre Sylvia Molloy. Aquí trataré de trazar la línea general del desarrollo histórico del género autobiográfico.

La escritura autobiográfica nace con la época de la Antigüedad; la biografía y la autobiografía formaban una sola clase de escritura y fueron narradas como un «acto cívico» (Caparrós 179) de personalidades públicas. Ya germinaba el problema de autoglorificarse y el deseo de separar lo privado de lo público; y no mezclar la autobiografía y la memoria romana «pública, histórica y nacional» (179). Las figuras de la ironía y del humor, además de la narración epistolar y filosófica, como las confesiones de San Agustín (397 d.C.), influyeron en la posterior literatura europea (180-181).

Si bien la autobiografía medieval es ambigua por su Yo, a menudo heroico, presentado en narraciones dudosas por el uso de fantasías (Domínguez 187), en la época renacentista encontramos el germen del individualismo decimonónico, con una escritura del Yo más sostenida y concentrada. Anna Caballé Masforoll interpreta «la iconografía simbólica de la interioridad»⁵⁷ a través del grabado de «San Jerónimo en su estudio» (1513) de Alberto Durero⁵⁸ donde domina la búsqueda interior y el aislamiento del ser. Es interesante observar cómo establece así un paralelo con la necesidad de aislamiento del hombre moderno, dolorido por el sentimiento de culpabilidad y del sufrimiento nostálgico, como en la «nostalgia del desierto» de Nietzsche (346). Ciertamente es que entre 1552 y 1553 se publicó la primera narración autobiográfica española, *La vida de Lazarillo de Tormes* de autor anónimo, lo que impulsó en el siguiente siglo la escritura anónima o con seudónimos, una diversión para el lector de investigar la identidad del autor en ese entonces (Lejeune 55-60). En cambio, para el siglo decimonónico desvelar su identidad era una forma de prestigio y sobre todo de existir (61). Pero cabe destacar y hacer un paralelo con lo mencionado en la parte de la literatura de viaje. En 1788, los filósofos y hermanos Schlegel denominaron a los autobiógrafos como los «*autopseustos*» (itálico en el texto), «los que mienten sobre sí mismos» (Villanueva 21). Como apunta Darío Villanueva, los lectores destacaron con el tiempo las «falacias intencionales» (27) en las narraciones autobiográficas, una de las particularidades del género. Por eso, Villanueva sustenta que, para teóricos ocupados de dicho género, la narración autobiográfica es sinónimo de «autoinvención» para el autor, no por el símil de su Yo, sino por imaginar a un Yo para elaborar una obra autobiográfica (21). En cuanto a Jean-Jacques Rousseau, el fundador de la narrativa autobiográfica moderna, se destacó con *Confesiones* (1782) y lanzó este género de escritura romántica. Además de ser fuente de inspiración para muchos escritores modernos del

⁵⁷ La imagen de «San Jerónimo en su estudio» de Alberto Durero (web)

⁵⁸ Su autorretrato está expuesto en el Museo del Prado en Madrid (web)



siglo XIX hizo que muy pronto uno de ellos se convirtiera en el impulsor y el mejor referente del género, a saber, Stendahl, cuya obra maestra de este tipo es la inacabada *Vie de Henry Brulard* escrita en 1835 y publicada en 1890. La escritura autobiográfica sirvió para el autor francés como un modo para «conocerse» y se puede rastrear un hilo conductor autobiográfico en todas sus obras literarias (Hernández 47-50).

A finales del siglo XX, las teorías deconstruccionistas representan una reconsideración crítica del género, expresada por Paul De Mann, el mayor teórico autobiográfico según Ángel G. Loureiro (42). En los años setenta Philippe Lejeune había establecido lecturas del género a partir del *pacto autobiográfico* hasta la llegada en los noventa de Paul Ricœur y su «concepto de identidad narrativa», parte de su obra *Temps et récit*. Cabe destacar aquí las «tecnologías del yo»⁵⁹ de Michel Foucault. Loureiro las estima idóneas para considerar la autobiografía una de ellas. Según Foucault, la escritura autobiográfica es sinónimo de un «lugar privilegiado» donde el autor piensa y busca reflejar su otro Yo, no como un espejo, sino para narrar su propia historia de forma individual, o sea, con sus propias acciones y movimientos, y llevarle a conocerse mejor; lo que Foucault denomina: «cuida de sí». Pero, es aconsejable que el autor no desacredite su contexto histórico para evitarle represalias (Loureiro 44).

Ahora bien, considerando la pluma de Eduarda Mansilla, cabe tener en cuenta las teóricas feministas ocupadas en echar luz sobre el género autobiográfico femenino. En plena innovación teórica sobre el género se han destacado, a partir de 1980, feministas como Sidonie Smith, Shari Benstock, Susan Friedman (Loureiro 37). Para parafrasear a una de ellas, Sidonie Smith inculpa al Renacimiento por la incursión de la individualidad masculina y el rol patriarcal y por haber distinguido entre dos voces, donde al fin y al cabo, favoreció la voz falocéntrica y alejó a la mujer de la vida pública y de la posibilidad de crear su propio Yo. De esta forma, la mujer se vio perjudicada doblemente (Loureiro 37).

⁵⁹ «Permiten a los individuos efectuar por su [sic] propios medios o con la ayuda de otras ciertas operaciones sobre sus propios cuerpos y almas, pensamientos, conducta y forma de ser, con el fin de autotransformarse para alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría, perfección o inmortalidad» (Foucault «Technologies» 18 citado en Loureiro 44).

4.2.3 *Acto de presencia de Molloy*

En la crítica literaria hispanoamericana Sylvia Molloy es una referente de gran importancia con su *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (1996) (Treviño 161: Ebook). Compara dicho género a una introducción, ambos textos escritos al final de todo, con la voz del autor, lo que coincide con la metáfora de Darío Villanueva del «cierre rotundo» (20). Pero advierte que la meta de dicha obra no es la de poner a juicio algunas teorías como la de la paradoja o la «prosopopeya» del filósofo De Man, que representa la base del género como un momento crucial y simbólico para el autor que se esfuerza a dar vida con la escritura autobiográfica a los momentos pasados con un Yo camuflado en una «máscara textual» (11) y narrado en una edad avanzada. Según Molloy, su meta es otra, es la de alumbrar el género hispanoamericano; es decir estudiar algo que ha sido desatendido por sus lectores y por el mundo académico. Es más, es importante para ella seguir su conciencia que le pide averiguar y estudiar, por ella misma, las narrativas autobiográficas de autores hispanoamericanos del siglo XIX y XX que presumen detener y vivificar el pasado de su Yo, no por su forma paradójica, sino por su técnica narrativa, su credibilidad según el género del autor y la repercusión de su mensaje en el presente (11-12).

Dicho esto, avisa que el patrimonio autobiográfico hispanoamericano es limitado (12) y que no debemos considerar la narrativa colonial como autobiográfica, si bien a veces es muy subjetiva, debido a una escritura por encargo de la Corona o la Iglesia y por no tratarse en estos casos de una crisis del Yo singular como en el siglo XIX (13). De todos modos, la ventaja de la ausencia de un modelo literario autobiográfico en el contexto hispanoamericano hasta el siglo XIX nos beneficia por su narrativa autobiográfica libre, rica y variada, aunque frágil (12-17). Asimismo, de acuerdo con Molloy, esta literatura merece ser tratada y estimada con una mirada renovada y actual, pero sin temor a las sorpresas que atesora. En fin, la autora rechaza los argumentos de teóricos que consideran dicha narración, por una parte, poco creíble, sin interés y a veces sin una identidad cultural definida y, por otra parte, sin capacidad narrativa. Pero defiende la existencia de una interesante narrativa autobiográfica hispanoamericana, a pesar de las diferentes consideraciones en su contra (12-13).

Ahora bien, centrémonos en el género autobiográfico hispanoamericano del siglo XIX, motivación de Molloy e hilo conductor de *Recuerdo de viaje*. Su argumento se centra en el problema de la «crisis de autoridad» que vive el hombre moderno a raíz del impacto del Siglo de las Luces y de las independencias americanas cuando la narrativa de este tipo pierde su



destinatario colonial. Entendemos ahora por qué a Molloy le intriga la pregunta «¿Para quién escribe este tipo de yo autobiográfico?» en ese contexto emergente y de progreso. No por ello, acepta la idea de algunas opiniones de que el género autobiográfico hispanoamericano nació con sus independencias. Al mismo tiempo, no pretende explorar la cuestión de estos textos como expresiones de «alegoría nacional», algo válido según ella para determinadas narraciones (14-15). Reconoce la inquietud de los escritores ante la construcción nacional, género reflejado en sus narraciones autobiográficas, pero en este caso lo considera telón de fondo con un Yo protagonista que recuerda su pasado gracias a su memoria y mediante la escritura (15).

Efectivamente, Molloy subraya la fragilidad de la autobiografía hispanoamericana palpable en algunas narraciones. Explica que el autor es prudente y vulnerable ante la opinión pública, se ve juzgado y, por eso, puede adelantar la petición del perdón a sus lectores, como si fuese a una «ejecución». Por tanto, identifica al autor hispanoamericano como un «eficacísimo autocensor» (17). Pero existen formas indirectas de exponer el Yo, por ejemplo, por medio del «silencio» o la relación de cierta información para su escritura. La razón puede ser por prudencia o pudor, o también por desprecio de la ostentación de figuras heroicas, pero cierto es que la infancia, según Molloy, resulta inexistente en muchos de esos autores hispanoamericanos (17).

Al fin y al cabo, con la escritura autobiográfica del siglo XIX emerge un nuevo escritor, autobiógrafo y testigo de un tiempo pasado cuya memoria le ayuda en su escritura a proyectarse en su futuro, aunque el recuerdo para Molloy es también una «fabulación». No cabe duda de que el Yo se revela como un testigo de su pasado y de su presente, que le influye a la hora de narrar su pasado para una determinada sociedad y participar así en una memoria cultural colectiva.

4.2.4 Características del género - *El pacto autobiográfico* de Lejeune

Los teóricos literarios consideran a Philippe Lejeune un referente imprescindible para las investigaciones del género autobiográfico, pero su publicación *El pacto autobiográfico* (1975) no se liberó de controversias contrarias a las teorías existentes como toda llegada de cambio (Asiaín 93-95). Lejeune fue consciente de que la autobiografía representaba una reconstrucción de un Yo a la par de un parecido de un Yo. Retomó pues en 1991 su análisis con la meta de explicar las diferencias entre la biografía y la autobiografía y la problemática de la identidad narrativa entre el autor, el narrador y el personaje (48-49). Se basó en los diferentes

géneros literarios desde la Ilustración y de preferencia europeos, y dejó claro que no consideraba referirse a una obra «universal» sino a un «documento a estudiar» (48-60). En este apartado trataré de presentar su planteamiento y problemática para poder argumentar en la parte del análisis la presencia de rasgos autobiográficos de *Recuerdos de viaje*.

La diferencia entre la autobiografía y la biografía son importantes. Por una parte y basándome en lo dicho en los párrafos anteriores, la autobiografía se distingue por ser una narración de una vida pasada del trio «autor-narrador-personaje». El narrador corresponde así al personaje protagonista y al autor quien «escribe y publica» (51) su vida para un lector quien da vida al texto (48). La voz narrativa se presenta de preferencia en primera persona según el contrato (51), o sea, el autor aparece con el nombre propio y apellido en forma explícita en el texto o «implícita» (53) mediante el paratexto. Ciertamente es que al exponer su identidad y su publicación refuerza su notoriedad, talante literario y «orgullo» como autor (49), pero al mismo tiempo indica cuán egocéntrico es el personaje (59). Diferente es cuando dicho tipo de narración en segunda o tercera persona induce a la incoherencia, algo relativamente raro en la literatura (49).

Por otra parte, si bien los dos géneros biográficos se asemejan por ser «textos referenciales», gracias a los datos verificables científicos o históricos (57), la biografía se determina por su identidad dividida entre autor y personaje (57). Pero para Lejeune es incorrecto hablar de «novela autobiográfica» en casos normales de textos autobiográficos. No cabe duda de que la novela puede copiar la poética de la autobiográfica, en cambio sería una obra ficcional (52). Al fin y al cabo, para Lejeune no importa saber cuál de los dos géneros es más auténtico porque no lo es ninguno de los dos (59). El autor autobiográfico puede manipular y divulgar su información libremente como en la novela, pero se expone a una tarea seria que no le permite rodeos imaginativos a la hora de publicar su verdad (52-59).

Según el teórico francés, se trata de un «pacto» autobiográfico. Consiste en que el narrador y el lector se comprometen a un acuerdo de lectura como si fuera un acto legal entre los dos y piensa que existe también para otros géneros literarios; a saber, el «pacto» *novelesco* (itálico en el texto), el «referencial», el «fantasmático» (60). El autobiográfico revela ser estricto y pide al lector de creer en su verdad. O sea, por una parte, la tarea del autor es narrar con veracidad su vida pasada en su nombre propio. Sin embargo, por otra parte, el pacto le exenta



de culpa en caso de falsedad de información, por lo que puede ser difícil creer lo escrito. A su vez, el pacto confiere al lector la función de «detective» (57) y así le da derecho de averiguar y objetar la información dudosa mediante pruebas pertinentes, o sea, por la denominada «prueba de *verificación*» (en *itálico* en el texto) (57). En caso de omisión de identidad en la narración, el pacto otorga al lector poder recurrir al paratexto cuyo título, dedicatoria y prólogo le indica el nombre y apellido del autor. Entonces, una narración autobiográfica no puede ser «anónima» y menos aún usar «seudónimos» (52), fenómeno tan común en los siglos XVII y XVIII (69). La tarea del lector no es entonces evidente; el tiempo puede borrar toda trazabilidad de la información que puede resultar también inexistente. Pero no olvidemos que las experiencias y la información narradas son necesarias para el texto autobiográfico, pero todavía más la buena memoria y haber sido testigo de lo vivido. Por lo contrario, conllevarían al autor a situaciones embarazosas como la pérdida de credibilidad entre los lectores y de paso, su fracaso como autor. Por suerte, existe como último recurso de la salvación por el lector que podría consentir una «relación de *fidelidad* y no de exactitud» (57), donde el valor literario y artístico antepondrían dudas y/o pecados literarios.

Al final, Lejeune indica que, a pesar de su teoría de pactos entre el autor y el lector, la forma evoluciona con el tiempo según el contexto y las personas (60), y es un pacto «implícito» por ser basado en un «parecido» y por eso, la autobiografía es tarea compleja e incompleta por la dificultad de establecer la verdad, debido a la falta de pruebas o de memoria (60-61). Entonces Lejeune concluye que su concepto de pacto autobiográfico no puede ser un término científico sino una propuesta o un código de «lectura» (60).

En forma de conclusión de este marco teórico, podemos destacar que tanto la literatura de viaje como la autobiográfica ha sido objeto de numerosos relatos y estudios en estos últimos decenios. La literatura de viaje se caracteriza por representar un género literario secundario con tema sobre un viaje de ida y vuelta y en primera persona. Si bien la literatura de viaje es carente de teorías por su flexibilidad, ha ido evolucionando a lo largo de la historia del hombre adaptándose a diferentes formatos de relatos a pesar de algún rasgo de ficción. Presenta un abanico de intereses culturales, motivos, destinos, tipos de viajeros y de medios de transportes que ayuda a ir hacia el Otro y regresar con ricas experiencias. Con la Ilustración, los viajes marcaron un antes y un después en el género gracias a los viajes científicos de Alexander von Humboldt y a los *Grand Tour* de aristócratas ingleses y franceses, impulsores del género. En el siglo XIX, el hombre de letras se apropió del género que ayudó a conocer su yo y a la búsqueda

de identidad nacional. El efecto de la modernización democratizó el viaje y el tren representó una fuente de inspiración para nuevos relatos viáticos con nuevas sensaciones y destinos teniendo en cuenta su impacto en las vidas de los ciudadanos y en la destrucción del espacio. Viajeras-autoras como Eduarda Mansilla desencadenaron sus voces gracias a sus vidas acomodadas y de la posibilidad de entregarse a una escritura «sin filtros». El resultado ha sido un aporte literario rico en observación, testimonio y contribución al sistema educativo nacional.

Por otra parte, el primer aliado de la literatura de viaje es el género autobiográfico que forma parte de los géneros narrativos del Yo desde los tiempos de la Antigüedad. Las teorías genéricas destacan el rol de la memoria imprescindible para vivir su propio pasado mediante la escritura del Yo construida entre la voz del narrador, el autor y el lector si bien puede surgir rasgos de la ficción. El proceso de la escritura se concentra en un espacio clausurado donde ese Yo ayuda a rescatar ese pasado con vida y cobra fuerza compartiendo sus memorias con el lector. Puede a veces ser considerado como una obra maestra por su talante de interpretar ese Yo de un pasado. Referentes como Sylvia Molloy, ocupada en dar prestigio y credibilidad al género autobiográfico hispanoamericano y a estudiar los textos del siglo XIX, sustenta que el relato emerge de un espacio cerrado y de haber vivido ese pasado narrado. No descarta la presencia de ficción en dichos relatos. Para el teórico Philippe Lejeune, la autobiografía es difícil de autenticar debido a la falta de evidencias. Considera dicho texto como un símil basado en la relación entre protagonista, narrador y autor. Según su teoría en *El pacto autobiográfico*, corresponde al lector averiguar la veracidad de lo narrado con las pruebas.



5 ANÁLISIS

En la travesía atlántica a Estados Unidos relatada en *Recuerdos de viaje* habla una viajera cuya identidad corresponde a la imagen de una mujer de letras argentina privilegiada a diferencia de las mujeres silenciadas de su país. Podemos deducir aquí un deseo de romper ese silencio como viajera-escritora formando parte del proyecto nacional modernizador argentino mediante su relato de viaje. Al mismo tiempo, la cultura y el idioma francés influyeron en su habla y su instrucción, característica de la alta clase social de su país. Así, es lícito preguntarse ¿por qué se contentó con elegir Estados Unidos para su relato de viaje a una sociedad y cultura diferente a la suya? Al plantear así la pregunta, entenderemos que esta aventura vivida principalmente viajando en tren por la Costa Este del país significa para la narradora no solamente adaptarse al progreso y copiar el destino del viaje moderno en boga, sino también destacarse de las ideas utópicas en escritores-viajeros partidarios del proyecto civilizatorio estadounidense. Identificar la voz narrativa en *Recuerdos de viaje* y su género literario, nos lleva a emprender acciones dignas de un detective en busca de indicios literarios, aplicando los derechos del lector de *El pacto autobiográfico* de Lejeune que nos guía. Somos conscientes de que es un reto y no podemos fiarnos de lo narrado. Si seguimos las pautas del teórico francés, no es primordial lo estético y tampoco la cuestión si el relato es real u obra de ficción, sino la «relación de fidelidad» entre el autor y su lector. Nosotros los lectores determinamos la verdad y juzgamos la calidad y credibilidad de la autora.

5.1 ¿Quién habla y cómo se presenta?

5.1.1 La narradora aristócrata conocida

La identidad de la autora en *Recuerdos de viaje*, libro que nos ocupa, es explícita en la portada por publicar su nombre y apellido. Efectivamente, la autoría corresponde a Eduarda Mansilla. En cambio, su identidad es implícita a lo largo del relato y cambia en función de los espacios donde se mueve. El lector nota que nunca se cuestiona y tampoco tiene duda en sus recuerdos, tampoco nos da mucha información de su presente. No es evidente para el lector determinar a primera vista el género literario del relato mediante el título. Por una parte, podemos deducir que «*Recuerdos*» gira en torno a las memorias y que evoca una vida pasada,

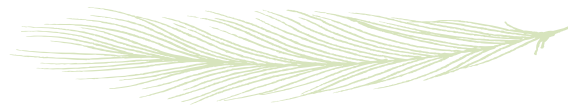
y, por otra parte, «viaje» remite a un destino ajeno al suyo. Pero no sabemos todavía a quién pertenecen dichas memorias, su lugar de origen y su rumbo; tampoco podemos aventurarnos a determinar su veracidad sin analizar las pruebas disponibles. Así que una vez emprendida la lectura nos conviene analizar primero su «Preliminar» donde surge la voz narrativa en primera persona por el uso de la forma del verbo «creo» (1). Esto nos confirma que se trata de un género literario autobiográfico ya que el yo corresponde a la voz de Eduarda Mansilla. De hecho, después de sus instrucciones al lector habla de cómo elegir el barco trasatlántico a América y en su discurso se autopresenta en «calidad de viajera» (4), lo cual nos da la pista de que el relato en cuestión forma parte del género literario de viaje. Conforme leeremos sabremos que viajará en barco, en tren entre las ciudades, en ómnibus privado con el Dr. Acosta en Nueva York (113) y se paseará a pie por la Quinta Avenida (89).

Entonces, habla una viajera letrada a bordo del barco *África*⁶⁰ (Ilustración 21) desde su punto de partida, desde Francia (43) con destino a Estados Unidos: «Hacia [sic] trece días [sic] que navegábamos en el *África* suntuoso vapor de la Compañía Cunard, cuando una mañana, resonó en mi oído la mágica palabra *Nueva York*. Habíamos llegado; ...» (7). Nos indica la fecha de su llegada a Nueva York en el año del 1860 (44) en plena primavera: «un día de junio» (10). Da indicios de su despedida, pero lo trataré en su momento correspondiente⁶¹. Según esta viajera, nombra a algunos representantes de una élite europea quienes estuvieron también a bordo: «conjuntamente [sic] con nosotros, llegaron á [sic] los Estados Unidos los Príncipes de Orleans, Luis Felipe, Conde de París y su hermano Duque de Chartres...» (55). No cabe duda de que sus experiencias de viajes le dan mucha credibilidad para poder comparar los diferentes servicios, y unas veces con entusiasmo, otras veces rechazándolo, como explicaré más adelante en mi análisis.

Detectamos en ella una actitud altiva y polifacética en sus autodenominaciones de «calidad de viajera» (4), de «Viajera distinguida» (88) y «calidad de *Lady*» (11, 112) (entre comillas en el texto). En su narración busca ostentar al lector lo que le conviene divulgar, por ejemplo, en este momento de la lectura, el considerarse experta en cruceros trasatlánticos de Francia a Estados Unidos: «Viajar con los Franceses [sic] es más agradable en verano; pero, lo

⁶⁰ Según el registro, el barco retomó la línea el 31 mayo de 1862 hasta 1867 cuando fue vendido en 1868 (*Norway-Heritage Web*).

⁶¹ Fuente historiográfica publicada por *Norway Heritage* hace referencia al barco *S/S África* y su parte registro técnico (Ilustración 16). Dicho barco fue construido en 1850, a partir de 1855 para la navegación de Liverpool-Halifax-Boston-Liverpool y con una capacidad de 180 pasajeros y 38 miembros de tripulación (*Norway-Heritage web*).



es más seguro en invierno con los Ingleses [sic]» (2). Además, trata de convencer al lector que va motivada a Estados-Unidos, como si se tratase de una persona valiente dispuesta a modernizarse «... *quien á [sic] Yankeeland se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento.*» (5). Sus consejos se refieren también a los barcos, a los trenes americanos y los europeos: «Los trenes en los Estados Unidos, construidos exactamente como los nuestros, no se parecen á [sic] los de Europa, ...» (43). Es también valiosa para aconsejar en cuestiones sociales y educativas, por el bien de la familia: «... recomiendo al lector, que guste profundizarla, las obras del Dr. T. Gaillard Thomas, celebre Profesor de Nueva York, especialista de obstetricia, sumamente interiorizado en las costumbres de la sociedad Yankee» (87).

Ahora bien, lo paradójico se encuentra en la cambiante personalidad de Eduarda Mansilla; se muestra como una mujer con sentido materno, por ejemplo, ante sus hijos «mis chiquitines» (62), ante un huérfano en el tren «confieso que durante la travesía que sólo duró tres horas, más de una vez mis ojos se volvieron cariñosos hácia [sic] el niño del cartel, ...» (63), «...resonó en mi oído [sic] como un lamento infantil. Y fue con esta penosa impresión [sic]...» (63); también muestra su lado generoso cuando «puse en la manecita del joven viajero un dollar [sic] y en su frente rubia un beso» (63); aparece como púdica con los sentimientos y los gestos afirmando que «Los lábios, [sic] me parecen sitio sagrado, que no deben así no mas prestarse á [sic] públicas efusiones de familia.» (10). Pero, el denominador común en ella se centra en su superioridad reflejada en su calidad estética tanto en la voz interna como en su gusto por la elegancia, palabra repetida continuamente (66-67), por ejemplo, para calificar el vestido del costurero francés «Laferrière» (100). Ambas costumbres reflejan la educación de la clase aristócrata por representar la vestimenta preferida de las realezas europeas. Esta educación se nota en su habla con descripciones estéticas como frente al tren: «esas locomotoras eran preciosas y coquetas, que hacían las delicias de mis chiquitines, sobretodo el *cow catcher*, especialidad de norte america [sic]... en forma de abanico» (62). Imprescindible en su educación es su conocimiento y pasión por el mundo musical y cultural «El *chandelier* del Opera House» (en *italico* en el texto) (74). «Precioso el espectáculo, deslumbrador!» [sic] (105), y de paso hace un guiño en su relato a sus obras infantiles con la mención de las famosas ediciones infantiles de Appleton (117).

Pero no nos dejemos engañar por su falsa modestia o discreción, todo indica que intenta presumir lo que a ella le conviene publicar y para seducir a su lector tanto por sus capacidades

como por sus círculos exclusivos, como vemos más en concreto más adelante. Aquí se muestra como una artista lírica en casa de los amigos burgueses del Doctor Acosta en el barrio residencial de Brooklyn (114):

Acosta me habia [sic] engañado, me habia [sic] anunciado, habia [sic] exagerado mi talento musical, y cuando llegó el momento de cantar en aquel centro tan artístico, tan plácido y sencillo, me sentí muy acertada. Vencí no obstante mi timidez, que hubiera podido ser mal interpretada por aquellas gentes simpáticas y modestas, y con el corazón palpitante, canté la serenata de Schubert. Gustó mi canto, y de trozo en trozo llegué, después de hacerme un tanto rogar, lo confieso, hasta cantar la *Calesera*, [sic] de Iradier... Obtuve con ella tal éxito... Tuve que repetir mi andaluzada. (115)

Su zona de confort corresponde pues al mundo refinado y acomodado, sobre todo el diplomático, donde ella misma reconoce ser «mimada» (79). Por eso, no es casual que reserve espacio en su relato para ello. El lector viene a conocer su círculo privilegiado internacional: «En casa del Ministro [sic] del Brasil, conocí á [sic] los Príncipes.» (55), y su exclusiva relación con los Lincoln, quienes la invitan a cenar en casa (50). Pero todo indica que su intención es jugar con el lector a quien le pone a la prueba para identificarla a todo momento y saber de su vida privada y de su país de origen mediante los indicios que le va colocando en su relato. En su zona de confort es donde la desvelamos implícitamente. Sabemos el verdadero motivo de su viaje y su estatus de esposa cuando llega precisamente a la *Casa Blanca* (50) (itálico en el texto) y se presenta en «extranjera distinguida» (50) por, según ella, una cuestión de «pereza» (50), según este yo un tanto hipócrita. Parece que aprovecha de ese particular estatus para hacer sombra a su marido que todavía no ha llegado al país, y no se esfuerza para mencionar su título nominativo: ««Confieso que tuve pereza de hacer explicar su carácter de «*Comisionado especial para estudiar los tribunales de justicia*» (50) (en itálico en el texto)» (50). Por eso, resulta llamativo este pasaje por la poca consideración que le tiene y que analizaremos más adelante. Se podría interpretar como una forma de autoglorificarse y sentirse independiente de su marido.

Es más, el momento crucial en la búsqueda de su identidad aparece cuando está reunida en su círculo refinado con el prestigioso autor y editor Motley, entre otras personalidades (119). Este magnate de la edición le afirma que es la autora de una de sus obras: «... y V. [sic] ha escrito el Médico de San Luis [sic]» (118). No tiene escapatoria, en su ambiente no le vale fingir con sus máscaras y menos aún ve que si bien dicha obra se la conoce por su seudónimo «Daniel», se la reconoce de todos modos. Esto indica de nuevo otra falsa modestia de su parte



en su reacción: «Hay horas dulces para los pobres autores! [sic]» (118). Pero podemos pensar que quiera reflejar cuán difícil fue para una mujer letrada publicar su obra un año antes de su llegada al país norteco. Lo seguro es que para la autora este metacomentario con sus enigmas podría representar de nuevo otra oportunidad de autoglorificarse y de fomentar sus otras obras con una publicidad ajena e independiente, lo cual significaría que la que habla es una persona que busca independizarse y que no tiene por qué dudar de su talante de escritora.

Esta agudeza nos la muestra también con su actitud diplomática y pacífica en cómo esquivaba la pregunta que el abogado y político Sumner le hizo unos años después acerca de Sarmiento: ««Supongo, querida *señora*, que allá en el Plata Vd. [sic] y Mr. Sarmiento son excepciones?» (119). Puede ser que quiera mostrar a su lector que en ese entonces no se inmiscuía en su política no obstante esa «pregunta algo cándida» (119), pero lo cierto es que pone de manifiesto que la meta en su relato tampoco es enfocar su país «Mi respuesta no viene aquí a caso» (119). Además, no quiere dañar su imagen de escritora por su núcleo familiar vinculado con la política argentina y su amistad con el caudillo: «... hay cosas que deben decirse fuera de la patria, y callarse en ella» (119). En cambio, no teme criticar malas costumbres sociológicas argentinas que no tienen la misma importancia diplomática y política:

En nuestra raza, [sic] se produce el fenómeno contrario; en el momento crítico, la impaciencia toma proporciones vastas, el malhumor sube de punto, el viajero se queja, rezonga, vocifera, maldice y amenaza la Compañía [sic] si está en ferrocarril [sic] y la Municipalidad [sic], si va en carruaje: pero llega y... olvida y nada se remedia: ahí está el mal. (14)

De tal forma, surge en ella un discurso ambiguo donde su credibilidad como autora puede estar en peligro ante su lector que busca saber su opinión sobre la política argentina. Por eso, me atrevería a pensar que su relato puede incluso irritar al lector por no tratar ese tema con más valentía en vez de sujetarlo al discurso diplomático implícito. Pero entendemos que no quiera meterse en polémicas por tratarse de su primer relato de viaje. Al fin y al cabo, el ocultar la información le sirve tal vez a seducir a su lector con sus opiniones sobre otros asuntos temáticos. Pero no cabe duda de que Eduarda Mansilla gozó de una repercusión importante y positiva por parte de la prensa y que pudo permitirse este juego de enigmas con su lector. Al final de este trabajo, en un anexo se pueden leer artículos de la prensa de la época que muestran la consideración ajena por su talante artístico y su persona.

Precisamente, se trata de una aristócrata que se considera amante de la calidad de vida y cultura europea reflejada en ella: «La Europa toda simpatizaba con la causa del Sud» (122),

«Yo era una sudista» (122). Insiste en que la consideremos una amante del estilo de vida europeo: «Lo repito, el viajero no tiene, como en París, en Viena ó [sic] en Madrid, ese Madrid que parece despertar despues [sic] de las once de la noche... sin gastar un centavo...» (19). Notamos que se da aires de *cosmopolitismo* a la «Madame de Stael [sic]» y de tener capacidad de enfrentar los inconvenientes de los viajes forzosos reflejados en su aforismo «triste placer de viajar, como dice madame de Stael [sic]» (9). Habla también en viajera experta en cultura europea tanto literaria como musical (68-118), acostumbrada a la vida cultural urbana (61) y al tanto de los productos de lujo del emergente consumismo accesibles en los almacenes de gran lujo (18, 19). Pero parece ser una persona moderada por recalcar los precios prohibitivos como el calzado (81). Sin embargo, goza de los paseos por la calle más prestigiosa de Nueva York como lo haría un *flâneur* en versión mujer: «... yo prefiero caminar por la Quinta Avenida, esa esplendida calle de mansión de mármol blanco» (87). Por otra parte, vemos que el popular Museo Barnum atrae su curiosidad, pero que lo rechaza inmediatamente por personificar la estafa (89) y el lado picaresco estadounidense: «... me trasporto [sic] á [sic], frente al museo Barnum. Esto es genuinamente Yankee, y presenta otra faz del carácter norte americano, que contiene igual dosis [sic] de candor y de pillaría» (87). Igualmente, tiene un sentido crítico ante el sistema ferrocarril estadounidense y argentino opuestos al europeo:

«Los trenes en los Estados Unidos, construidos exactamente como los nuestros, no se parecen á [sic] los de Europa, ...» (43)

Los trenes en aquella época, [sic] eran en extremo incómodos, y el contacto forzado de los viajeros, unos con otros, durante muchas horas, en los penosos días [sic] de verano, hacia [sic] el viaje insoportable. El lujoso Pullman Cart de hoy, con sus sillones giratorios y sus departamentos reservados, aún no existía. (92)

Este malestar urbano de la emergente vida moderna y poco civilizada para ella justificarían los altos y bajos del proceso de aprendizaje de Eduarda Mansilla que evolucionan desde su llegada a Nueva York y que varían en las zonas desconocidas como es la zona pública. Conforme tantea nuevas experiencias en ese nuevo país para ella, va conociendo «a fondo esa sociedad» (82). Es el caso en el puerto de Nueva York donde habla una viajera incapaz de salvarse por sus propios medios del jaleo de la llegada como un nuevo espacio para ella y, por eso, recurre a su «*savoir faire* diplomático» (79) (itálico en el texto) para gozar de sus privilegios y esquivar el control de la aduana: «Gracias al pasaporte diplomático, la ceremonia del reconocimiento, [sic] no tuvo lugar.» (11). Igualmente, la vemos desamparada en medio del



turismo de masa, por ejemplo, en el almuerzo del restaurante de Saratoga cuando sus dos niños se quejan de no haber comido por no recibir la atención de un camarero y por las moscas en el buffet: «mamá no hemos comido. Mi indignación no tuvo límites» (101), y pide a su cicerón, Molinita, solucionarle el asunto ««Esto es atroz, «dije volviéndome á [sic] Molinita con voz doliente, «qué vamos á hacer? [sic]» ... corrió en busca de socorro, y gracias a sus fueros diplomáticos, lo obtuvo ...» (101). Así que reacciona en esos momentos como si se tratara de una tortura como en su «interminable jornada» en tren (92). De esta manera, si bien le salvan sus ventajas diplomáticas frente a «ataques» por la masificación de la sociedad o del turismo, notamos en cierta medida y conforme entramos en el relato, una voluntad de experimentar la máquina emergente del turismo como pasa en el viaje a las cataratas del Niágara. Pero el intento fracasa y pierde sus sentidos visuales y sensacionalistas: «nada ví [sic]» (92), «volví la vista en todas direcciones, con esa avidez del *touriste*» (itálico en el texto) (92). Así que vuelve muy pronto a su calidad de «Viajera distinguida» (88).

De igual forma ocurre cuando vive la realidad del espacio de Nueva York enfocado en el capitalismo con su «*Time is money*» (25) (en itálico en el texto) y echa de menos el patrimonio cultural europeo apartado de esa emergente modernización estadounidense: «el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á [sic] las piedras, á [sic] los edificios, á [sic] las cosas» (15), la «relativa pobreza que impresiona desagradablemente al viajero» (15).

Cierto es que, viéndola desde nuestra postura de hoy en día, podría ser contradictorio considerarla cosmopolita por su actitud superior de aristócrata pedante que nos puede parecer más bien ridículo. Pero lo que quiere enfatizar al lector es el lado incivilizado de ese Otro estadounidense: «Error! [sic] ...» (9), «Sí falta la correccion [sic] inglesa, en esa tierra democrática, en la cual nadie quiere ponerse una librea...» (78). Esto nos indica que la sociedad estadounidense es diferente a su mentalidad y según ella, «ultraliberal» (82) pragmática y tolerante: «... ese espíritu [sic] práctico, eminentemente utilitario de los Americanos [sic]» (83) en una «ciudad populosa» como la de Nueva York que ve como un «lugar triste para un hombre...» (63).

Como nota final de este apartado, podemos confirmar que habla en este texto una viajera-escritora de un relato de género literario de viaje con un telón de fondo autobiográfico, y vemos pronto cuán híbridos y compatibles son ambos géneros. Conforme acabamos el relato,

sentimos cómo se metamorfosea su personalidad en un ser dócil mostrando su intención por seguir relatando su opinión que se muestra nueva y tolerante: «En un segundo tomo contaré mis impresiones de esa vuelta á la triunfante Union [sic] Americana [sic]» (121).

5.1.2 Un viaje hacia su interior

La autora publicó *Recuerdos de viaje* a la edad de 50 unos veinte años después de su primera residencia en Estados Unidos. Su relato autobiográfico se asemejaría a una terapia personal cuyos recuerdos le llenan de nostalgia y melancolía. Al mismo tiempo eran vitales para el bienestar de su Yo. Sabemos por su biografía que se divorció antes de la publicación del relato, pero en ningún momento lo menciona, sino que lo insinúa con una envidia sana hacia las mujeres estadounidenses emancipadas que «se casan por amor» (86) y «... sea que lo que fuera, ellas disfrutaban...» (86). Esto dice mucho del por qué protege su Yo privado y no desvela información de su persona en el presente. Parece indicar que en su madura edad desea mediante la escritura revivir ese otro Yo de ese entonces y buscar una paz mental.

Este Yo se nutre de sus *flashbacks*, esos recuerdos felices y entrañables con sus amigos o sus tiempos románticos en París (11), las alabanzas de su maestro Zinny (11): ¿Cómo pensar en Filadelfia sin recordar á [sic] mis buenas amigas las Moss episcopales y las Moss judías?... he pasado horas inolvidables» (79). Todo indica que los recuerdos de su primer viaje a Estados Unidos representan una *fuerza* vital para ese Yo ante una nueva cultura moderna y democrática. Eduarda Mansilla nos lo indica con su epígrafe «Recordar es vivir», dedicatoria a un amigo suyo, Bermúdez de Castro, que coincide con las de sus otras obras como en *Pablo ou la vie dans les Pampas...*

Si de joven Eduarda Mansilla se reflejaba en los que se le parecía como los conservadores del sur del país y tenía su vida por delante para probar nuevas sensaciones culturales, en cambio, de esposa y madre madura es consciente de que el consejo de su amigo escritor y político chileno Santiago Arcos le hace posible entender y aceptar las dicotomías culturales como las vividas en el país norteamericano. Sabe que gana perspectiva y le hace posible contarle relativizando el choque cultural que vivió allá: «*Amiga mía: Vd. Es sudista ahora porque es una niña y aún no ha vivido: espere á [sic] envejecer para comprender y apreciar á [sic] esos rústicos Yankees que tanto chocan su sentimiento artístico.* La profecía se cumplió, me complazco en reconocerlo, confesando mi pecado; yo era sudista.» (122)



Entonces, todo parece comprobar que el espacio de la escritura, caracterizado por su silencio y encierro, le ofrece el viaje hacia su interior y así, conocerse mejor antes de entregar su voz al lector. En su relato notamos que cobra fuerza paulatinamente y revive ese Yo con sus memorias de viajera de antes. Además, si bien empieza con consejos de viajes como ya mencionados, conforme entramos en su narración, su Yo divulga hasta los sentimientos afectivos con sus amigos masculinos con los que cierra el relato: «El doctor Acosta...habíame pedido permiso algunas veces, para acompañarme...» (112), «...me había traicionado, me había engañado...» (115), «...mi admiración por Motley» (119), «... interrumpió una amistad tan estrecha, tan pura» (122). Pero el entregar su Yo al lector es para ella una cuestión de moral, más que una cuestión de soledad: «... creo de mi deber consignar en estas páginas, ... Con lo expuesto, queda ya tranquila mi conciencia, sigo rumbo hacia [sic] el Norte.» (4).

Por eso, sus confesiones repiten la vida de esa joven madre y esposa de diplomático en los Estados Unidos que en su presente puede entender de forma diferente. El suplicio de la vida en Washington es uno de los ejemplos, su lugar de residencia lejos de las comodidades de otras capitales modernas como en Europa, una situación que altera y frustra su Yo: «Confieso que el fastidio no tardó en apoderarse de mí, en aquella tristísima ciudad, sin teatros, sin paseos, sin más vida que el ruido de los sables y el relincho de los caballos» (61). Pero se consuela protegiendo a sus dos hijos llamados con diminutivos afectivos: «mis chiquitines» (46), «mis hijitos» (92) y con la protección de su cicerón Molinita. De tal modo, el lector siente las obligaciones de esa mujer de diplomático y su alma sensible de madre; es el caso frente al niño huérfano por la guerra (63). Pero no todo es sacrificio y protección, sino que este viaje por el tiempo hacia su otro Yo le sirve también para hacer las paces con el pueblo anglosajón alabando, entre otros, su talante como el ingenio de la logística con las maletas por la Compañía Adam's Express (80), no obstante, expresa sus discrepancias con ese Otro como lo vemos más adelante.

Notamos que su Yo se nutre narrando sus viajes en tren mientras un nuevo Yo fuerte germinaba paulatinamente con nuevos encuentros en calidad de pasajera. Es decir que un Yo alegre surge a la hora de viajar por vez primera en tren de Nueva York a Washington: «Yo, que no tenía idea de lo que me esperaba, al tomar el tren ..., viaje de ocho horas, me instalé muy contenta con mis muchachos en uno de los *cars*...» (43). Pero una vez sentada en el compartimento sus ánimos se desamparan frente al grupo de jóvenes militares con una ética diferente. Si bien esos todopoderosos hacen prueba de respeto al pedir permiso para fumar, no se molestan en ir a la sala de fumadores del «*Smoking car*» (43). Pero, por otra parte, es verdad

que Eduarda Mansilla permite fumar de forma automática, sin razonar debido a su educación conservadora, cuyo Yo femenino obedece a la voz masculina y no tiene otra escapatoria más que de ser madre. Pero, como joven madre-viajera recapacita y demuestra a su lector que su subconsciente le da la fuerza para abandonar el compartimento con osadía y escapar de esa situación indignante para ella. Nos demuestra cuán vulnerable fue el Yo femenino de ese entonces frente a esa prepotencia masculina y la fuerza que la mujer burguesa necesitaba para protegerse. No es casual que haga hincapié en esta costumbre de época, muestra su reivindicación feminista y sabe cómo enfatizarlo mencionando además que fue la única mujer en ese espacio cerrado frente a ellos:

Á [sic] poco andar entraron varios oficiales y se sentaron en grupo; mirándome con ese desenfado propio del militar nuevo, ufano de sus galones. Algunos instantes despues [sic], uno de ellos sacó un cigarro, me hizo una cortesía y mostrándomelo dijo: *you d'nt [sic] objet?* ...Era yo la única señora y sin reflexionar, contesté: no.

Cara pagué mi condescendencia; pues no sólo aprovechó de ella el cumplido Teniente [sic], sino todos sus camaradas; viéndome muy pronto en la necesidad de abandonar el *car* por otro, donde no se fumara, acompañadas de algunas risas más merecidas que cortesés, por parte del grupo marcial. (43)

Ahora bien, en sus descripciones de la vida al bordo del tren me parece que despista al lector al no describir la naturaleza u otro espacio exterior visible desde las ventanas del vagón. En ningún momento lo enfoca, lo que nos podría señalar que Eduarda Mansilla quiere centrar el sentimiento de su Yo dentro del símbolo bien definido del progreso por ser ella misma una ciudadana más. O sea, por una parte, el tren representa un microcosmo democrático con viajeros modernos y tolerantes que están juntos y protegidos en cada compartimento, donde pueden gozar cívicamente del medio de transporte y de sus servicios. El tren une los pueblos y amplía su itinerario para dar vida a cada rincón del país. Por otra parte, en este tren podríamos retratar a la viajera fotográficamente, ella como madre atraída y sensibilizada por la presencia del huérfano en el vagón al que le da un dólar y atenta a sus hijos (62). Pero en todo esto la clave de esta relación entre el tren y la figura de la madre es precisamente el detalle de la fuente del agua situada en la esquina donde juegan sus niños con el huérfano. Según mi punto de vista, puede existir una metáfora de la protección materna sin voz y la del progreso como con el tren que nutre a los ciudadanos. Noto una alegoría a la vida por cómo ambos son fuentes de nutrición y de esperanza, ella a los niños y el tren a los ciudadanos recorriendo el país.



... que recorria [sic] de un lado á [sic] otro del wagon [sic], para ir con los demas [sic] niños, á [sic] abrir la canilla colocada en un rincon [sic] por donde corre generosamente un chorro de agua helada. No hay peligro de sufrir sed un instante en los wagones [sic] americanos, ... útil *institución*. (62)

Cierto es que la relación entre el Yo y el agua parece ser pensado a propósito como una alegoría también de la *Madre Naturaleza* e impulsora de la Revolución Industrial y del progreso. La importancia del agua es imprescindible para ese Yo como son los «vastos ríos» y la «serie de lagos» (29) donde no existen fronteras y el caudal del agua conecta los centros urbanos modernos y fue el motor del país: «... vastos ríos como el Misisipi ... han convertido esa nación en una de las primeras del mundo no sólo por su opulencia y feracidad, sino también por su belleza» (29). El agua personifica pues el motor económico del país y de la misma forma que lo hace la figura vital de la madre, el agua es: «... elemento de la vida, sin el cual, como decía [sic] un gran pintor flamenco, todo paisaje está muerto» (29). Las descripciones del agua se repiten incluso en ella como fuente, o sea, la salvadora: «...volviéndose á [sic] mi, como á [sic] la fuente.» (11).

Eduarda revitaliza su Yo en otros viajes en contacto con el agua, primero con la travesía atlántica, después con sus viajes internos en barco, por ejemplo, por el lago Jorge donde «... se navega, durante algunas horas, literalmente entre flores... que exhaltan [sic] un perfume tan penetrante, que llega á [sic] ser opresivo» (99). Esta naturaleza representa un espacio natural majestuoso y potente pero vulnerable con la llegada del progreso y del turismo, como es el caso en las cataratas del Niágara. Allí, Eduarda Mansilla se siente trastornada y frágil con «un malestar nervioso» (92), «temblor que se apoderó en mí...», «no podía dar un paso». Incluso ese Yo se ciega ante semejante presión e impresión del agua al momento de admirar las cataratas como «un velo de lágrimas cubría mis ojos» (93), «...y me desmayé» (93), «... y aquel retumbar de las aguas, complicaba terriblemente el cúmulo de emociones que me atormentaba» (93).

Podríamos pues pensar en el Yo moderno del inicio de la modernización frente al impacto que vivió el ciudadano con la llegada feroz del *caballo de hierro* a sus vidas tradicionales, y donde busca protegerse y alejarse de él por su novedad y desconocimiento. En este caso, Eduarda Mansilla se aleja de las cataratas y de su ruido por no aguantarlo y se protege dentro del hotel con el «estercoscopio colosal» (94) y puede tener control del espacio exterior mientras admira esa fuerza de la *Madre Naturaleza*. Este impacto sorprendente nos lleva a pensar en la primera impresión que tuvo con su llegada al país estadounidense donde no conocía todavía la cultura sino viajaba con los estereotipos ante los anglosajones. Entendemos mejor

sus impresiones y el malestar de su Yo con la cita de Madame de Staël: «llegar a una ciudad, donde nadie nos espera, produce dolorosa impresion [sic] en el ánimo del viajero bisoño, y casi le hace arrepentirse del *triste placer de viajar*, ...» (9).

5.1.3 Un viaje hacia allá y en libertad

Cuando Eduarda Mansilla habla en calidad de viajera-narradora en *Recuerdos de viaje* notamos que entra en su Yo como si fuera un rol cargado de dualidad. En cambio, sus viajes en barco y en tren son para ella sinónimos de válvula de escape. Allí puede sentirse libre y alejarse de su función de esposa de diplomático y de sus obligaciones protocolarias. Como ya observado, poco sabemos de su vida privada, pero en el fondo nos confunde mediante su narración. Es decir que solo por el indicio de haber llegado a Estados Unidos antes que su marido diplomático, podemos suponer que brota en ella una sensación de libertad que le lleva a querer y poder opinar hasta de temas políticos y democráticos estadounidenses.

Esta sensación de libertad parece iniciarse con el viaje transatlántico de la viajera de Francia a Nueva York en «un día de Junio [sic]» (10). Es llamativo, no porque la travesía representa una manera para evadirse, sino porque nos la imaginamos, conforme viaja en barco, trazar una línea recta sin fronteras y con aire «cosmopolita» (2) entre el llamado *Viejo Mundo* y el emergente país democrático estadounidense donde las culturas sociales se entrelazan. La narración le proporciona el deseo y la sensación de respirar ese aire fresco que, en realidad, puede eclipsar su vida privada y el motivo de su viaje. Su protagonismo parece centrarse en una mujer que aboga por la libertad con capacidad diplomática: «...lo confieso sin modestia, á [sic] mi savoir faire diplomático» (79). Así que no teme hablar de las rivalidades geopolíticas como las que existen entre naciones europeas (3-4) y los dos continentes (31) u otras razones más. (86). Muestra ser consciente de la importancia de los derechos humanos y de la oportunidad que se le presenta para vivirlos en el país de acogida: «quien á [sic] Yankeelandia se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento» (5). Después de esa larga navegación, su felicidad se ensombrece al momento de desembarcar en el puerto de Nueva York después de las dos semanas de movida travesía atlántica (7): «...la emoción fué [sic] ménos [sic] grata» (7). Desde el mismo puerto se despedirá después de un año de residencia en esa cultura tan diferente a la suya y, por eso, esa misma despedida podría simbolizar otra sensación de libertad, la que la lleva a regresar hacia su propia cultura tan amada.



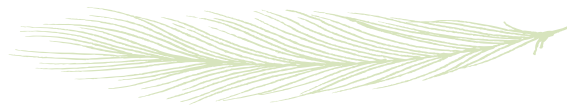
Como viajera relacionada con la diplomacia internacional vive de cerca los proyectos políticos del país norteamericano (42). Eduarda Mansilla parece encarnar las funciones de un puente que une los dos mundos que le rodea, el clásico y el moderno estadounidense, pero también el civilizado y el bárbaro. Su vida en el país se presenta como un contraste, pues, por una parte, vive en Washington, la capital estadounidense tan pobre en infraestructuras (44), y falta de saneamiento (117), con su única conexión ferroviaria. Por otra parte, se nutre de su educación y privilegios diplomáticos que le ofrece una calidad de vida por encima de la gran mayoría. Se asimila a una locomotora todopoderosa aunque rudimentaria que se esfuerza por trazar una línea recta entre las ciudades en fase de desarrollo, como la capital en Washington (44) y también Albany, «la capital del Estado más importante de la Union [sic]» (92), y las ciudades de la cuna del progreso y de los valores democráticos estadounidenses como Filadelfia (65-67), Baltimore, «la ciudad de las mujeres» (44), y la megalópolis de Nueva York (44). Sabemos que en su primer viaje al país norteamericano no consiguió llegar a Boston, «esa Atenas de la Union [sic] Americana [sic]» (120). Lo cierto es que tanto ella como el tren son bisagras que se apoyan en la *Madre Naturaleza* rica y virgen (29) para unir los pueblos en esta fase inicial de la modernización; ella «devora» (93) su libertad como el tren sus kilómetros, desafiando los obstáculos. Por eso, tanto ella como el tren se fusionan en ese terreno: «...el ferro carril [sic] sigue de muy cerca, el curso de dos ríos [sic], ...» (92). Pero esta libertad tiene un límite, los dos dependen de otros factores: ella de su cicerón y el tren de los otros medios de transporte. Además, ambos padecen de las incomodidades del viaje debido a la carencia de infraestructuras como los puentes, los túneles y conexiones directas. Es el caso del viaje de Baltimore a Filadelfia, donde se necesita tirar el tren a caballo en la ciudad (62), o la combinación entre tren y barco para cruzar el río Hudson, de Pensilvania a Nueva York y de Albany a Niágara (91).

Esta voluntad de ir más allá fortalece su pensamiento democrático y le motiva para emprender diferentes viajes. El que le atrae por seguir los pasos de otros escritores es el viaje hacia la frontera entre Estados Unidos y Canadá, una aventura que requiere además de energía y sacrificio para llegar al lugar de destino: «Aquel largo trayecto, me pareció en extremo penoso; ... los desdichados viajeros, llegan con unas caras imposibles; ...» (92). Allí la vemos predispuesta a experimentar el nuevo tipo de viaje moderno en calidad de «turista». No obstante, dichos inconvenientes y tentativo, al final lo rechaza por no encajar con esa nueva tendencia. Además, notamos brotar su desesperación frente a la elección de costumbres conservadoras o modernas, como en el hotel de Saratoga:

... pues yo viajaba puramente como *touriste*, me había guardado bien, de embarazarme con *toilettes* inútiles...Mi contrariedad, [sic] me llegó á [sic] degenerar en malhumor, era excusable. Los baules [sic] no podían [sic] quedar en el corredor, y era imposible abrirlos en lo que allí se llama el *porch*, es decir, un inmenso vestíbulo, lleno de gentes que van y vienen. Y, sin embargo, no hubo medio: fué [sic] preciso hacerlo así é [sic] ir acarreando objeto por objeto ... (99)

Cierto es que sus viajes en tren no le ofrecen el estándar y las mismas comodidades como en Europa (77), pero se salva el prestigioso Hotel Clarendon en Nueva York (103) que forma parte de ese mundo de confort conocido. Por eso, vemos que toma conciencia de las llamativas diferencias de cultura y costumbre respecto al viejo mundo europeo. No obstante, no llega a protestar como fue el caso en los vagones estadounidenses frente a los militares de ese entonces. Estos trenes si bien se asemejaban a los argentinos, se caracterizaban por sus pasajeros apretados los unos con los otros: «Los trenes en los Estados Unidos, contruidos exactamente como los nuestros, no se parecen en nada á [sic] los de Europa, y, sea dicho de paso, el inconveniente de poner á [sic] los pasajeros en excesivo contacto, ...» (43). Pero en una escapada hacia el norte, logra cruzar la frontera entre el Canadá y Estados Unidos y conoce así la ciudad de Montreal. Una vez allá, siente la «armonía [sic]» (97) entre sus ciudadanos, la cual apacigua la rivalidad entre los habitantes anglosajones y los franceses, pues «no se les ve nunca mezclarse, ni mucho menos [sic] casarse, unos con otros.» (97)

Es más, la excursión a las cataratas del Niágara (93), situado a caballo entre Estados Unidos y Canadá, podría evocar en el lector la unión entre esas dos culturas y también el corazón del turismo internacional emergente de entonces; el ejemplo puede ser lo que ocurrió en Saratoga con los músicos y camareros negros que trabajaban con los blancos (101). Se muestra libre de movimiento y pone a prueba su temperamento decidido de viajera emancipada en momentos tensos: «*ipso facto*, levantarme á [sic] las seis para dejar sin pena el famoso Saratoga» (102), «*yo aquí no me quedo; ...*» (102) (en itálicos en el texto). De la misma forma tajante, la vemos en otra ocasión dejar la actuación de un circo con su rotundo «¡No!» (90) (en itálico en el texto), sin olvidarnos su valentía ante los militares en el vagón (43). Se trata de una fuerza interna que le salva tal como lo hace el tren de la fangosa Washington (44): «hice cuanto pude por alejarme de la Capital de la Union [sic] é irme á Filadelfia...» (61). Por tanto, me parece paradójico que por un lado se disponga a democratizar su mente con alma tolerante ante las diferencias culturales cuando por otro lado, tiende a expresar un rechazo hacia el Otro viéndole como salvaje.



En estas circunstancias, podemos detectar en Eduarda Mansilla un exceso de libertad en su manera de narrar porque nos confunde, por ejemplo, con la fecha de su primera residencia en Estados Unidos. Según ella, llegó en 1860 (43), pero lo cierto es que fuentes externas confirman que su llegada ocurrió en 1861. Así nos lo confirma el tataranieto de Eduarda Mansilla (Conversación 1, Ilustración 19). De todos modos, la licencia poética no debe ser la explicación de este problema, sino un fallo de memoria de la autora como lo vemos más adelante. En fin, todo indica que las dicotomías culturales necesitan tiempo para entenderse y tolerarse. Pero si bien Eduarda Mansilla aprovecha las oportunidades en su relato para autoglorificarse, envía un mensaje de esperanza a su lector, como si hubiese alcanzado ella misma la victoria de gozar de la libertad, incluido el poder contar su experiencia de vida. Como en cualquier esfuerzo por salir victoriosa de un conflicto: «la transformación no se logra sin lucha» (121).

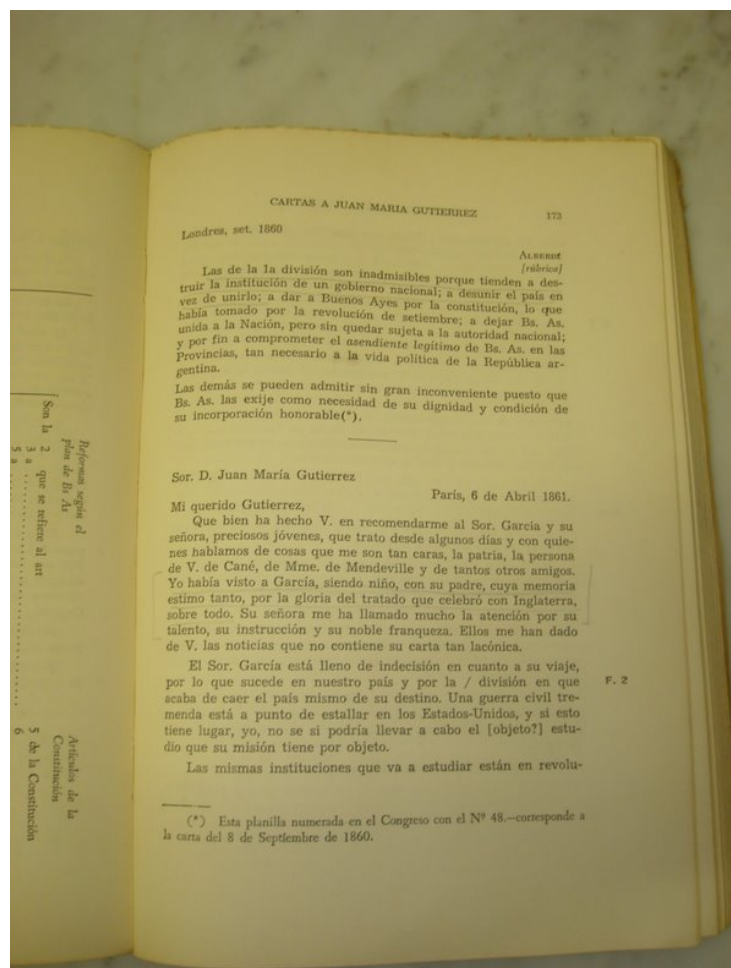


Ilustración 19: el epistolario de Juan María Gutiérrez con Juan Bautista Alberdi. Fuente recibida del tataranieto Manuel Rafael García-Mansilla

5.1.4 Narradora con mirada privilegiada

En *Recuerdos de viaje* la autora pretende haber vivido el progreso de mediados del siglo XIX estadounidense desde una posición privilegiada de mujer de diplomático arropada por su círculo social de una élite internacional que la reconoce y la estima (79). Para ganar credibilidad como autora se empeña en seducir a sus lectores demostrando una percepción sensorial de sus viajes mayoritariamente por medio de la vista y según lo que le conviene describir y lo que está acostumbrada a ver y vivir.

La capacidad de la autora de llevar a cabo su proyecto literario depende de cómo lo percibirá el lector en su proceso de la lectura. En este caso, se trata de un texto controlado por la mirada de una escritora emancipada gracias a su obra publicada y que escribe desde su patria: «Aquí, en el Plata» (58). Este estatus logrado respalda su imagen y protagonismo que es constante no solamente por hablar en primera persona en edad madura, sino también por mostrar al lector su Yo femenino valiente ya manifiesto dos décadas antes. Puede ser por eso por el que goza de la libertad de viajar sin su marido, razones que ignoramos pero que podemos sospechar. A mi entender, podría enfatizar su estatus de viajera libre o, tal vez, apaciguar un malestar personal como el de sentirse una mujer infeliz. En cambio, sabe mostrar su cariño irónico a unas mujeres estadounidenses admiradoras de su esposo. Esto podríamos vincularlo a algún celo en la autora: «Pobres mis amigas... admirando no poco la belleza del *handsome secretary*, ... Franqueza y espontaneidad, que en algunos casos llegaron á [sic] herir en mí cierta fibra íntima, ...» (79) (en *italico* en el texto).

Paradójicamente, si bien logra arreglárselas en el mundo masculino, parece ilusorio hablar de una victoria individual. Sentimos en ella que no está sola, sino arropada por los que le protegen y le ayudan de verdad en crearle una zona de confort. Conforme habla a su lector surge la figura de sus dos hijos varias veces (10-46), la de sus amigas (79), y la de sus amigos como el «amigo diplomático» (47) u otro sin identificar y partícipe en la visita de las cascadas del Niágara: «...mi amigo que me acompaña, ...» (92). Venimos a saber desde su llegada a Nueva York hasta el final del relato que su cicerón Molinita le acompaña siempre y resuelve siempre los apuros de la viajera-autora gracias a los privilegios diplomáticos de los que dispone: «...mi inolvidable compañero Molina, decano entónces [sic] del cuerpo diplomático en la Union [sic], o Molinita como le llamaban mis hijitos y ofreciéndome el brazo, ...» (92). No puede faltar su amigo «Dr. Acosta, un compañero de viaje...» (112), y tampoco sus charlas con



la aristocracia europea: «Desde esa época, el Conde de París y yo nos hicimos muy amigos, amistad seria [sic] que ha perseguido, á [sic] pesar del alejamiento» (58). Es una escritora amada y privilegiada, y puede jactarse de ser conocedora de las rutas de otros viajeros-escritores como Chateaubriand (95); esta referencia constituye una forma de otorgar calidad a su propio relato. En su espacio exclusivo se la reconoce y, por eso, se deleita en su popularidad de autora: «...he recibido una carta suya muy expresiva sobre mis CUENTOS» (58) (en letra mayúscula en el texto). En fin, cumple su proyecto literario narrando desde la posición de una viajera acomodada cuya fama le permite expresarse con autoridad frente al lector: «Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz á [sic] los que no la tienen, ...» (4).

En cuanto a su forma de enfatizar su mirada privilegiada y la confianza en su propia percepción sensorial es llamativa la cantidad de veces que emplea el verbo «ver» (82-88) y su forma conjugada «he visto» (81-83). Es el caso cuando descubre diferentes cultos religiosos en la familia de sus amistades estadounidenses y, además, se apoya en otras fuentes ajenas: «... se dividían en protestantes y judías, este ejemplo lo he visto repetirse muchas veces. Igualmente he oído á [sic] padres de familia...» (83). Por otra parte, enriquece su autorretrato de viajera letrada adornando su prosa con citas literarias de cierto calibre como las del maestro de la literatura de viaje y otras fuentes desconocidas: ««Hay quien pretende que ese ruido, se oye á [sic] más de dos leguas; yo no lo sé. Chateaubriand, dice: «Que el ruido de la catarata ensordece, á [sic] más de dos leguas.» (92).

Se ha comprobado que Eduarda Mansilla pierde sus capacidades sensibles de «viajera distinguida» en los espacios emergentes como los que pertenecen al mundo del turismo. Advierte la dificultad de explorar nuevas culturas como en el comentado lugar turístico de las cataratas del Niágara, lugar que absorbe su energía por su magnitud natural e inmensa visión panorámica. Por eso, desea compartir las emociones y frustraciones que vivió como turista, algo incompatible para una viajera clásica como ella: «Volví la vista en todas direcciones, con esa avidez del *touriste* y nada vi» (92) (itálico en el texto) (92), «Aquella tarde no ví [sic] más nada. Me volví al hotel, seguida por el constante rumor de las aguas; y en la noche, agitada por tantas emociones, no sé si dormí, solo sé que en la mañana desperté exhausta y sin fuerza» (94).

En suma, son numerosas las sensaciones experimentadas por la vista, una mirada privilegiada que se manifiesta tanto en las atracciones en boga como en el circo Barnum y sus rarezas (88), en el tema del amor y su «flirtation» en los bailes de magnates estadounidenses

(106) y en la sorpresa ante la maravillosa naturaleza estadounidense: «no vi nunca en la vegetación nada más encantador y prestigioso, que esas hojas de otoño» (44), «en ninguna parte del mundo, he visto la transformación de las hojas, como en Estados Unidos, ...» (44). Por tanto, es difícil no darse cuenta de su mirada privilegiada de viajera-escritora ya que se empeña en ofrecerle al lector sus muchas experiencias y percepciones. No cabe duda de que sabe que puede escribir y publicar sus obras con libertad y credibilidad dado que goza de la autoridad de una letrada reconocida y, por tanto, su figura de escritora existe para su lector.

5.1.5 Escribe sus memorias sin mencionar su genealogía

El ejercicio de la memoria de Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje* parece darle un buen resultado por lo cercano que vive su viaje sin dudar, pero esto vale hasta que tropieza con la cuestión de su genealogía y el contexto histórico argentino. Si bien narra después de dos décadas, podemos deducir a primera vista que hace prueba de buena memoria; son numerosos los usos del verbo reflexivo *recordarse*. No nos cabe ninguna duda de que su agilidad mnemónica puede generar envidia, por lo menos a mí. Todo lo dicho en las anteriores aportaciones nos muestra que la autora revive esos años en Estados Unidos con añoranza. En cambio, si bien en su realidad divulga poco o nada de ella y de su entorno, no debemos perder de vista los pocos indicios que hacen referencia a sus silencios. Ahora, nos interesa adentrarnos en su narración y entender esas omisiones.

En su travesía a Nueva York, sentimos su nostalgia al probar la gastronomía de abordo que lleva a la viajera-narradora a revivir y, de paso, hacer un guiño a la cultura indígena hispanoamericana de ese antes de la llegada de la inmigración masiva europea a América, en especial a Argentina: «no quiero olvidar una circunstancia la comida de abordo, tenía [sic] un cachet americano especial que me recordó el clásico puchero con choclos de la patria ausente» (96). Este sentimiento cultural se entrelaza con el sentimiento y orgullo que tiene algunos miembros de la élite internacional por la estimada madre de la autora. Nosotros sabemos, por la historiografía y por la nota de pie del editor de la versión del libro al que nos referimos, que se trata de Augustina Rosas, hermana del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel Rosas:

Muy á mi satisfacción [sic], resultó que el marino en sus mocedades, había [sic] visitado el Rio [sic] de la Plata y que, oh sorpresa! [sic] doña [sic] *Augustina*, esa *sister of Rosas*, de quien me habló con no poco encomio, era mi madre amada.



No puedo expresar el enternecimiento que aquel recuerdo me produjo; *She was divine*, (era divina! [sic]) repetía él entusiasta, «y nunca la olvidaré, *opening* (rompiendo) el baile con el Comodoro Golborough.» Más tarde debía [sic] yo conocer al Almirante, que me repetía sin cesar su gran aventura en Buenos Aires, *the opening* (rompiendo) el baile *with senora* [sic] *Augustina*. (116)

Esta cita sería la causa natural por la cual muestra apego a recordar sus obligaciones diplomáticas y el amor por su patria. Nos revela cuán significativo fue su empeño en calidad de mujer de diplomático defendiendo sus valores patrióticos como la hemos visto anteriormente en los salones de la élite estadounidense: «No puedo prescindir de recordar ... cochero, á [sic] quien exigía se pusiera la librea con los colores de la República Argentina: ...» (79).

Todo lo dicho nos lleva a mencionar que *Recuerdos de viaje* representa el primer relato de viaje de Eduarda Mansilla. Por eso, podemos imaginar que no desee inmiscuirse en el contexto político argentino, pero que prefiera centrarse en su primer viaje por Estados Unidos. Ella misma justifica su moderación por no querer pasar por una escritora polémica o, según ella, por «*enfant terrible*» (42). Esto no quita su preocupación y el que quiera avisar al pueblo argentino de la incompatibilidad de mentalidades y de sistemas políticos entre Estados Unidos y Argentina. Su opinión parece animar a que su patria piense por sí misma y no según lo que opinan los estadounidenses:

Esto me recuerda un incidente que, viene aquí de perlas, y en el cual figuraron dos distinguidos publicistas argentinos, cuyos nombres callo, por no pasar por *enfant terrible*. Cuando se trataba de estudiar la Constitución [sic] Americana [sic], para calcar sobre ella la nuestra, viendo en el texto «Governor Fish, Diputado por Nueva York, y Governor Morton, Senador por Indiana etc.,» pensaron y no poco discutieron el punto, que en la Union, se podía [sic] ser Gobernador de un Estado y Legislador á [sic] la vez.

Imaginen hoy nuestros hombres de Estado, la confusion [sic] que tan mala inteligencia, hubiera creado en nuestra Constitución [sic]. (42)

Ahora bien, si nos detenemos más en ciertos aspectos de la veracidad de sus recuerdos, no me aclaro con su fecha de llegada a Nueva York, cuyo enigma ya he considerado en el párrafo «Un viaje hacia allá y en libertad». La autora reitera en su texto la fecha de 1860 (43-87), pero según la conversación que tuve con su tataranieta, Manuel Rafael García-Mansilla, y los archivos de periódicos investigados por Marina L. Guidotti, podemos acreditar que la autora estuvo por primera vez en Estado Unidos entre 1861 y 1862. Algunos artículos de prensa de finales del siglo XIX están disponibles al final de este trabajo, ya que nos aportan además información sobre la personalidad y la popularidad de la autora. Es más, el tataranieta García-

Mansilla me comunicó, en la conversación que tuve con él (conversación 2), los siguientes detalles: «*Manuel Rafael García Aguirre y Eduarda Mansilla Ortiz de Rozas, viajaron a Estados Unidos partiendo de Buenos Aires en marzo del año 1861 vía Europa... Partieron el 4 de junio de 1861 y dos días después llegaron a Liverpool, Inglaterra dos días después [sic], para partir en el vapor «El Congo» y llegar luego de catorce días de navegación el 20 de junio de 1861 a Nueva York*». Además, el ya citado epistolario de Juan María Gutiérrez con Juan Bautista Alberdi con fecha del «6 de abril 1861» comenta de la duda del marido de Eduarda Mansilla si viajar o no a Estados Unidos debido a las circunstancias bélicas en el país norteamericano: «El sor. Garcia [sic] está lleno de indecisión en cuanto a su viaje, por lo que sucede en nuestro país y por la división en que acaba de caer el país mismo de su destino. Una guerra tremenda está a punto de estallar en los Estados Unidos, y si esto tiene lugar, yo, no se si podría llevar a cabo el [objeto] estudio que su misión tiene por objeto» (Ilustración 19).

En este enredo temporal, me intriga saber por qué la autora nos confunde con la fecha del inicio de la Guerra Civil estadounidense en 1861 sabiendo, además, que dedica una particular atención a ese inicio de contexto bélico en el «Capítulo VI»: «A mi llegada á [sic] Nueva York, apenas [sic] comenzaba la guerra de secesión [sic]...» (38), «Pocos atractivos ofrecía [sic] la Capital de los Estados Unidos, en el comienzo de la guerra» (43). Por esta razón, es difícil aceptar que se trate de un lapsus con semejante error de parte de una persona culta como ella; al menos que se le debilite su memoria en la fase de la escritura en su edad avanzada. Todo podría ser, pero me resulta poco probable que la revisión de la obra por su editorial no se diera cuenta de ello.

Cabe mencionar que hasta podríamos dudar sobre otras de sus aportaciones narradas por ella, ya no por si fueran sus palabras verídicas o no, como podría ocurrir en su círculo social y sus anécdotas, sino por si realmente hizo esos viajes en tren una vez llegada a Nueva York; podría resultar una manera de soñar para la autora. Difícil saberlo para nosotros por no detener pruebas hoy en día y más tiempo para desarrollar la investigación que nos supondría además mucha dedicación para, al fin al cabo, un detalle tal vez insignificante para algunos lectores. Además, se trata del siglo XIX y lógicamente no disponemos de registros de hoteles de esa época como por ejemplo el Hotel *Clarendon*, quemado en 1876 (Spellen: web). Lo cierto es que no estamos aquí para cuestionarnos la veracidad de ciertos detalles de sus recuerdos porque ya le vale nuestro respeto de lector por su talante de narrar con voz femenina en esos tiempos.



En síntesis, todo parece indicar que su narración se nutrió de los recuerdos que le dieron vida con los que de verdad le protegieron y le transmitieron valores democráticos como su familia y los soldados connacionales (43). Este apoyo moral puede haberla hecho feliz y haber fortalecido su alma de viajera libre, aunque resultara ilusorio para ella. Notamos que los partícipes vitales en su vida, los seres y fenómenos importantes para ella, fueron sus hijos, su madre, sus orígenes, sus amistades, su educación y sobre todo su pensamiento libre. Ahora, esto resta importancia a cualquier fecha emblemática como la de la guerra de secesión de los Estados Unidos. De forma paradójica, notamos de nuevo un símil entre ella y la manera que evoluciona el tren estadounidense; ambos mantienen con fuerza su orientación hacia una meta, hacia lo esencial bajo una modernización revolucionaria donde cada innovación cuenta: tal es el caso de la originalidad de su primer relato de viaje y la innovadora locomotora *Iron Horse* (92).

5.1.6 Rechazo del Otro extraño y reconocimiento del Otro

Conforme Eduarda Mansilla va conociendo el país norteamericano le surgen momentos inesperados como su encuentro con el Otro. Después de analizar su voz y su pensamiento libre, nos toca, ahora, retratarla ante ese extraño al quien rechaza de modo explícito desde ese primer minuto. Por suerte, la esperanza es lo último que no pierde en momentos difíciles que, al fin y al cabo, puede ser que le abra de verdad sus ojos hacia las hazañas del país.

No acaba de orientarse Eduarda Mansilla en el puerto de Nueva York y ya coloca un muro defensivo o de demarcación frente al espacio antagónico que le sorprende, como si estuviera frente a unos *salvajes* y se le abriera la caja de Pandora. La razón parece ser que la agitación general del desembarque con el ajetreo de los pasajeros y de los lugareños la desequilibran de su pedestal y, por eso, se siente desamparada o, según ella, «mortificada» (11): «familias dando codazos y aún maletazos [sic] produciendo malhumor general...» (9). Es paradójico cuando sabe que, en teoría, una llegada es sinónimo de formalidad y de buen augurio: ««Todos los que han viajado, conocen el momento solemne del arribo... la tierra es la esperanza de todos» (8). Pero en práctica, retrata a la gente de forma física y psicológica como un ángel caído frente al viajero «con alma» (10). En este espacio casi distópico en que parece llevarnos a tiempos medievales, la autora añade su toque burlesco y sarcástico a pesar de su impotencia y victimismo. Nos avisa así lo que se le avecina en su viaje a esa tierra multicultural:

Diverse lingue orribile favelle. Recordé al Dante, sin poderlo remediar, cuando seguida de mi numerosa *smala*, me encontré á [sic] cierta altura del muelle,

delante de un muro humano, que vociferaba palabras desconocidas, como una legion [sic] de condenados. Eran seres groseros, feos, mal trazados, con enormes látigos... furiosos, sobre las indefensas cabezas de los viajeros, cuyo paso impedían. De repente, una [sic] alma, un viajero caía en poder de alguno de esos demonios, y en el instante éste enmudecía [sic], conduciéndole en misterioso silencio, sólo Dios sabe donde. El calor, el polvo, el vocinglerio infernal, me tenían [sic] fuera de mí. (10).

Este encuentro es extraño para Eduarda Mansilla. Si bien le hace abrir sus ojos hacia una realidad moderna estadounidense que tal vez supera sus pensamientos, en el fondo, podría desanimarle: «Llegar á [sic] una ciudad, donde nadie nos espera, produce dolorosa impresion [sic] en el ánimo del viajero bisoño, y casi le hace arrepentirse del *triste placer de viajar*, como dice madame de Stael [sic]» (9). Lo patente es su rechazo hacia ese Otro que encuentra allí y tan presente a lo largo del relato siempre y cuando no coincide con sus gustos. Los ejemplos son numerosos como por ejemplo en esa escena con las jovencitas estadounidenses consideradas por ella como vulgares (100) y que gozan sin complejos de su libertad como en las fiestas diplomáticas (59) o en el balneario de Saratoga (100). Pero este rechazo puede deberse a un malestar en ella sujeta a su corsé.

El espacio moderno decimonónico de Estados Unidos no ofrece solo una sensación de rareza, sino también de asombro como las novedades jamás vistas antes, como las extravagancias del circo Barnum (88), el sistema innovador de la coordinación de las maletas (80), el sistema de la fuente en el tren que ya hemos comentado. Pero también le sorprende la cuestión social en el país, tal es el caso cuando las familias enteras se hospedan de hotel en hotel (21) o la inopia que observa en la zona pobre y sin civilizar de Washington (44-46):

La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra. Halla mucho que le sorprende; pero poco que le seduzca. (15)

Las causas de este estupor pueden ser que tenga su origen en la desinformación que enmascaran la realidad. A pesar de ello, no hay mal que por bien no venga porque de esta manera la protagonista puede viajar con mente aventurera hacia nuevos encuentros: «Yo, que no tenía idea de lo que me esperaba, al tomar el tren en Nueva York para ir á [sic] la Capital, viaje de ocho horas, me instalé muy contenta con mis muchachos en uno de los *cars*, ...» (43). Pero la cuestión va más allá, una vez en el país podríamos comparar la imagen de la viajera-narradora a la de una conquista de una nueva tierra. No solamente muestra distancia y desprecio



hacia el Otro, sino que procura imponerle su pensamiento sin entender la idiosincrasia local. Dicho de otro modo, Estados Unidos se presenta como un país, cuyo ciudadano se caracteriza por su pensamiento individualista y competitivo con la meta de mejorar su porvenir a través del apotegma «*time is money*» (19) (en *itálico* en el texto); ese país ofrece al ciudadano poder sacar partido de cada oportunidad que se presente en su vida. La escena del cochero nos viene de perla (79), por una parte, con su pensamiento pragmático y democrático que, si bien cumple su función profesional, confía en mejorar su estado y fortuna en el país. Por otra parte, Eduarda Mansilla le habla todopoderosa para imponerle su autoridad y hacerle respetar sus exigencias estéticas con los colores de la bandera argentina. A falta de victoria, opta por cambiar de cochero, de trocarlo por un cochero «negro» (79), sin duda acostumbrado en ese entonces a ser dominado. Así que la autora podría no darse cuenta de que su pensamiento es incompatible con el de la gente nortea y tampoco parece dispuesta a tolerar la ascensión de la clase social humilde.

No obstante, su actitud resulta paradójica. La autora explica que los viajes vividos en su pasado le ayudaron a madurar y a no considerar más los estereotipos caracterizados por su sensacionalismo que, al fin y al cabo, pueden ser más creíbles que la propia realidad. Pero parece ser difícil erradicar dichos mitos culturales y relativizar su imagen sarcástica:

Habrá, sinembargo [sic], quien sostenga lo contrario, que ciertas preocupaciones hacen camino; pero tales cuentos, pertenecen al repertorio, más ó [sic] menos [sic] pintoresco, en que figuran, la navaja en las ligas de las damas Españolas [sic], el traje de colores varios de los Brasileiros [sic] y el cigarro de las Hispano americanas [sic]. En mis viajes, me han repetido sin cesar esta expresión [sic]: *Fume Vd., seliora* [sic]; *ya sabemos que es costumbre en su país*. Al principio, este dicho me irritaba, lo confieso; pero luego llegó á [sic] causarme risa. Oh poder de la costumbre! [sic] (71)

No obstante, muestra su estupor al ver que todavía persisten los mitos culturales en ese siglo de la verdad y de acercamiento cultural, pero se muestra esperanzadora al opinar que, si bien el progreso no ayuda al ciudadano a fantasear como antes, por lo menos, le ayuda a poder conocer a su Otro a través de la comunicación:

Curioso fuera el estudio de las preocupaciones é [sic] ideas falsas, que aún conservan las naciones unas de otras, en estos tiempos prácticos, en que Morse y Edison lo van acercando todo. De seguro, con el andar de la electricidad, la parte imaginativa de los individuos perderá un tanto de su brillo; pero, lo que en éste se pierda, será en provecho de la verdad. (71)

No deja de ser significativo el ceder a la tentación de compararse entre países y evidenciar las dicotomías o, en cambio, aprender de la diversidad tal como hizo esperando aplicar el sistema de las maletas en Europa pero sin éxito por la mentalidad conservadora: «en nuestra raza, se produce el fenómeno contrario; en el momento crítico, la impaciencia toma proporciones vastas, el malhumor sube de punto, el viajero se queja...y amenaza la Compañía [sic] ...y nada se remedia: ahí está el mal» (14). Las comparaciones en el relato son numerosas como los trenes: «Los trenes en los Estados Unidos, construidos exactamente como los nuestros, no se parecen á [sic] los de Europa, ...» (43). En cambio, según ella, un buen viajero sabe alabar el buen servicio que recibe por ese Otro que se muestra civilizado: «Cosa curiosa: se llega á un país donde no se conoce alma viviente, y, no obstante, la idea de agradar surge como esas generaciones espontáneas de que nos hablan los fisiólogos» (9). El reconocimiento vale con la innovadora locomotora estadounidense, pero también reconoce otros talentos del país: la generosidad de los políticos (64), las ediciones infantiles de Appleton (117), no faltan las alabanzas para el caballero distinguido estadounidense atento (78) y la mujer elegante de Filadelfia (44), sin olvidar a la mujer trabajadora (72), y el emergente «cosmopolitismo» de Nueva York (13). Pero su espíritu romántico se orienta sobre todo hacia la naturaleza del país:

No vi nunca en la vegetación nada más encantador y prestigioso, que esas hojas de otoño. Los Americanos [sic] tienen en gran aprecio sus *Autumn Leaves* ... en ninguna parte del mundo, he visto la transformación de las hojas, como en Estados Unidos. (44)

En fin, la esperanza es lo último que no pierde en este país tan diferente al suyo. El impacto de esa caja de Pandora que se le abre en el puerto fue tal vez el de una pesadilla como los momentos vividos en esos espacios públicos ajenos a su mundo privilegiado, pero poco a poco parece mostrar voluntad para entender e integrarse en la zona pública entre otros ciudadanos, tal como ocurre en el tren con los militares o en los lugares turísticos, pero sabe que apreciar fenómenos multiculturales y alabar otros talentos pueden colaborar a mejorar su bienestar. Después de este viaje a la modernidad decimonónica le toca a ella cambiar la mentalidad conservadora a la que está acostumbrada:

Cuando he sugerido [sic] en Europa la idea de una Compañía [sic] por el estilo, háseme [sic] objetado, la dificultad invencible, que oponen las Aduanas [sic] de nacionalidades diversas y de exigencias idénticas, de que está la Europa [sic] surcada. En nuestro país, la cosa sería facilísima, extendiéndolo como la Compañía [sic] Adam, á [sic] transporte [sic] de encomiendas, no sólo en la Union [sic], sino con corresponsales europeos. (21)



5.1.7 De aprendiz para formar parte a ese género

En estos tiempos decimonónicos de inicios de progreso y de publicaciones de relatos de viajes, todo indicaba que Eduarda Mansilla quería formar parte del círculo de los escritores reconocidos como especialistas en el género literario de viaje. No cabe duda de que llevaba ventaja por sus numerosas residencias en Europa y Estados Unidos gracias a su marido diplomático, pero esto no significa que su primer relato de viaje, *Recuerdos de viaje*, le otorgara la credibilidad de auténtica cultivadora de dicho género. Como ya comentado, es el lector quién le acredita tal estatus. Por eso, en este párrafo nos interesa averiguar si la debemos considerar aprendiz con su obra que nos ocupa o al contrario una escritora competente. Por mi parte, sería imprudente determinarlo con estos simples hechos y con mis análisis en este primer capítulo, sino que las afirmaciones de Roland Le Huenen en su estudio acerca de la literatura de viaje me ayudan a desentramar este enigma en su fondo. Es decir que considero pertinente aquí su análisis acerca del relato de viaje a la Bretaña francesa de Gustave Flaubert, *Par les Champs et les Guerres*, obra publicada en 1852, porque habla un autor novato en dicho género y Le Huenen aplica tres criterios para demostrarlo. No es mi meta en este trabajo el análisis literario comparativo, pero quién sabe si la autora se inspiró de esta obra porque la metodología del escritor francés parece encajar con algunas estrategias narrativas de *Recuerdos de viaje*, aunque estos rasgos no determinan una teoría literaria según Le Huenen.

La primera característica trata de la «sensación en sí misma» que produce un vértigo que le permite vivir experiencias potentes, suficientes para alterar su Yo y recapacitar en qué espacio vive. Efectivamente, este fenómeno está presente en Eduarda Mansilla cuando se ubica frente a las potentes cataratas del Niágara. En el apartado sobre el Yo hemos demostrado el malestar de Eduarda Mansilla; además, sabemos que esquivaba las zonas más o menos concurridas en una búsqueda de un espacio más amable y apacible como es el contacto directo con la naturaleza o familiar al suyo. En suma, su experiencia de viaje la lleva a entrar en su Yo, a conocerse mejor y a liberarse de la presión que debe llevar en ella entre sus muchas obligaciones de mujer de diplomático y de esposa.

La segunda característica tiene que ver con el encuentro con el Otro. Nuestras conclusiones sobre su llegada a Estados Unidos fue de una experiencia un tanto traumática para la viajera-narradora, pero esto no quita que una vez sumergida en la cultura local haya mostrado curiosidad en su narración mediante su percepción sensorial como la aguda mirada ya observada en su «ver, hacer ver y hacer saber». Le otorga poder comparar la idiosincrasia local

con la acostumbrada y ser testigo una vez de vuelta a casa, aunque lo narre después de varios años: «en nuestra raza, se produce el fenómeno contrario; en el momento crítico, la impaciencia toma proporciones vastas, el malhumor y amenaza la Compañía [sic] ...y nada se remedia: ahí está el mal» (14). Sabemos que, frente a este Otro, su cultura e idioma es diferente. Al final de este trabajo presentaremos evaluaciones de cómo se comunica y se influye de la cultura del Otro como, por ejemplo, a través del uso de los préstamos lingüísticos. Pero no le faltan los malentendidos interculturales como es el caso con el tema de los criados, fenómeno social casi inexistente en el país norteño debido a una mentalidad un tanto «práctica» (30) y desconocida por Eduarda Mansilla:

En cuanto á los coches mismos, dejaban mucho que desear como forma y como *tenue*. Falta en la Union [sic] el elemento principal, especial, para conseguir ese lujo de equipajes que es el exponente más expresivo del verdadero lujo: la servidumbre. (77)

Ahora bien, el tercero y último de los rasgos tiene que ver con su sintaxis, la manera en que la autora expresa sus descripciones de la nueva cultura en que vive. Efectivamente, no son pocos los ejemplos en donde Eduarda Mansilla transmite su estupor, entusiasmo o incluso su rechazo. Según Le Huenen, la descripción hiperbólica es muy común en la narración de viaje. Al final de este trabajo presentaré unos de los numerosos ejemplos presentes en el texto. Pero adelanto que podría tratarse de una manera de enfatizar el mensaje y transmitir el impacto cultural que vivió el autor tanto en lo positivo como en lo negativo, y poder así atraer la atención del lector. Pero el teórico también apunta cuán llamativo es la distinción entre la forma pronominal en primera persona del singular y la del plural en un relato de viaje. Efectivamente, cuando la narradora recurre al Yo correspondería a momentos específicos donde se enfrenta a un determinado espacio como si fuera un enfrentamiento o en calidad de testigo: «El día [sic] en que yo, en mi calidad de viajera distinguida, visité el gran museo,...» (88), «Hay quien pretende que ese ruido, se oye á [sic] más de dos leguas; yo no lo sé... pero yo me acerqué y me alejé en el ferro carril [sic], que devora las distancias y cubre todos los sonidos.» (92). En cambio, usa el pronombre «nosotros» para espacios más globales que incluye las personas que le acompañan al viaje: «Hacia trece días [sic] que navegábamos en el *África* [sic], ...» (7).

Además de estas tres características sobresalientes, hemos visto en este capítulo cómo Eduarda Mansilla hace hincapié en su primer relato de viaje a los medios de transporte, unas de las bases de este género literario. Viaja en barco transatlántico para su ida y vuelta a América (1), luego se desplaza principalmente en tren, incluso tirado por caballo (62), en «vaporcito»



entre lagos (95), a pie por la quinta avenida (87), en ómnibus alquilado por el Dr. Acosta (113), y, no falta la excursión en diligencia como guiño a los tiempos románticos à la Chateaubriand si bien no lo usa y opta por el tren (93). Pero ser moderno es también saber usar los instrumentos de la época y es el caso cuando viaja también a través de los instrumentos ópticos como el ya citado «estercoscopio» (94) en «un viaje hacia su interior», otra moda para acercarse a los destinos visitados (94).

Además, su narración debe ofrecer un tipo de digresión con diferentes temas acerca del país y sus características, según los gustos de la viajera y su ambiente. Este abanico cultural es un requisito para satisfacer la curiosidad del lector acerca de ese Otro y ganar su confianza. Entonces, *Recuerdos de viaje* se compone de veinte capítulos con diferentes perspectivas como la sociopolítica, cultural, antropológica, artística, bioesférica y más; dedica incluso capítulos enteros tanto a su historia del antes de 1861 como en el capítulo V o particularidades de su presente como es el caso de la evolución de los trenes:

Los trenes en aquella época, eran en extremo incómodos, y el contacto forzado de los viajeros, unos con otros, durante muchas horas, en los penosos días [sic] de verano, hacia [sic] el viaje insoportable. El lujoso Pullman Cart de hoy, con sus sillones giratorios y sus departamentos reservados, aún no existía. (92).

En forma de conclusión de este primer subcapítulo, estos tres rasgos principales y otras características analizadas pueden demostrarnos que habla en *Recuerdos de viaje* una aprendiz-escritora privilegiada por su rango social acomodado, pero al mismo tiempo su narración es paradójica. Por una parte, si Eduarda Mansilla se adelanta al estado de aprendiz puede ser por su narración prudente y segura sin entrar en dilemas diplomáticos, políticos con su patria, por sus diferentes digresiones acerca del país moderno con un progreso innovador como su versión de la locomotora y su cualidad de vida enfocada en la democracia. Sin embargo, esta prudencia puede dar la impresión a ratos de una guía turística. En su pensamiento se apoya en maestros clásicos como Chateaubriand porque no se refiere a ningún escritor contemporáneo que ya había hecho su viaje a ese país norteamericano, como Sarmiento, José Martí⁶² o algunos otros escritores europeos; tal vez fue porque no reflejaron suficientemente lo real o tal vez sus ideologías políticas pudieron comprometer la voz de la narradora. En cambio, su voz se centra en ella y no en su entorno como para mantener una coherencia en ella misma y en su Yo. Pero, por otra

⁶² Autor cubano que vivió en Estados Unidos entre 1880 y 1892 y escribió numerosas crónicas en periódicos hispanoamericanos y estadounidenses. Como Eduarda Mansilla alaba y rechaza aspectos de los estadounidenses. Su ensayo «Nuestra América» (1891) se considera una de las obras más importantes para definir la identidad de América Latina (Miseres 144-145 Ebook)

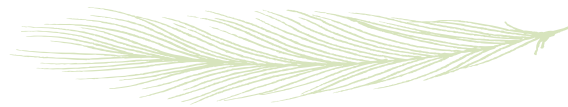
parte, habla una escritora madura que goza de su notoriedad, que demuestra una confianza en su narración donde expone de manera elegante y con mirada femenina, tal como lo vemos más adelante, lo que ve y lo que experimenta en sus viajes. En *Recuerdos de viaje* revela su Yo con sus tormentos, pero precisamente, no tiene nada que perder a su edad y sabe que su voz sin seudónimo puede ser ejemplo de fuerza para otras mujeres sin voz. Así pues, creo que no se trate de una escritora-aprendiz, sino de una mujer libre de pensamiento que puede gozar por medio de la escritura de un espacio como solo ella siente y donde nadie le pueda impedir dar su versión de lo que vivió en esos Estados Unidos de los inicios de los años sesenta porque en su texto se enfrenta ella con su propio Yo. Al principio de su relato nos advierte de sus intenciones: «Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz á los que no la tienen, creo de mi deber consignar en estas páginas, lo que he oído repetir á tantos famosos *touristes*. Pues en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más amigo que uno sea de pesarlos.» (5)

5.2 ¿Por qué escribe?

5.2.1 Poner orden en su vida

Recuerdos de viaje permite a Eduarda Mansilla revivir su año de residencia en 1861 en Estados Unidos vista desde su país natal veinte años después. Esta narración podría funcionar como una terapia que le ayuda a poner en orden su vida y alcanzar una paz interna. En este nivel de mi trabajo sabemos que Eduarda Mansilla vive en una *jaula social o dorada* cuya llave la retiene el mundo masculino y diplomático. Su remedio es una narración mediante un *triángulo dialogístico* entre sus memorias, su lector y su Yo. De paso, busca la confianza de su lector y desea dejar huella como escritora en el mundo literario. Esta sensación de libertad, que solo ella controla, personifica un impulso hacia el extrañamiento total que vivió en ese país donde emprendió viajes en tren de ciudad a ciudad con una cierta libertad. De nuevo, existe un símil entre ella y el tren con un deseo de «devorar» (93) nuevos espacios si bien cada uno se siente sujeto a sus ataduras, ella con su corsé y el medio de transporte con las vías férreas, pero llegar a sus metas a ambos les da energía.

Los motivos de su escritura pueden ser numerosos y podemos interpretarlos bajo diferentes perspectivas. No cabe duda de que la dedicatoria nos da el indicio explícito a este enigma, y sobre todo a quién va dirigido el relato en cuestión. Se trata de «Barbosa»; poco



sabemos de esta persona si no que ha trabajado en su urbe para «ALIVIAR Á [SIC] LOS QUE SUFREN» (xxxix). Gracias al artículo de *La Nación* de 1882, desvelamos su identidad que corresponde a un amigo «homeópata» (xxxix) de la autora:

Está él dedicado al inteligente médico homeópata Barbosa, quien, diremos de paso, en los ratos que le deja libres su misión [sic] de incesante lucha contra el mal, cultiva con gusto, delicadeza y verdad esa literatura que podríamos llamar subjetiva que no es más que el reflejo de los sentimientos propios. (Artículo 3)

Notamos que la literatura para la viajera-escritora refleja una fuente en donde puede nutrirse. En cierta medida parece irónico: Eduarda Mansilla aparenta tener una función de salvavidas. Con la obra que nos ocupa proporciona a su amigo médico el remedio para paliar el sufrimiento de los argentinos en ese tiempo de mal moderno de fin de siglo. Es consciente de su rol porque sabe que vive experiencias extraordinarias y privilegiadas, por eso, acepta los consejos de su amigo de escribir sus memorias en beneficio de los demás. Así que en *Recuerdos de viaje* surgiría un poder de convicción de parte de la autora donde demuestra su autoridad que se mide con la forma del tiempo verbal del imperativo «LEA Á [SIC] SU AMIGA.» (xxxix) (En mayúsculas en el texto). Ciertamente es que se necesita osadía y vanidad para imponer ese remedio a su amigo médico. Por otra parte, sabemos que le dedica su primer relato de viaje como una muestra de agradecimiento que significa mucho para ella. Efectivamente, reconoce pública y moralmente que, gracias a él, y otras personas, consiguió compartir sus conocimientos y publicarlos en sus memorias. Las letras en mayúsculas enfatizan parte de su dedicatoria:

«BARBOSA:

EN TANTO VIAJA VD. DE UN EXTREMO Á [SIC] OTRO DE LA CIUDAD, PARA [SIC] ALIVIAR Á [SIC] LOS QUE SUFREN, LEA Á [SIC] SU AMIGA.

VD. ES UNO DE AQUELLOS QUE MÁS ME HA IMPULSADO Á [sic], MIS [sic] RECUERDOS DE VIAJE [sic]; ES JUSTO, PUES, QUE ESTE PRIMER TOMO, LE SEA DEDICADO.

E.M.DE.G.» (xxxix)

En tiempos revueltos para la mujer como fue la época de mediados del siglo XIX por los cambios que brotaban, Eduarda Mansilla se protege con la confianza de sus amigos quienes la apoyan y le animan a dejar por escrito sus memorias. Establece otro *triángulo dialogístico* entre ella, su amigo e indirectamente con las mujeres argentinas sin voz. Notamos que el médico tiene una función de *punte* entre estas mujeres encasilladas en sus respectivas *jaulas*, aunque

la menos libre puede ser Eduarda Mansilla y sus connacionales del mismo rango social acomodado, que deben someterse a sus respectivas obligaciones. Pero no nos dejemos engañar por su sensibilidad. Va más allá, se mantiene siempre en su pedestal y, según mi parecer, podríamos verla como una *sacudida* para la sociedad argentina. A través de sus descripciones explícitas e implícitas de ese país norteamericano puede abrir los ojos de sus lectores sin hacer distinción entre los géneros, pero para eso necesita ayuda. Su amigo médico tiene poder para transmitir su mensaje al pueblo, incluidas las mujeres subordinadas: «Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar la luz á los que no la tienen, ...» (4). Con un poco de imaginación podríamos solucionar la crisis de autoridad decimonónica con la voz de Eduarda Mansilla que pone en tela de juicio cómo poner en orden la vida de un ciudadano argentino sumiso y cómo sentirse autónomo y útil para la construcción nacional. Ella misma abre el camino hacia ese cambio social, y sabemos que ella tiene los recursos para alcanzarlo.

Con su edad avanzada, Eduarda Mansilla ya se conoce y mantiene firme su voz en la narración como hilo conductor que muestra seguridad. Allí se enfrenta a una toma de conciencia y se predispone a entrar en el espacio literario jerarquizado y masculino. Su atrevimiento acentúa su prestigio y credibilidad como escritora. Además, si bien hace acto de civismo por escribir para su pueblo, se autoglorifica como si hubiera alcanzado su cima en el espacio literario. Así que *Recuerdos de viaje* parece poner un «cierre rotundo» (Villanueva 20) a su vida de escritora de un antes bajo el pseudónimo y en un espacio del presente hermético. Es consciente así del rol que tienen sus memorias que atesoran un valor cultural que ayuda a entender la mujer y la sociedad decimonónica.

Entonces, recibir un remedio de parte de una mujer con voz podría ser considerado por el pueblo un acto divino. El reconocimiento fortalece su Yo y le permite conocerse mejor. Esto le lleva a emprender una nueva etapa en su vida. Efectivamente, sabemos que Eduarda Mansilla escribe desde su Argentina natal en calidad de mujer viuda y después de varios decenios fuera de su patria. Ahora, con sus confesiones en el relato puede emprender nuevos desafíos en el mundo periodístico y nuevas obras, pero esto lo sabemos por su biografía e historiografía.

5.2.2 Testigo

El testimonio de Eduarda Mansilla de su residencia en Washington en 1861 podría conllevarnos a algunas dudas de veracidad. A parte de lugares conocidos no detenemos la prueba concreta de la existencia de sus movimientos y de las personas descritas. Lo cierto es



que sus gustos y costumbres dominan la trayectoria de la narración. Rechaza lo que no encaja con sus valores católicos tal como ocurre con las mujeres de la mala vida: «*Non ragionar di lor, ma guarda e passa.*» (87)⁶³ (en *italico* en el texto). Lo que nos interesa ahora es observarla en su posición de testigo posicionada entre el antes y el después del proceso de la modernización decimonónica a través del tren cuyas revelaciones pueden sorprender a su patria por poner el dedo en la llaga también con el asunto político con los nativos.

Como comentado anteriormente, las costumbres conservadoras de Eduarda Mansilla se muestran incompatibles con los valores dominantes de la sociedad visitada desde su llegada al puerto de Nueva York en 1860, lo que supone un choque entre esos dos mundos. A partir de allí el progreso estadounidense marca un nuevo ritmo en su vida y en la escena pública del ambiente acelerado de la ciudad de Nueva York. Una vez adentrada en la ciudad la describe como cosmopolita y parecida a Londres (13). Debido al inicio de la guerra de secesión estadounidense, el tren cumple una nueva función logística en el enfrentamiento bélico. Un grupo de militares y un huérfano son los únicos pasajeros que sabemos que viajan en uno de los vagones con Eduarda Mansilla y sus acompañantes (62). Prevale la imagen de Eduarda Mansilla como la única mujer en ese ambiente bélico y varonil (43). El tren traza así el camino que «devora las distancias y cubre todos los sonidos.» (93). Este espacio resulta lejano de lo que se considera placentero a parte de la molestia que supone la posibilidad de fumar en su respectivo vagón (43). En cambio, durante uno de sus viajes Eduarda Mansilla destaca el ingenio del país norteamericano que se especializó en la construcción de las locomotoras. Entendemos que trata el tema de cómo el país se independizó de la tecnología inglesa (31). Así comparte en su narración la logística del viajar en tren y del cambio de locomotora como en la ciudad de Baltimore. Notamos una escena que revela la autonomía local y en cierta medida un exotismo para el viajero extranjero, pero en el fondo hace hincapié en el pragmatismo del pueblo estadounidense protestante personificado en el tren y su locomotora:

El ferro carril [sic], al llegar á la estacion [sic] de Baltimore, se detiene, tanto para dejar pasajeros, como para cambiar de medio de locomoción [sic]. La máquina se desprende, y los caballos la reemplazan, hasta atravesar la ciudad, donde vuelve de nuevo á [sic] engancharse otra locomotora. (62)

En cambio, poco sabemos del sistema ferroviario estadounidense, sino que ofrece un viaje desagradable en esa época previo al carbón, para el malestar de todos los viajeros:

⁶³ Traducido en: «No hablemos de ellos; pero míralos y pasa» (87)

El uso de la leña para las locomotoras, produce un humo espeso que sofoca y ensucia: los desdichados viajeros, llegan con unas caras imposibles; el *duster* (guarda polvo) es de absoluto rigor. (92)

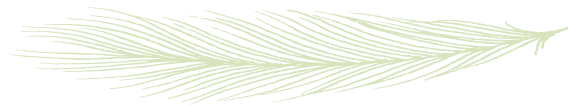
De hecho, esta deficiencia de comodidad ya la vivió en su patria y en Europa y puede comparar y compartir sus distintas experiencias de viaje. Aquí lo llamativo puede ser que, por primera vez en su narración, surge la unión del continente americano sin marcar diferencias y supremacías entre países. Según su punto de vista, retrata Estados Unidos como cualquier otro país con sus imperfecciones. Todo parece indicar que se quita una espina para humillar y rebajar la doctrina del progreso estadounidense. Claro está que opina según sus intereses que dirigen sus pensamientos: «Desgraciadamente, una sociedad tan floreciente, tan rica, tan admirada, y aún tan envidiada, tiene, como todo lo humano, un lado muy flaco.» (86):

Los trenes en los Estados Unidos, construidos exactamente como los nuestros, no se parecen á los de Europa, y tienen, sea dicho de paso, el inconveniente de poner á los pasajeros en excesivo contacto, cosa bien incómoda en una travesía larga. (43)

Sabemos que habla una viajera-narradora que tiene una mirada privilegiada por haber vivido en persona en dicho país a mediados del siglo decimonónico. En el capítulo XIV del relato enfatiza sus sensaciones de viaje en Nueva York dando recomendaciones del trayecto y hablando de las innovaciones logísticas con las maletas (80), lo que merece la pena ver (84), la descripción de las damas en esa urbe (81) y el alto costo de vida y la tolerancia de gran ciudad (82). Eduarda Mansilla conoció solo la parte noreste del país, en discordia con el sur y lejos de la parte oeste colonizada masivamente después de la expropiación de las tierras indias como lo vemos más adelante. Además, la *fiebre del oro* de mediados de siglo fue un hecho decisivo.

Ahora bien, en *Recuerdos de viaje* Eduarda Mansilla se enfrenta a tener experiencias de malabares con los medios de transporte como, por ejemplo, con los traspordadores por el Hudson que tienen la función de «puentes flotantes» (80) antes de la construcción de puentes en la ciudad de Nueva York. Emprende el viaje en tren con su velocidad y comodidad limitadas, pero revolucionarias para destronar la «clásica diligencia» (93) de antaño, convertida en un medio de transporte pintoresco y lucrativo por el codicio y emergente turismo:

... pero yo me acerqué y me alejé en el ferro carril, que devora las distancias y cubre todos los sonidos. Lo que el viajero gana en rapidez, lo pierde en inspiracion [sic] el artista.



Generalmente los viajeros van en busca de la catarata en coche; esos son los neófitos, que se dejan explotar inconcientemente por los cocheros pillos, de profesion [sic], que, después [sic] de arrancarles dollar [sic] tras dollar [sic], acaban, finalmente, por llevarles por vias [sic] más ó menos curvas, ... (93)

Sin embargo, interesante es la observación de que, en el tren y su espacio público, si bien cerrado, parece reinar un ambiente democrático y ordenado sin distinción de clases, en el mismo vagón y supervisado por el jefe de tren (62). Podríamos considerar a la viajera-autora una de las raras argentinas que vivió de cerca esta sociedad regulada a su manera en estos inicios del progreso estadounidense. Ella misma recalca su privilegio de estatus de viajera por no haber muchos viajeros y menos aún mujeres visitando los lugares turísticos como el de Niágara: «Los viajeros eran poco numerosos; ... los pasajeros [sic] eran casi todas personas modestas; había poquísimas *ladies*, pero no faltaban los negros guitarreros» (95) (itálico en el texto). Esto nos indica que fue testigo de una sociedad activa sin llamativa diferencia entre los géneros como la que observó en el caso de la mujer en fase de cambiar de ama de casa a trabajadora en la comunicación y servicios (73).

Cuando viajaba de ciudad en ciudad pasó cerca a las bellezas del progreso como los artísticos puentes (62), pero también vivió en la rural Washington: «es decir que las vacas y aún los cerdos, [sic] se pasearan á [sic] toda hora libremente por las calles, como ciudadanos de la Union [sic]...» (117). Esto sucedió hasta que se instauraron las medidas de saneamiento (117). Pero la autora quiere que la veamos en primera línea en las grandes urbes modernas como en Philadelphia, en Baltimore, en Washington y en Nueva York, meca del dinamismo de toda índole. Los espacios culturales que describe van desde la colección naturalista estadounidense en la Biblioteca-Museo de la Moneda de Franklin: «Allí admiré la gran obra de Audubon, el ornitologista, trabajo admirable por la belleza de sus planchas coloreadas...» (66), al artístico candelabro del auditorio de Filadelfia (74) o el circo Barnum en Nueva York (88). Entre muchas otras visitas, no le falta frecuentar o inspeccionar instituciones educacionales como algunas escuelas y la universidad «fundada en 1755» (67).

Así Eduarda Mansilla fue testigo del progreso decimonónico que metamorfoseó la sociedad enfocada en el capitalismo y consumismo cuyos codiciosos dueños de los grandes almacenes se enriquecieron: «Puedo asegurar que la pagaban rara vez, pues *time is money*» (19) (en itálico en el texto). Su asombro se amplifica cuando está frente a la alta gama de productos europeos de lujo importados a alto precio y disponibles en los almacenes de Nueva York (18). En cambio, reconoce que se implementan los derechos laborales favorables al uso del ocio en

la gran urbe: «forzoso gastar, y no poco, ...» (20). Pero es difícil no sentirse única en las tiendas de Nueva York caracterizadas por los horarios establecidos. En cambio, en su retrasada Washington se siente todopoderosa: «Yo lo he conseguido en Washington; pero, [sic] ¿por quién? Por el dueño del establecimiento,» (19). En esta sociedad activa, el tren es partícipe favorable a la sociedad consumista ofreciendo espacio fumador para «el dios cigarro» (43). Además, describe la diferencia entre Estados Unidos y Canadá con respecto al mundo viajero y el emergente mundo turístico. Nota una gran diferencia entre la gran ciudad y el resto del país. En 1861 se trata de un servicio hostelero atrasado como en Montreal (98) y en Saratoga, lejos de la calidad de los balnearios europeos y de los hoteles de lujos en Nueva York (98): «Yo no puedo decir otro tanto. El hotel á [sic] la moda entonces [sic], que parecía [sic] un cuartel, era un vasto edificio de madera sin gracia ni *comfort* [sic]» (99).

Pero no nos dejemos engañar esta vez por los anglosajones porque, según las aportaciones de Eduarda Mansilla, venden humo en este espacio moderno. El problema es que interpretan la concordia según su doctrina y la trasplantan fuera de sus fronteras como en la Costa Oeste con los nativos. Por tanto, la narradora pone en tela de juicio la hipocresía de ese pueblo protestante que se adueñó de las tierras con la excusa de querer ayudarles a tramitar el progreso. Es más, pone en duda lo que algunos van afirmando que el no mezclarse con los nativos benefició a la economía nacional. En cambio, según esas mismas voces, a los antiguos esclavos se les aceptaron. Eduarda Mansilla toca un tema espinoso por el contexto histórico argentino y la extinción de los indígenas, pero no hace alusión a ello explícitamente. Trata este tema porque fue observadora del encuentro entre el Gobierno de Lincoln y los indios. Estos últimos se sintieron humillados después del abuso de los anglosajones. Eduarda Mansilla se junta así a los pocos estadounidenses que muestran compasión por los nativos o el pueblo autóctono, aunque reconoce la falta de fuerza para contradecir la doctrina protestante estadounidense:

Dicen algunos pensadores, que esta separación [sic], esta antipatía congenial, es una de las causas del engrandecimiento de los Estados Unidos. Yo no sé hasta qué punto tengan razón.

Cuando he visto caciques Rojos, sentados á la mesa del Presidente de los Estados Unidos, en esa actitud reservada y digna, acompañada de un mirar melancólico y profundo, tan penetrante, he sentido respeto y enternecimiento por los descendientes de los dueños de la tierra, que hoy ocupa la Union [sic], despojados, desdeñados, engañados por hombres que profesan una religion [sic] de igualdad y mansedumbre, y que, sinembargo [sic], no practican el principal



de sus preceptos: la fraternidad. No se me acuse de sentimentalismo, ó [sic] mejor dicho, écheseme en cara el sentir, no me será disgustoso. (34)

Para concluir este destacado párrafo de su relato, Eduarda Mansilla quiere compartir con el lector sus testimonios de esa experiencia de viaje en 1861. En este subcapítulo he tratado de centrarme en la metáfora del tren que, en teoría, puede personificar una comunidad homogénea y democrática abierta a otros pueblos, y que es omnipresente en la colaboración con otros medios de transporte con el fin de mejorar la vida de los ciudadanos y aportar prosperidad al país. Pero, en realidad, el tren se convierte en arma de guerra. De esta forma surge una coartada entre él y el Gobierno protestante que pretende llevar la paz más allá de sus fronteras. Encontramos pocas descripciones del espacio exterior del tren, pero parece encajar con una metáfora que nos muestra el lado oscuro de las intenciones estadounidenses con su supuesta hegemonía a costa de los nativos y de los más vulnerables. Ese humo negro que deja el tren a su paso y que describe Eduarda Mansilla, tal vez podamos interpretarlo como unas cenizas que se depositan en los viajeros que necesitan ser protegidos: «los desdichados viajeros, llegan con unas caras imposibles; el *duster* (guarda polvo) es de absoluto rigor (92)». Esta imagen puede juntarse a la de su silbido como el de un guardia o jefe de un tren que quisiera dejar su huella autoritaria por donde va y tener en mano la situación pública poniendo orden en ella (29). Por tanto, la metáfora de las cenizas hasta podría representar el placer que toma la viajera-autora para manchar la conciencia del pueblo estadounidense indiferente y prepotente que hace abuso de poder. En fin, se podría leer como su forma de señalar un tema subrepticio.

5.2.3 Función educadora

En *Recuerdos de viaje* Eduarda Mansilla cumple con su moral, un deber que la sociedad decimonónica le impone con la responsabilidad de cuidar su familia y transmitir buenos modales a sus hijos. Gracias a su amigo Barbosa puede ayudar también a su pueblo y a abrirle sus ojos hacia otras culturas con recomendaciones implícitas mediante la narración de sus experiencias de viaje en Estados Unidos. Su metodología se basa en la didáctica con diferentes digresiones organizadas en veinte capítulos que ofrecen también un «viaje paralelo» desde la Antigüedad hasta la época contemporánea. Interesa emprenderlo por crear un proceso de aprendizaje sin fronteras y de unión entre todos.

El mensaje de Eduarda Mansilla se asemeja a un acto cívico o moral, cuya función gira en torno a un proyecto pedagógico favorable para el plan nacional decimonónico argentino. En

los *Preliminares* explica su teoría intercultural acerca de las diferencias de mentalidad entre los barcos trasatlánticos protestantes y católicos, lo que nos ofrece un botón de muestra de sus experiencias en el país. En los primeros nos transmite sus primeras impresiones del espacio capitalista neoyorkino (25) pendiente no solamente de cómo sacar el máximo provecho de su ciudad y de su tiempo (38), sino también de las últimas noticias (38), con un telón de fondo caracterizado por los revolucionarios medios de transportes (14), la logística de las maletas (20) y el emergente consumismo (18). Con razón, enfatiza la necesidad de entender un pueblo a través de su historia (35) que se completa con las digresiones teóricas sobre la política (26), la geografía (29), la arquitectura (13) y la sociología (17). Las pocas y breves comparaciones con Europa (15-19) y con su país natal (14) pueden servir para centrar la atención del lector en la dicotomía cultural de Estados Unidos. En cambio, se siente incapaz de describir la indigencia que esconde el logro económico estadounidense e invita al lector a leer las obras de Émile Zola para captar esa realidad decimonónica (24). Así lejos de ser una guía de viaje, dicho relato viático y autobiográfico presenta las memorias de la autora que fundamentan su mensaje bajo una voz un tanto moderado, a pesar de algunas dudas como el tema de la esclavitud: «Yo no sé hasta que punto tengan razón» (34).

Entonces *Recuerdos de viaje* cumple con ser un proceso de aprendizaje que estimamos también válido para todos los lectores, incluido para la autora. Entendemos que su función educadora en el relato va más allá de las pretendidas descripciones de las ineludibles visitas turísticas y culturales en el país, a pesar de su interés cultural. Aquí, lo interesante es sin duda la presencia de los valores universales de la Ilustración, el germen de la libertad, la fraternidad y la igualdad, que revelan corresponder a un antes y después en la Historia de la Humanidad. Pero estos valores si bien se encuentran en la teoría de la poética y moral de la autora, paradójicamente, sabemos que le cuesta aplicarlos mientras viaja por el país y fuera de su zona de confort y moral por no cuadrar bien con el modo de pensar de su ambiente cultural. Noto en su mensaje educador la existencia de una creatividad inconsciente y natural que encuentra su equilibrio gracias a la literatura con la que construye un puente cultural virtual entre las culturas americanas y la europea. Esta imagen nos ofrece un viaje paralelo no solamente en la época contemporánea, sino también cuando nos lleva a la Antigüedad donde surgen figuras emblemáticas como las de «Ulises» (99), «Ariadna» (108), o el «Rey Midas» (66). No faltan referencias a las desgracias mitológicas como «las aguas del Leteo» (8) cuyo significado literario sirve a la autora para parodiar la indiferencia del emergente turismo o de los simples pasajeros que se deshacen y se olvidan de sus encuentros hechos por su camino una vez



desembarcados a Nueva York. Ciertamente es que ella describe este espacio moderno caracterizado por una frialdad y superficialidad cuya corriente arrastra a la viajera con los demás hasta caer en ese *infierno dantesco* decimonónico, pero sabemos que se salva gracias a sus privilegios y ética (10).

Dicho «viaje paralelo» en Eduarda Mansilla, nos indica el buen camino para orientarnos y tomar, además, las precauciones para ser un buen ciudadano. Para ello, nos presenta uno de los mejores guías de viaje de confianza: se trata de Montesquieu, maestro de la Ilustración y de la cuestión de las libertades, fuente de inspiración para el cuáquero Guillermo Penn quien defendió los derechos humanos y la dignidad del hombre con el fin de la esclavitud norteamericana (64). Tampoco pueden faltar en la lista Madame de Staël, la referente del cosmopolitismo literario y de la igualdad de género en la enseñanza. Además, brilla por su presencia Chateaubriand, el referente por antonomasia de viajero romántico y de la fraternidad hacia otros pueblos como fue el caso con la visita a las cascadas del Niágara (93). Por otra parte, Eduarda Mansilla nos advierte que la literatura no es solo viajar hacia el pasado, sino encontrar el punto de equilibrio y el mensaje que deja en las vidas del hombre con el curso del tiempo, como lo es el progreso y el impacto en él. En otras palabras, la literatura nos ayuda a ser cautos y a abrir los ojos. Ella hace fe de ello frente a las estafas del emergente turismo y de su capitalismo cuando en las cascadas del Niágara la codicia turística se aprovecha del encanto del *Romanticismo* y de la inocencia del turista motivado (93). El revolucionario *caballo de hierro* representa un equilibrio en esta simbiosis entre el progreso y los valores filosóficos y puede poner un *terminus* a este *infierno*, pecado decimonónico.

Ahora bien, el relato nos esconde otros enigmas educativos que nos intrigan también. Se trata de Eduarda Mansilla retratada al lado de una sabia e imprescindible «fuente» (11) que, en teoría, puede ayudar a sus hijos con el inglés como en el puerto y al mismo tiempo representar una fuente de información cultural para los lectores. Según ella, fue la mejor alumna en inglés de su maestro Zinny (11). En práctica, esta fuente está vacía de contenido. Se da cuenta con desesperación de que no solamente desconoce la idiosincrasia del país, sino que su nivel lingüístico es nulo. Eduarda Mansilla insinuaría así en el relato su versión del país norteamericano opuesta a la visión de las publicaciones de escritores-viajeros como las de Sarmiento, quien invitó a maestras estadounidenses a Argentina para adoctrinar Argentina ««¿Qué dicen? ¿Qué dicen?» preguntaban [sic] mis compañeros, volviéndose á [sic] mí, como á [sic] á [sic] la fuente. Y la fuente respondía [sic]: «No les entiendo! [sic]» (11).

Esta voz insegura y confundida tiene una conexión con el párrafo «Un viaje hacia su interior» cuya imagen del agua es significativa como lo es en este proceso de aprendizaje. Aquí aprendemos con la viajera-escritora a alejarnos de ríos traicioneros como las ya mencionadas «aguas del Leteo» (8). Ciertamente es que habla por experiencia, recordemos su desmayo a causa de la sorpresa frente a las potentes cataratas del Niágara (92). Podríamos interpretar sus palabras como un mensaje de que no debemos ponernos en camino sin prepararnos previamente al viaje y según el tipo de destino, ya que, en caso contrario, podríamos enfrentarnos a los *caprichos* de la fuerza de la *Madre Naturaleza*. Con este espíritu moralista propuesto por Eduarda Mansilla, podríamos disfrutar mejor del viaje sin ningún susto más por camino. Efectivamente, en la travesía en barco por los «torbellinos» (95) del río en *Thousand Island* nos enseña que no corre peligro porque va preparada y segura a bordo del barco. Esta preparación técnica le da confianza para vivir nuevas sensaciones, momentos entrañables que comparte con el lector y de los que guarda buen recuerdo: «Cada vez que el vapor salva uno de esos torbellinos, se le siente levantarse como si un brioso Leviatan, lo suspendiera sobre sus gigantescas espaldas... Muy gratos recuerdos me han dejado esa travesía» (95). Paradójicamente, entre los numerosos remolinos que cruza la viajera-escritora en barco, el único que requiere más atención, según ella, se encuentra en la parte del río de la zona india de Caughnawaga. Su fuerza es asimilada a las cataratas del Niágara, y como ya sabemos, no debemos subestimarlas por representar la encarnación del poder de la *Madre Naturaleza*: «El último de esos torbellinos situado á algunas millas de Montreal, entre el village frances [sic] de Lachime y la aldeita india de Caughnawaga, es el único que seriamente recuerda los *rapids* del Niágara» (95).

Dichas imágenes repiten el concepto del agua que mantiene el hilo conductor del relato. Pretende mostrar la tenacidad del pueblo nativo, pero también establecer una relación armónica entre el tren y los valores de la Ilustración que aportan concordia a los pueblos y, sin duda, también entre los nativos y la *Madre Naturaleza*. En otras palabras, sin el agua no hubiera existido la Revolución Industrial y, por ende, el progreso decimonónico y sus efectos históricos. El mensaje de la autora puede indicarnos que sin la tolerancia en la cohabitación no hay equilibrio como existe entre los pueblos nativos y la naturaleza. Al fin y al cabo, los verdaderos guías de viaje y sabios son ellos mismos por encontrar ese equilibrio y respeto en la *Madre Naturaleza* a la que venera mientras viven en ella. De forma dicotómica y distópica, el *civilizado* ciudadano se encierra en sí mismo ocupado en cómo distinguirse socialmente y engrasar la máquina capitalista; a saber, una palanca financiera de la modernización a costa de las riquezas naturales y una fuente lucrativa sin fin para el ciudadano quien no hizo realmente



caso al denso humo del tren a pesar de su «silbido» (63) como metáfora de alarma. Este hombre de la civilización moderna sigue siempre tan codicioso e indiferente, pero la literatura aporta una advertencia y la posibilidad de equilibrar los pensamientos.

En fin, el proceso pedagógico de la autora puede ser utópico para algunos a pesar de que represente un proceso de aprendizaje para muchos. Parece ser similar al tren que puede aportar fraternidad a los pueblos con horizontes esperanzadores y luminosos pero que depende de la voluntad del hombre. Somos conscientes de que la libertad de pensamiento nos puede guiar y abrirnos esos horizontes. No sabemos qué pensó la autora de su sociedad de fin de siglo y tampoco podemos juzgarla, pero seguro que pasaría por una visionaria. *Recuerdos de viaje* es más que un relato sobre experiencias de exotismo cultural, es un *punteo literario* entre pueblos y continentes, y un mensaje de esperanza a su pueblo. Abrimos los ojos con la narración de Eduarda Mansilla quien nos advierte de la fortaleza y vulnerabilidad de la *Madre Naturaleza*. El progreso no ha erradicado la distopía en muchas megalópolis del mundo hoy en día, sino que vale solo de fuente de inspiración para el género literario del *steampunk* o para el cine. Así, es paradójico pensar que nuestra sociedad *civilizada* surge de los valores filosóficos de la Antigüedad y de la Ilustración que pretendían respetar cierto equilibrio entre los seres humanos y la *Madre Naturaleza*. Sin embargo, muchos hoy en día ignoran esas enseñanzas de respeto y se sienten libres de emplear el poder descontrolado de un Hércules.

5.2.4 Su versión femenina

Después de conocer los fundamentos del proceso de aprendizaje de Eduarda Mansilla, entendemos que sus memorias de viaje no van dirigidas a un determinado grupo o género, sino a los que sufren en su país, lo que explicaría la posición en la que se coloca la autora y desde donde habla. No significa un signo de pretensión por su parte, sino su estilo de vida regulado por los patrones sociales y moralistas de los países católicos. En cambio, su pluma le ofrece poder vivir una doble vida como autora e interpretarla según su punto de vista enfatizado con aportaciones del espacio femenino estadounidense y las diferencias culturales con Argentina. En este párrafo seguiré su mirada de madre letrada hacia la locomotora, en el interior del vagón y a través de las figuras literarias que ofrece y que nos sorprenderán alejándonos del ajetreo urbano y moderno estadounidense de 1861.

Hasta finales del siglo XIX los contextos históricos fueron alumbrados por los logros científicos obtenidos gracias al ingenio varonil sin considerar las virtudes que se esconden en la mujer ocupada a cuidar de su familia. De hecho, Eduarda Mansilla se retrata como una madre con sentido materno y sensible con los niños tal como lo manifiesta con el huérfano y sus hijos, retratados como bien educados y con valores fraternos y compasivos:

«En ese mismo viaje, vi algo que conmovió profundamente mi corazón [sic] materno. Era un niño ... mis niños le dieron *plenty candies*... El niño me sonrió agradecido, y los míos [sic] no cesaron durante algunas horas de repetirme en todos los tonos: *Habrá encontrado á [sic] su papá el muchachito?* [sic] Yo les contestaba: *Sí!* [sic] (62).

Encontramos pocos indicios sobre los pasajeros y el espacio del vagón, solo que su visión femenina engrandece su figura materna posicionándose entre los militares y la figura indefensa de los niños. Convierte así ese espacio mecánico y bélico en femenino donde brilla su sentimiento materno generoso y protector con el niño. Describe «los demás niños» (62) pero ignoramos quiénes y cuántos son en realidad; lo cierto es que surge la unión entre sus hijos y el niño. Esta visión femenina sensibiliza el espacio y enfoca su función protectora y vital ante los desprotegidos como es con la presencia del agua, explicado en el párrafo «Un viaje hacia su interior».

La versión femenina nos proporciona un botón de muestra de las ideologías religiosas que pueden influir en las mentalidades y la educación de los ciudadanos. Aquí pensamos en su donativo al niño con un billete que puede hacer hincapié en la educación católica que enseña la caridad con los más desfavorecidos, pero el conductor no autoriza su gesto altruista con una reacción que insinuaría una ofensa, un modo de sentirse disminuido por la viajera argentina: «*Oh! No!* [sic]» (63). Mientras por el contrario, la inocencia y el agradecimiento que emana en los niños pueden depender no tanto de una ideología sino de los valores naturales en ellos con su sensibilidad y la fraternidad natural: «El niño me sonrió agradecido, y los míos [sic] no cesaron durante algunas horas de repetirme en todos los tonos: *Habrá encontrado á [sic] su papá el muchachito?*» (63).

No podemos refutar la calidad del bagaje cultural y de la educación de Eduarda Mansilla, tampoco la fuerza de su voz; ambos pueden desestabilizar tanto el eje literario masculino como la percepción de la modernización cuyo punto en común se destaca por su peso en la sociedad, un hecho asimilado a resistencia y fuerza. En cambio, la pluma de la autora aligera las mastodónticas obras de ingeniería como el «puente suspendido sobre el



Susquehannah» que lo compara a una tela de araña. Esta imagen figurativa que sale de la naturaleza en medio del hierro me invita a escudriñar el pensamiento de la autora que, a este punto de mi trabajo, me está iluminando el camino de la simbología literaria. Efectivamente, me conecta una vez más a la naturaleza, como en el párrafo anterior. Mi guía esta vez es el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier con el cual puedo desvelar este nuevo enigma que no deja de ser significativo. Venimos a saber el origen de la simbología de la araña que existe desde la Antigüedad y nos hace pensar a la mencionada «Ariadna» (108). Si bien fue repugnada por algunas culturas, otras la veneraron por sus virtudes celestiales. Lo revelador es su representación de la *Madre Naturaleza* protectora, la diosa fecunda y el equilibrio en la vida de los hombres. Sin embargo, en la mitología griega es luchadora por atreverse a rivalizar a la diosa Atenea, o «diosa victoriosa» (148), quien sin sorpresa la sentencia, pero la conserva y explica el porqué de su metamorfosis en araña por tener el don de hilar (116). O sea, el símbolo del hilo significa la conexión que une el hombre con el cosmos y, por tanto, es un símbolo de la vida. La araña pretende tener las mismas virtudes que la diosa griega por ser mediadora entre el pasado y el futuro; ambas aportan balance en nuestras vidas. La comparación metafórica entre arácnido y puente me lleva a reflexionar su analogía con la función de Eduarda Mansilla como autora, con la del puente y el tren. Los tres ofrecen equilibrio y unión en la vida del hombre, y, además, se multiplican por el bien de la sociedad.

Bajo el contexto contemporáneo, la tela de araña nos lleva a pensar en el mundo femenino de la costura con su aguja e hilo o el refinado encaje, obra de arte como lo es la tela de araña. Ofrecemos así otra analogía entre el hilo y el *hilo conductor* cuyo apotegma crea un *puente* entre la tierra y el cosmos. En definitiva, Eduarda Mansilla encarna dicho puente como parte de la belleza natural y elegante que se une a los pueblos:

Á [sic] poca distancia de Washington, despues [sic] de haber recorrido un camino, que nada de pintoresco tenía, llegamos á [sic] un sitio encantador: era el puente suspendido sobre el Susquehannah, uno de los ríos más bellos de los Estados Unidos y cuya anchura y extension [sic] son considerables. Este descende de los montes Alleghany, atraviesa el Estado de Pensilvania, entra luego al Maryland y cae en seguida en la bahía de Chesapeake.

El efecto que producía [sic] ese puente tan ligero, que parecía [sic] de hilo y obra de las arañas, era mágico. Temblaba bajo el peso de la mole andante, como un ser animado; el agua que por todos lados lo rodeaba, producía [sic] una sensación [sic] penosa, á [sic] pesar de la gran belleza de aquella masa líquida [sic], donde se reflejaba un cielo azul y despejado. Poco tiempo despues [sic], los sudistas cortaron ese puente, causando la destrucción [sic] de dos regimientos unionistas. (61-62)

Ahora bien, esta visión femenina y sus conexiones son válidas para el tren como ya explicado. En cambio, la poética en *Recuerdos de viaje* se enfatiza con la personificación de la delantera de la locomotora que hace la autora con el «abanico» (62), accesorio del refinamiento de la mujer vanidosa y de seducción en la cultura ibérica. Según Chevalier, para las culturas orientales significa el «encender y apagar el fuego», el «pájaro que se libera», la «inmortalidad» y la «protección». No cabe duda de que la autora insinúa un modo para rebajar la falocracia argentina y un deseo de liberar de sus jaulas a las mujeres decimonónicas argentinas y confiar en sus capacidades intelectuales. Pero se trata de una evidencia, la moderna e innovadora locomotora estadounidense permitió a sus hombres a recorrer tierras desconocidas y hasta entonces inalcanzables. Ciertamente es que llevar en sus conciencias el destino de la esclavitud como la «negrita» (62) vaca pillada entre rejas deja mucho que desear: «Esas locomotoras eran preciosas y coquetas, que hacían las delicias de mis chiquitines, sobretodo el *cow catcher*, especialidad de norte americana [sic]. En este gran enrejado movable en forma de abanico» (62).

En fin, si Estados Unidos ataca y se protege con su hierro, Eduarda Mansilla lo hace con su pluma y sus figuras literarias que transmiten sus valores humanistas y esperanzadores, y también dan fuerza y sentido a la poética en *Recuerdos de viaje*. Parece abogar por una forma de solidaridad y fraternidad con su pueblo mediante ese puente entre ellos que representa su libro.

5.2.5 Revivir encuentros felices

Las memorias en *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla, las experiencias que pretende haber vivido, le permiten recordar y revivir su viaje a Estados Unidos en 1861 veinte años después de su estancia. Igualmente, lo indica en su portada con el epígrafe de Bermúdez de Castro «Recordar es vivir». No tenemos ningún indicio de cuándo y cómo fue su proceso de escritura, y menos aún de su estado de ánimo en su vida presente; conocemos solo la fecha de su publicación en 1882. Este silencio puede ocultar un malestar y la necesidad de revitalizarse en sus memorias. Esta suposición nos ayuda a entender la razón por la cual en la dedicatoria ordena a su amigo Barbosa que la lea por detener el remedio para su pueblo que sufre por el contexto sociopolítico en ese siglo finisecular. Así que gracias a sus felices recuerdos puede encontrar un equilibrio con su pasado y fortalecer su punto de mira hacia el futuro. Por eso, la escritura autobiográfica puede animarle y también a los lectores a mantener vivas sus memorias



que se generan a lo largo del tiempo y según los espacios donde había tenido recuerdos entrañables e inolvidables amistades.

Cuando Eduarda Mansilla comparte sus momentos de joven con el lector, autoglorifica su vida de joven madre privilegiada y jovial, que se caracterizaba por su actitud valiente y por estar dispuesta a conocer nuevas culturas, sin olvidar la protección de su cicerón. Es el caso de los momentos alegres con sus amigas estadounidenses donde sabía aportar armonía en sus casas:

Pero ¿cómo pensar en Filadelfia sin recordar á [sic] mis buenas amigas las Moss episcopales y las Moss judías? En aquellos *homes* hospitalarios he pasado horas inolvidables; ... el dulce bienestar que disfrutábamos, y gracias, lo confieso sin modestia, á [sic] mi *savoir-faire* ... (79).

Se suma la compañía de sus amigos médicos que podrían dar credibilidad al remedio de la autora; surgen así el doctor Acosta (113), el higienista y homeópata doctor Verdí (117). Además, se enorgullece de su estrecha relación con el aristócrata, el Conde de París con el cuál conversaba y a quien le narraba su vida parisina: «... yo le hablaba de los teatros...El Conde no perdía una sola de mis palabras... nos hicimos muy amigos» (58). En esta lista de amigos no pueden faltar tanto su «inolvidable» (92) Molinita: «Allí quedaba uno de mis mejores amigos, ese buen Molinita...» (122), como su amistad con el presidente Lincoln, quien «me acogió con cierta amenidad protectora» (49).

Interesante sentir cómo revive su paz y su felicidad mediante sus cinco sentidos: por medio de la vista aprecia a la naturaleza, por ejemplo, los Bosques de Maryland que le cautivan: «No vi nunca en la vegetación nada más encantador y prestigioso, que esas hojas de otoño...» (44); por medio de el olfato que le lleva a vivir la ilusión de un viaje mágico al estilo literario modernista: «sus olorosas emanaciones, recordaban, á [sic] la luz tibia de la luna, fantásticas habitaciones de hadas... por las regiones de la fantasía... preparaban dulcemente al sueño.» (91). El oído le proporciona recuerdos musicales con las actuaciones de melodías clásicas europeas por sus amigos estadounidenses: «La dueña de casa, ejecutó con rara maestría la rapsodia de Liszt, la gran polonesa de Chopin» (68); no podemos olvidar su triunfo como cantante lírica con su «andaluzada» (115). Este arte musical se junta al gusto prácticamente táctil por la literatura y al arte de la encuadernación que descubrió en las «librerías lujosísimas» de Filadelfia, también gusto por las hermosas ediciones infantiles de Appleton» (117), o «la preciosa edicion [sic] Motley» (118). Sin duda, no puede faltar el gusto por el viaje: «viajar así es delicioso» (80).

Efectivamente, el clímax en las memorias entrañables de Eduarda Mansilla en calidad de viajera puede que se encuentre en su emotiva travesía trasatlántica de Le Havre a Nueva York: «Mágica palabra *Nueva York*... la emoción [sic] no fue menos [sic] grata» (7). No obstante, podemos sentir en ella una función de puente entre Europa y las Américas mientras viaja a Estados Unidos, no es menos importante su intención de recordar la realidad oculta de la vida estadounidense lejos de su utopía. De hecho, entre los numerosos recuerdos, por ejemplo, apunta la falta de estructuras turísticas y de bienestar de alto nivel y describe el ambiente rural en Washington (117), lo que le lleva a añorar sus momentos placenteros en el balneario alemán de «Baden Baden» (98), la París cultural (57), los paseos en el atardecer en Madrid o en Viena (19). De hecho, si bien la llegada en barco a Nueva York representa también la *libertad* y nuevas esperanzas para los viajeros e inmigrantes, en su fondo, sus motivaciones de escritora buscan abrir los ojos de su lector y dar vuelta al apotegma *civilización-barbarie* a favor de los países imperialistas como Estados Unidos al detrimento de Argentina; podré mostrarlo en detalles en el siguiente párrafo con la promoción de sus obras. El recuerdo amargo de dicha realidad no le impide revivir sus felices momentos de madre con sus hijos frente a las innovaciones estadounidenses como fue la coqueta locomotora ya mencionada en esa fase inicial turística (62).

No cabe duda de que su autobiografía narrada en edad madura le ayuda a conocerse mejor y a encontrar una terapia para su paz interior después de su vida de mujer de diplomático. Para conseguirlo recurre al humor y muestra que sabe reírse de ella misma como en la escena cómica del cochero ambicioso que la deja atónita: «No puedo prescindir de recordar aquí la respuesta que me dio unos años después [sic] un Virginiano [sic], cochero, ... tomé un negro.» (79). En cambio, según ella, su alegría no cambió con los años tal lo indica ridiculizando la pedantería de los diplomáticos europeos que toman muy en serio su estatus en la invitación del ministro del Brasil con su «amistosa cordial acogida» (56): «Era yo joven [sic] entonces [sic]; confieso que me reí de buena gana, y, lo que es peor, no me enmendé; ...» (57). Significativo también es su toque sarcástico ante las torpezas de mujeres estadounidenses al intentar imitar los buenos modales europeos en el hotel de Saratoga: «La *miss* comía [sic] con guantes, y comía [sic] con excelente apetito, a [sic] pesar del sinnúmero [sic] de moscas, que volvían [sic] difícil y odiosa aquella tarea ..., no creo del caso alabar con exceso los méritos de la coqueta rubia» (100). En fin, surge la burla cuando piensa en el aplauso estadounidense en el teatro:



No poca gracia me causó...ver... *No enchores...* me despertó en mí tal acceso de risa, que al recordarla, aún me rio. La *h* que figuraba en medio del *encore* era un presente sajón [sic], hecho á [sic] la Lengua de Molière [sic], que hubiera inspirado, de seguro, al autor *des Precieuses ridicules*, alguna chispeante sátira. (100)

En suma, sus recuerdos son recuerdos de escenas de humor que le ayudan a revivir y a fortalecer su bienestar, un remedio también para el lector. Los numerosos recuerdos entrañables de la viajera muestran la cara positiva frente a la difícil situación al que tuvo que enfrentarse en esa cultura norteña. Ciertamente es que, a pesar del contexto histórico y el destino de la mujer, no le faltaba el sentido del humor que acredita su mensaje para un lector que aprende con ella a ver su presente con fuerza y a reírse de sí mismo.

5.2.6 Promoción implícita de sus obras literarias

Si Eduarda Mansilla hubiese vivido en nuestra época, habría pasado por una excelente *attachée de presse* por cuán eficaz fue su capacidad en promocionar sus obras en *Recuerdos de viaje*. Un lector atento descubre el mensaje por su forma explícita, pero también implícita; lo seguro es que ambas pueden motivar a leer sus obras en unas próximas lecturas. La meta de la autora es formar parte del «gremio» argentino de cultivadores del género de literatura de viaje y ganar credibilidad como viajera-escritora con su versión camuflada e invertida del dicotómico apotegma *civilización y barbarie* presente en sus obras literarias. Mi intención no es el análisis literario comparativo, sino encontrar el denominador común entre sus obras y su influencia en *Recuerdos de viaje* y, por ende, llegar a comprender el rol del protagonismo de la autora.

En el primer capítulo de este trabajo, hemos comentado la intervención del conocido editor Motley quien pregunta a Eduarda Mansilla si es la autora de la obra *El médico de San Luis* (118). No debemos desatender este detalle que, si bien distrae el hilo conductor del relato de viaje que nos ocupa, atesora un indicio relevante para entender las motivaciones narrativas de la escritora argentina. Efectivamente, nos invita a considerar dicha novela escrita en 1860 para futuras lecturas. A su vez, los trabajos de investigadoras como la ya citada María Rosa Lojo nos ayudan a desvelar el mensaje de la trama y a encontrar una analogía con *Recuerdos de viaje*. A través de la sinopsis de su primera obra, venimos a saber que se trata de un médico escocés que viaja a Argentina y que se enamora de su futura mujer y de la vida campestre argentina, lejos de la ajetreada y capitalista Buenos Aires (147). Además, nos ayuda María Gabriela Misraje indicándonos que dicha obra superó la versión original de *El Vicario de*

Wakefield (50) de Oliver Goldsmith, novela escrita en 1761. El motivo de este logro literario de *El médico...* estaría en la descripción de la personalidad humilde y feliz del médico mientras goza de la vida campestre argentina junto a su familia y a los gauchos del pueblo de San Luis. A dicho médico extranjero le sorprende ser acogido como un dios y ser la salvación de los enfermos del pueblo:

Pobres gentes, mucho fian [sic] en la omnipotencia de mi ciencia, asi [sic] nada conmueve mas [sic] mi corazon [sic] que escuchar los acentos tan verdaderos con que á [sic] la cabecera del enfermo, ponen su vida en mis manos, confiando en mi á [sic] quien creen un agente directo de la Providencia! [sic]. (cita en *El Médico de San Luis* 11)⁶⁴

La defensa que hace la autora por la cultura autóctona y la pampa argentina se mostró también en 1868 en su novela costumbrista, escrita en francés para lectores franceses, *Pablo, ou la vie dans les pampas*. Según Misraje se trata de un «libro precursor en muchos sentidos», a parte de ser escrito por una mujer (13). Su analogía con *Recuerdos de viajes* está en cómo la viajera-autora sale en defensa de los nativos estadounidenses, considerados como «tribus salvajes» (33). Sabemos que Eduarda Mansilla fue testigo de la vulnerabilidad de los indios por la supremacía de los blancos tal como hemos demostrado en este capítulo. En la obra de *Pablo...* alumbra su apego a la cultura indígena⁶⁵, y lo mismo ocurre en *Recuerdos de viaje* con la compasión por los indios donde subraya explícitamente la salvajada del blanco contra ellos y el adoctrinamiento religioso estadounidense que podemos relacionar al *Destino Manifesto*: «despojados, desdeñados, engañados por hombres que profesan una religion [sic] de igualdad y mansedumbre, y que, sin embargo [sic], no practican el principal de sus preceptos: la fraternidad.» (34). Lojo apunta que la obra *Pablo ...* ha sido escrita no por un escritor imperialista, sino por una argentina que subraya el lado humano de los indígenas en un contexto bélico de «guerras civiles» (149).

Esta sensibilidad refuerza el sentimiento materno de la autora y surge también en el relato que nos ocupa, como explicado anteriormente. Podríamos conectarlo con su segunda obra literaria, *Lucia Miranda* (1860). Según Lojo, la obra trata de una española, mujer de un

⁶⁴ *El Médico de San Luis*, 1860.

⁶⁵ Eduarda Mansilla trató la situación *civilización-barbarie* ya en 1860 con *El médico de San Luis* (1860) y fue una fuente inspiradora para su hermano Lucio quien gozó, en cambio, su estatus de «gran precursor» con su renombrado informe que defendía al pueblo indígena en *Una excursión con los indios ranqueles* (1870) (Lojo 2014:298, Lojo 2020: web).



conquistador que es cautivada por los indígenas y, al final, tiene la función de «educadora, intérprete y fundadora» (145). Es decir que surge un aprendizaje mutuo al contacto con los nativos y una cohabitación entre ellos (146). Esta relación entre cautiverio y educación, podríamos relacionarla con el espacio que aparece en el libro *Cuentos* (1880) y representa una de las primeras obras de ese género escrita en español (Lojo 158). Según Lojo, dichas narraciones se ambientan en un espacio ya no campestre argentino como las primeras obras, sino en un espacio moderno y urbano caracterizado por la llegada masiva de europeos que metamorfosearon Buenos Aires.

Para concluir este capítulo, hemos retratado a una escritora que se expresa desde su pedestal y alaba lo que le interesa posicionándose como puente entre las comunidades, pero también como ser intocable por sus privilegios y sabiduría. Además, rechaza sin compasión lo que le parece incivilizado, como la distopía que emana en Nueva York con la emergente burguesía, malos imitadores de buenos modales y centrados en su doctrina. Por eso, aprovecha en parte su talante de escritora para rebajar al imperialismo estadounidense porque ella misma se encuentra entre dos mundos: el privilegiado (de la aristocracia) y el autóctono debido a su apego a la *Madre Naturaleza*. Consecuentemente, detectamos una analogía entre *Recuerdos de viaje* y su obra narrativa si bien lo hayamos presentado de forma general y destacado un hilo conductor basado en su humanidad y fraternidad con los nativos. En otras palabras, si bien la modernización estadounidense ha cambiado el destino del hombre con un tren que tiene una función de puente entre las comunidades, este ambiente moderno enjaula al ciudadano en un espacio restringido y controlado. Igualmente, el tren captura a su pasajero mediante sus vagones y avanza sin parar por las vías ferroviarias previamente trazadas por el blanco y conforme sus intereses económicos. En la megalópolis, una vez que entra el ciudadano en ella, se enfrenta a un infierno dónde únicamente los privilegiados tienen los medios para salvarse. En esta espiral de distopía decimonónica, incluimos su visión del emergente turismo y los inocentes e ignorantes turistas que se aciegan por la oferta de atracciones que, al fin y al cabo, en su mayoría son un engaño como es el caso del circo Barnum o en las confusas excursiones a la zona de las cascadas del Niágara. Eduarda Mansilla por ser sabia se escapa de convertirse en turista anónima. En resumidas cuentas, su visión de Estados Unidos es ambigua, reconoce y admira ciertos aspectos del progreso tecnológico, simbolizado por el tren. Pero contempla con mucha distancia los aspectos negativos e inhumanos de la cultura norteamericana. Por instinto, simpatiza con el «buen salvaje», con gauchos y nativos que ofrecen resistencia a una

civilización que, a pesar de sus logros, es desalmada y brutal. Mansilla en ese sentido deconstruye y matiza el dicotómico antagonismo de Sarmiento⁶⁶ entre *civilización* y *barbarie*.

5.3 ¿Cómo habla? Algunas consideraciones del lenguaje empleado

5.3.1 Unos ejemplos

Después de haber analizado la voz de Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje*, sus motivaciones, y lo que comenta, dedicamos las siguientes páginas a presentar la poética de la autora. En el capítulo de «Testigo» ya tratamos los temas y sus ejemplos en el relato que nos explica lo que vivió la autora y, también adelantamos posibles funciones figurativas y metafóricas del tren, de la fuente y de la araña en un texto. En este capítulo presentaré el estilo literario de Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje* con algunos ejemplos según las figuras de construcción y las de pensamiento. Además, aportaré algunos ejemplos para indicar si existe un distanciamiento y entusiasmo de parte de la autora.

5.3.2 Evaluaciones

Las figuras de construcción sintáctica o gramática representan un grupo de figuras retóricas o figuras literarias que conllevan alteraciones en la disposición de las oraciones. En la narración de Eduarda Mansilla una de las figuras más usadas es la *comparación* o el *símil*. Por una parte, con la comparación la autora establece una diferencia de superioridad o de inferioridad con otros países: «... el viajero no tiene, como en París, en Viena ó [sic] en Madrid, ese Madrid que parece despertar despues [sic] de las once de la noche, ...» (19). Por otra parte, con el símil compara de forma igual, por ejemplo, la modernización estadounidense y la argentina: «Los ómnibus, los tramways, idénticos á [sic] los nuestros, ...» (14). Además, asimila la cultura imperialista inglesa a la estadounidense: «Estoy en Londres» (13): «...como los Ingleses [sic], gustan mucho de [sic] adornar sus casas» (17). Sin embargo, Eduarda Mansilla asimila de forma implícita tanto la supremacía imperialista como la imagen del «Yankee» (100) a la de una cultura incivilizada por carecer de educación estética como la europea (15). Es más, lo enfatiza de forma explícita, por ejemplo, con las habitaciones del balneario de Saratoga: ««Pero cómo

⁶⁶ Según Mirasje, dicho escritor argentino fue la única referencia literaria cercana al gaucho para la autora argentina (53).



hacen estas mujeres;» preguntaba yo indignada á [sic] nuestro paciente *cicerone*, «para vestirse con tantas zarandajas⁶⁷ [sic] en esas cuevas que ni espejo tienen?» y Molina, sonriendo, respondía [sic]: «Son Yankees [sic] señora.» (100).

Es recurrente en la voz de la autora-viajera sus mensajes implícitos pensados para el lector. El uso de la imagen del tren como posible metáfora de guerra, de unión y de progreso lo he comentado antes. En cambio, la *analogía* le sirve para relacionar dos elementos sin que se parezcan como el progreso y el hábitat: «De suerte que, tanto en la industria, como en la estética de la naturaleza, el mismo fenómeno produce idénticos efectos: belleza y riqueza.» (29). La *reiteración* o *anáfora* retórica indica las repetidas palabras en la misma oración: «oro, oro, plata por todos los lados, ...» (66), y la *anáfora* gramatical la omisión de la palabra como el objeto indirecto: «Cuando los pueblos civilizados tienen creencias, la tolerancia les es natural.» (82). Interesante es el *antropomorfismo* para dar figura humana a un espacio o a un dios: «la madre naturaleza» (106), «la diosa moda, inflexible minotauro...» (85). Ciertamente induce a la confusión con la figura literaria característica en los relatos de viaje y autobiográfico como la *personificación* o la *prosopopeya* que permite dar vida a un objeto mediante la fantasía: «Pero, [sic] oh naturaleza humana!» (10). Con la *paradoja* une dos ideas contrarias como puede ser la ficción en la narración autobiográfica y pretender ser real. La *cronografía* marca la fecha de su llegada al país norteamericano (14) y se junta a los recuerdos anteriores con el *flashback* o a los posteriores con la *prolepsis* o el *flashforward* como cuando habla de la evolución de los trenes (92). En cuanto a la descripción psicológica y moral de los personajes, usa la *Etopeya* (38) como en su primer contacto con el Otro. Al contrario, la *prosopografía* o *retrato* sirve para describir el aspecto exterior de una persona: «Lincoln nada de tiránico tenía [sic], ..., me chocó la expresión [sic] enfermiza de su aspecto.» (49). En las figuras descriptivas, la *topografía* describe detalladamente un lugar como ocurre para cada ciudad donde viaja, pero la más llamativa puede ser la descripción de Washington, capital de país, por una versión sin filtro y sorprendente por su miseria social y urbanística como queda descrita en el capítulo X. Al final, no falta el *oxímoron* de Madame de Staël que contradice dos términos seguidos como el: «*triste placer de viajar*» (en *italico* en el texto) (9).

En su discurso la *exclamación* o el *apóstrofe* ayuda a articular y enfatizar como con las cascadas del Niágara (92). En la misma línea, la figura de la *hipérbole* que intensifica con el

⁶⁷ Nota del editor: «zarandajas: [sic] zarandajas; cosas menudas, sin valor.» (100)

sufijo «ísimo» o verbos intensificadores como «abundar» (83) la experiencia de viaje y el asombro de Eduarda Mansilla, un modo para atraer la atención del lector y dar credibilidad al relato de viaje. Surge también la *interrogación retórica* sin dar respuesta, pero dejar abierto la pregunta: «El viajero tiene siempre buen apetito. Será la locomoción [sic]? Qué será?» (23). Además, con la *hipotiposis* la autora transmite sus impresiones a través de la vista, del sabor o del malestar como con las costumbres culinarias estadounidenses en el capítulo III. Con la *ironía* indica lo contradictorio como el «*Plenty of time*» (14) (en itálico en el texto), traducido en «tiempo de sobra», cuando en realidad el progreso trae en el espacio urbano «malhumor y agitación» (14). Frecuente en la narración es la *sátira* y la *burla* para expresar el lado *salvaje* de los estadounidenses como con «La *miss* comia [sic] con guantes, ... (100).

En cuanto a la voz narrativa de *Recuerdos de viaje*, se presenta en primera persona, como ya analizamos, con diálogos para aseverar la existencia del viaje, por ejemplo, con Motley quién pregunta a Eduarda Mansilla si es la autora de la obra *El médico de San Luis* (118) y una cronología, como ya visto, pero llamativa es que no exista una sucesión temporal en cada párrafo, sino la llegada a Nueva York ocurrió «un día de junio» (10) y la despedida desde esa misma ciudad por la Batalla de Pavón «El encuentro de Pavon [sic], habia [sic] cambiado en la patria la faz de los acontecimientos políticos: fué menester decir adios á [sic] Yankeeland para volver al Viejo Mundo» (121). Según las fuentes históricas sabemos que fue en septiembre de 1861. Así que podemos hablar de un relato de viaje con una narración circular que trata de aseverar la veracidad en su viaje con el encuentro de nuevas personas.

En cambio, nuestro espíritu de detective goza de un «momento de gloria» al detener un archivo histórico que aporta una prueba ficticia camuflada en una de las anécdotas sobre el encuentro que tuvo Eduarda Mansilla con miembros de la aristocracia europea. Es verdad que detiene esa libertad de narrar hasta que demostremos lo contrario. Se evidencia que la figura del «Caballero Lisboa» su «excelente amigo y colega del Brasil» (117) es ficcional según la carta del Conde de París a la autora publicada el 13 de abril de 1883 en el periódico *EL NACIONAL*: «Me han encantado las descripciones tan vivas que hace Vd. de nuestra vida de Washington, del salon [sic] de aquel excelente Lisboa, que no existe» (Artículo 9).

Entonces, hemos demostrado la capacidad retórica de Eduarda Mansilla por cómo trasmite sus observaciones y mensajes al lector mediante las figuras literarias. En cambio,



gracias a la historiografía y archivos detenemos alguna evidencia para demostrar la ficcionalidad en algunas de sus descripciones.

5.3.3 Léxico empleado

Ciertas ideas filosóficas francesas influyeron en el pensamiento de Juan Calderón quién publicó la primera edición de *Análisis lógica y gramatical de la lengua española* en 1843 en Buenos Aires (Vaquera 75). Dicha influencia lingüística fue clave para educar el sector social acomodado como el de la autora que adoptó la moda del francés, que a su vez convirtió a Eduarda Mansilla en mujer políglota y culta. En este párrafo presentamos algunos ejemplos de los extranjerismos compuestos por afrancesamientos, anglicismos y neologismos presentes en la voz de la autora, además de algunas de sus repeticiones.

Si bien su narración es de fácil comprensión por querer alcanzar todo tipo de lector, recurre a alusiones literarias como ya hemos analizado en el párrafo «Función educadora». Además, da vida a dichos como el napoletano «Vedi Napoli e poi muori! [sic]», referencia del relato *Viaje a Italia* (1786) de Goethe en su *itinerario de formación* por Italia. Efectivamente, la autora se inspira en este tipo de escritos para dar su versión de Estados Unidos y «recrear» el viaje del poeta alemán: «*Un verano en Saratoga, [sic] e poi morire*, (99). De igual forma hemos visto cómo alude al *Infierno* de Dante Alighieri y, como vimos en este trabajo, juega con una imagen metafórica de la decadencia del hombre en la gran ciudad: «*Diverse lingue [sic] orribili favelle*» (10).

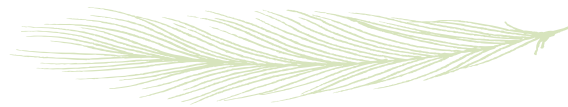
Sin embargo, el estilo clásico refleja la sintaxis literaria del siglo XIX con el uso de extranjerismos como es el caso en *Recuerdos de viaje*; por ejemplo, usa el francés sin traducción y en itálico: «*bourgeois*» (49), «*belle*» (53), «*encores [sic]*» (74); a veces con traducción: «*beau* (novio)» (53); también lo acopla con palabras españolas «un actor *manqué*» (49), y usa locuciones verbales francesas como «*sur le retour*» (56), «*les petits cadeaux entretiennent l'amitié*» (53) (entre comillas en el texto). Por otra parte, adopta anglicismos como para ambientar al lector en el espacio estadounidense y para mostrarle la prueba de su estancia y de su poliglotismo. De la misma forma transcribe sin traducción y en itálico en el texto palabras inglesas como el «*tobacconish [sic]*» (13), «*las ladies*» (14) o con traducción «*Plenty time* (tiempo de sobra)» (16) «*cow catcher*» que traduce en «*recoje vacas*» (62) (en itálico en el texto).

Llamativos son las diferentes voces extranjeras junto al español en la misma oración «las flirtations» (53), o en la forma partitiva «la indispensable copa de «*egg nut* [sic]» (52). Además, muestra su capacidad imaginativa creando neologismos como «el highlismo» (111). Su cosmopolitismo se refleja juntando en su oración el inglés y el francés: «El high life, es decir, el que tiene coche ó [sic] como pagarlo, no va naturalmente á [sic] pié; pero ni la riqueza, ni el highlismo [sic] excluyen el *beau*, que es *institution* (ambos en *italico* en el texto) (111). Pero dicha libertad lingüística no parece aceptarla de parte de ese «Otro» por opinar que: «... resultan frases tan grotescas como esta: «*Madame, toujours at your service*» (98) (en *italico* en el texto). Por el contrario, Eduarda Mansilla traduce del español al inglés: «...hogar (home) (16). Entre estos idiomas que reflejan el nivel lingüístico de la autora, hace un guiño al italiano que dominaba gracias a su estancia en Italia, un hecho confirmado por la prensa como lo presenta al final del trabajo: «los *dilletanti*» (68) (en *italico* en el texto), «describen con *amore* el color de los trajes...» (72) (en *italico* en el texto). Por último, interesantes son los americanismos: «marchantes» por «parroquiano» (RAE y según la nota del editor), «choclos» (96) por «Fruto en espiga densa, con granos muy juntos, de ciertas plantas gramíneas, como el maíz» (RAE).

Como botón de muestra de sus repeticiones en su narración es llamativo el verbo devorar que podríamos adscribir, por una parte, a la evolución del progreso estadounidense que se expande sin límites: «... me alejé en el ferro carril [sic] que devora las distancias y cubre todos los sonidos.» (93) y, por otra parte, al «canibalismo» como característica de una civilización arrasadora o destructora. Lo cierto es que Eduarda Mansilla parece hacer hincapié en el «mundo al revés» descrito según sus experiencias de viaje en Estados Unidos como la descripción sobre las mujeres estadounidenses de apariencia dóciles y refinadas a la hora de comer, pero de espíritu *salvaje*:

Nunca podré olvidar el asombro que me causó en mi primer [sic] comida, en el hotel de Nueva York, ver devorar á [sic] una elegante muchacha de dieciocho años [sic], la mitad de una langosta, chupando hasta las antenas, con una delicia, que con elocuente expresión [sic] se transparentaba en su bellissimo semblante (23).

Recordemos que Eduarda Mansilla formó parte de la *Generación de los 80* y es interesante el léxico de la fantasía y de la magia que usa en varias descripciones como en el espacio de la naturaleza, por ejemplo, con las descripciones floridas de la navegación por el río Hudson que recuerda al mundo modernista introducido por Rubén Darío: «En un vapor por el



estilo de los del Hudson, se navega, durante algunas horas, literalmente entre flores...» (99) y también «Aquellos blancos *cottages* dormidos entre árboles y jardines, que nos enviaban, merced á [sic] la brisa de tierra, sus olorosas emanaciones, recordaban, á [sic] la luz tibia de la luna, fantásticas habitaciones de hadas.» (91). Pero describe también el espacio urbano: «El orden [sic] arquitectónico ... un composito [sic] fantástico, en el cual campea el eclecticismo, no siempre del mejor gusto; pero como conjunto, bello.» (16), «Oro, oro, plata, por todos lados, con fantástica profusión.» (66). Además, se trata de una persona refinada y en su narración aparece una obsesión por la lujuria y la elegancia repitiendo dichas palabras en distintas formas: «*Oh! Sólo en el Sud existe la verdadera elegancia.*» (67) (en *itálico* en el texto); «Notable cultura de maneras, elegancia y riqueza, observé en aquel centro de familias acaudaladas, que formaban el núcleo del *high life* filadelfiano» (68).

Con lo demostrado, entendemos mejor la influencia europea y cosmopolita en su educación privilegiada. Estos rasgos junto con el uso del inglés y neologismos, podemos considerar una manera de distinguirse socialmente.

5.3.4 Con o sin distancia

Con la mirada de hoy, el lector puede acabar entendiendo las reacciones de superioridad de la autora ante ese Otro por su actitud distante y su hablar condescendentemente, pero, por lo contrario, la autora muestra su lado cariñoso con los suyos y semejantes. Sabemos que en *Recuerdos de viaje* habla una mujer educada desde una posición elevada y distante tanto respecto al pueblo argentino como frente a ese Otro estadounidense de la zona pública al que no conoce y que teme por sus diferencias. Su modo de interactuar con ambas culturas parece tramitarse por un intermediario con el cuál instaura su frontera y su distancia. Con los argentinos pasa por medio de su amigo médico Barbosa a quién le dedica su primer relato de viaje debido a su caridad y compasión para «los que sufren» (xxx) y diferente a su categoría. Podría ser interpretado como una actitud superior y distante. Del mismo modo actúa con el Otro de la zona pública estadounidense, en este caso, su obra *Recuerdos de viaje* le permite mostrar su antipatía y desprecio por carecer de criterios estéticos y modales mundanos:

Los Norte americanos no tenían [sic] en esa época gran lujo de carruajes, según [sic] este se entiende en Europa. Sus caballos eran de media raza, por no decir menos [sic], mal enganchados, mal conducidos y con cocheros vestidos sin asomo de elegancia. En cuanto á los coches mismos, dejaban mucho que desear como forma y come *tenue*. Falta en la Union [sic] el elemento

principal, especial, para conseguir ese lujo de equipajes que es el exponente más expresivo del verdadero lujo: la servidumbre (77)

Sin embargo, no existe ningún indicio de distanciamiento entre ella y los intelectuales y aristócratas que sabemos que le alaban y aprecian. Su consideración y empatía van dirigidos a los vulnerables y los antiguos esclavos con reconocimiento por sus capacidades y personalidad: «...vimos llegar una banda de música compuesta de seis artistas negros, que comenzaron a darnos una idea de sus respectivos talentos. ... me fué muy grata, por más que ésto [sic] pueda parecer exagerado» (101). Además, sabemos que su sensibilidad y motivación como escritora va dirigida a incluir a la comunidad de los indios.

5.3.5 Con o sin entusiasmo

Eduarda Mansilla se expresa en ocasiones con apasionamiento y fervor. Por ejemplo, en cierto momento manifiesta su gran regocijo de este modo: «[sic] Qué profusión [sic] de vino excelente y gratis [sic]; ese vino sabroso que recuerda el suelo de la bella, la rica Francia, tierra favorita de la uva!» (4). El denominador común gira no solamente en torno al tema del gusto, sino también al de la estética. De hecho, una vez en Estados Unidos y gozando de vida confortable, su tono narrativo es expresivo: «[sic] Qué lujo de trajes, de galas, el de las damas de Filadelfia!» (68); además, su entusiasmo crece al explicar su admiración con detalles:

Segun [sic] mi apreciación [sic], la mujer Yankee, es una de las más bellas del mundo, hasta los veinticinco años; pasada esa edad, pierde la frescura de la tez y la gracia de las líneas, por el enflaquecimiento: todo lo contrario de lo que ocurre en nuestra raza, donde las mujeres se enfeecen [sic] por exceso de desarrollo (68-69)

Dicho entusiasmo se equipara con su sensibilidad por la educación, la razón de una de sus excursiones temáticas como al caritativo *College Girard* de Filadelfia, lugar que aconseja visitar:

Naturalmente el Girard College, ... fué objeto de una excursión [sic]. Vale la pena de hacerla, y por la primera vez de mi vida, al visitar un establecimiento de ese género, sentí algo parecido al deseo de quedarme allí con mis hijitos. [sic] Qué Parque tan pintoresco, qué salas y comedores tan espaciosos; todo parece allí grande, generoso, fácil, y lo es, debido al pensamiento inteligente y dadivoso de su fundador, que lo dotó con una renta considerable. El Norte [sic] americano sabe ser caritativo mejor que nadie, ... (78).



De igual forma transmite su pasión y admiración por las publicaciones infantiles estadounidenses Appleton:

[sic] Qué preciosidades edita Appleton constantemente en materia de libros infantiles! Los Sajones son los primeros en ese género. Qué lujo de grabados, qué, viñetas alegóricas, qué encuadernaciones doradas con ese relieve único, especialísimo á [sic] la librería [sic] americana! [sic] Y el texto? [sic] Esas *juveniles* de Abbot, Alcott, Marryat, Maylle Reed; interminable pléyade de escritores para la infancia y juventud, que escriben en prosa elegante y sonoros versos.

La mina que se encuentra al entrar á [sic] casa de Appleton, es de tal riqueza, que deslumbra, fascina y abrumba. Parece imposible que el espíritu humano pueda producir tanto. (117)

De forma contraria, Eduarda Mansilla considera sin entusiasmo a personas o situaciones que no reflejan sus valores elitistas, por ejemplo, una vez en el corazón de las cataratas durante su visita, situación inverosímil que le lleva a dudar de cómo interpretarlo:

¿Podré dar una idea de lo que experimenté, al enfrentarme de improviso, en una de las vueltas del camino con aquella masa espumante y atronadora? No lo creo. El temblor que se apoderó de mí al divisarla fué [sic] tal, que tuve que apoyarme pesadamente en dos brazos amigos. (93)

Lancé gemidos angustiosos, que fueron á [sic] perderse en aquel trueno sin fin y un raudal de lágrimas benéficas, alivió por fin mi pecho oprimido... Naturalmente, yo no subí al puente suspendido sobre la catarata, que produce un vértigo á [sic] que pocos viajeros pueden resistir, ... (94)

Además, habla despreciando la emergente atracción turística del circo Barnum en Nueva York cuyo servicio es un timo turístico y espacio desagradable tal como lo describe con adjetivos: «Resonaba una música chillona, estridente y confuso rumor de vocerío ... Era una estafa» (89), «Cuando salí de nuevo al aire libre y contemplé la luz del día [sic], pues aquella sala estaba iluminada con gas, me pareció despertar de una cruel pesadilla» (90).

Son llamativos los momentos cuando no solamente habla sin entusiasmo, sino que demuestra al lector que no le agradan las preguntas sobre la política argentina como ocurrió con el político Sumner: «Mi respuesta no viene aquí a caso; hay cosas que deben decirse fuera de la patria, y callarse en ella» (119). Además, es perpleja al recordar de la diplomacia europea en sus encuentros: «¿Será esta la razón [sic] por la cual, en general, los diplomáticos Europeos [sic] tienen cierta tendencia marcada á [sic] la pomposidad un tanto frívola? Bien pudiera ser....

[sic] Qué malos ratos sufría [sic] en aquel salón [sic] diplomático» (56). Es más, su poco entusiasmo e incomodidad que describe en su calidad de viajera en tren es notable frente a la presencia de los militares que hacen prueba de una diferente ética (43).

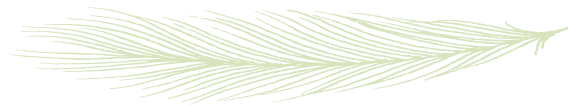
En resumidas cuentas, la narración ofrece un abanico de figuras literarias que permiten varias interpretaciones. Además, a través de la narración notamos el distanciamiento que mantiene Eduarda Mansilla con su pueblo si bien se preocupa por él y es motivo de su relato de viaje, y con ese Otro estadounidense, no hay forma de que muestre una señal de empatía sino es con los nativos, los antiguos esclavos y los huérfanos de guerra. Dicha actitud incomprensible para nuestros ojos de hoy, reflejan aspectos de la sociedad decimonónica y la gran distancia entre las clases acomodadas y los grandes grupos de seres vulnerables.

5.4 Resultados del análisis – Consideraciones finales

«El que se va, no vuelve nunca.
Quien vuelve es otro, otro que es casi el mismo,
pero que no es el mismo» (11).
(Enrique Gómez Carrillo,
«Psicología del viaje» pp. 223)

El resultado de mi análisis me permite cumplir mi objetivo presentado en el inicio de mi trabajo. Hemos presentado a Eduarda Mansilla como una autora argentina y miembro de la *Generación del 80* y también demostrado su implicación en la literatura nacional con *Recuerdos de viaje*. Además, hemos analizado la metáfora del tren en su narración. Esta obra representa el primer relato de viaje argentino con voz femenina publicado en su país. Para entender sus motivaciones literarias, hemos introducido, de forma breve, los efectos de las independencias americanas que retrasaron la llegada del progreso y fortalecieron el espíritu americano mediante la literatura nacional para el proyecto nacional. Pero, el antagonismo entre la América católica y anglosajona surgió por sus ideologías. Por otra parte, con el pasaje de Estados Unidos en país neoimperialista, su modelo utópico inspiró a los liberales argentinos que creyeron en el binomio sarmentino de *civilización-barbarie* para modernizar el país.

Recuerdos de viaje entra en el género viático por su viaje con destino a Estados Unidos en el primer año de la guerra civil en 1861. El género de la literatura de viaje resulta ser flexible



y de amplio registro por ser libre de teorías literarias muy normativas. Eduarda Mansilla cumplió su meta de publicar sus primeras memorias de viaje que representa también un proceso de aprendizaje tanto para ella como para el lector exponiendo diferentes digresiones del país según lo que observó y sintió. Su obra fue un medio para que existiera su voz femenina. Lo logró con una narración elegante, fácil y con formas explícitas e implícitas mediante el empleo de distintas figuras literarias. Entre ellas usó la sátira para revertir el binomio *civilización-barbarie*, la personificación para autoglorificarse y mostrar su gusto estético, pero sin duda, la figura hiperbólica le permitió enfatizar su experiencia de viaje y los rasgos de ese Otro. Al fin y al cabo, *Recuerdos de viaje* representa un «cierre rotundo» (Villanueva 20) para la carrera literaria de la escritora en edad madura, testigo en primera línea del contexto histórico moderno.

Mientras el género autobiográfico es considerado el más valorado e investigado por convencer de su veracidad y ofrecer al lector una riqueza cultural. Este ejercicio narrativo hacia el pasado de la autora pudo significarle una terapia personal para liberarse de su *jaula dorada* y permitirle conocer su propio Yo de antaño mediante una memoria rica en recuerdos y confesiones. Además, el viaje le ayudó a recrearse en sus intercambios con los habitantes del país y con otros viajeros de la época del *Gran Tour* por la Costa Este. El teórico Darío Villanueva establece un *triángulo dialogístico* entre memorias, lector y Yo en ese revivir del pasado, pero otros como Sylvia Molloy y Philippe Lejeune consideran el género autobiográfico una reconstrucción de un Yo del pasado. Tanto el relato viático como la autobiografía se fundamentan en la primera persona, pero sus libertades narrativas no son exentas de ficciones. Nuestro rol de detective, posibilidad establecida por el *pacto autobiográfico* de Philippe Lejeune, nos ha llevado a buscar archivos históricos para distinguir lo verídico de la ficción y también para conocer la repercusión literaria y mediática interesada en la autora, en su talante artístico y vida privilegiada.

Lo más impactante según nuestro análisis de *Recuerdos de viaje*, son los espacios que permiten descubrir distintas facetas de la viajera-escritora. En el privado Eduarda Mansilla habla en un espacio acomodado y seguro donde es reconocida. Su voz autoglorifica su propio Yo y promociona implícitamente sus otras obras literarias que abogan por una cultura autóctona argentina. En cambio, en el espacio público hemos analizado la narradora con mentalidad de superioridad ante ese Otro, descrito como *salvaje* por carecer según lo establecido, de criterios estéticos y de educación. Surge en ese espacio la articulación de la inversión del binomio *civilización-barbarie*, dicotómica visión en favor del desarrollo social de EEUU, suscrita por

Sarmiento y otros escritores de su generación. En este espacio público, me ha interesado analizar su voz en el espacio del tren, símbolo del progreso decimonónico y punto de intersección de los tres espacios analizados. La función del tren no fue solamente el de acercar los pueblos, sino también el panóptico por controlar y regular las vidas de los ciudadanos, además de trazar una línea entre el progreso y las tradiciones. Este panorama nos lleva a pensar en las polémicas fronteras internas de ambos países. Si las nuevas locomotoras representan la innovación ingeniera estadounidense, su descripción metafórica y estética por la autora con el «mata vacas» (62) nos indica implícitamente el punto neurálgico del país debido a su imperialismo en busca de dominio de las Américas. En cambio, del espacio interior de los vagones emana la actitud cosmopolita de la viajera con sus valores democráticos. Hemos demostrado la presencia de un microcosmos donde prevale la libertad por la posibilidad de desplazarse en el espacio interno del tren; la fraternidad por la tolerancia en la cohabitación entre pasajeros a pesar de las incomodidades con los militares, y por la empatía de sus dos hijos con el huérfano; y, por último, la igualdad por la ausencia de clases sociales en los vagones estadounidenses y, según ella, similares a los argentinos de ese entonces y a diferencia de los europeos. Estos valores surgidos de la Ilustración pueden hacernos reflexionar sobre la soñada unión americana sin frontera, libre e igual por la que ya abogó Eduarda Mansilla en sus obras. Su meta era educar a su pueblo, y revestir de dignidad a los pueblos nativos. Al fin y al cabo, tocamos un tema universal y vigente que posiciona a Eduarda Mansilla en precursora de las letras y protectora de los nativos. De hecho, el tren ofrece una multitud de interpretaciones en las artes, y el arte cinematográfico, desde el comienzo de su historia, supo aprovechar al máximo su imagen de icono y puente entre pueblos.

Como sustenta Enrique Gómez Carrillo con su cita en el epígrafe de esta conclusión de mi trabajo, el viaje transforma a la persona que viaja. Una vez de regreso a su comunidad el viajero trae consigo nuevas experiencias, pero también elogios efusivos de ese Otro como hizo la autora con Estados Unidos, por ejemplo, por su naturaleza, su emancipación de la mujer, sus innovaciones que revolucionaron el mundo. Es sin duda una prueba de cómo su primer viaje a Estados Unidos cambió su mirada inicial y algunos de sus prejuicios. Todo indica que Eduarda Mansilla fue una mujer valiente, capaz de inspirar a otras escritoras y también a escritores como su hermano, Lucio Mansilla quien fue referente en el género viático y defensor también de la cultura argentina. *Recuerdos de viaje* cumple con las características del relato de viaje y del autobiográfico. Contribuye a las letras hispanoamericanas por sus valores culturales y democráticos del mismo modo que las aportaciones de los descendientes de la autora e



investigadores como, por ejemplo, Sylvia Molloy, María Lojo y Marina L. Guidotti, quienes rescatan el patrimonio literario hispanoamericano del siglo XIX. Con nuestra dedicación esperamos haber ayudado también a aportar un grano de arena en este empeño colectivo con el fin de alumbrar más a una de las más influyentes escritoras argentinas decimonónicas.

Bibliografía

- Asiain Ansorena, Alfredo. «La ilusión de referencialidad e la confesión autobiográfica: Juan Gil-Albert». José Romera y Alicia Yllera et al. *Escritura autobiográfica*. Visor Libros. Madrid 1993.
- Adams Percy, *Travellers and Travel Liars 1660-1800*, Berkeley, University of California Press, 1962 (92).
- Alburquerque-García, Luis. «El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género». *Revista de Literatura*, 2012, enero-junio, vol. LXXIII, no. 145, pp. 15-34.
- Alvarado Larroucau, Carlos. «Eduarda Mansilla y Victor Hugo: un breve intercambio epistolar marcando los inicios de la literatura francófona de Argentina». *Çédille*, revista de estudios franceses, 10. 2014. pp 21-33. Fecha de acceso: 11 junio de 2020. <https://cedille.webs.ull.es/10/02alvarado.pdf>
- Batticuore, Graciela. «Itinerarios culturales. Dos modelos de mujer intelectual en la Argentina del siglo XIX». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 22, No. 43/44 (1996), pp. 163-180. Centro de Estudios Literarios «Antonio Cornejo Polar»-CELACP.
- Belloï Livio. «La perception ferroviaire». *Decadrages. Cinéma, à travers champs*. pp. 70-83. 2005.
- Bridge, Roy. *Exploration and Travel Outside Europe (1720–1914)*. Citado en Hulme Peter y Tim Youngs. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge University Press, 2002. pp. 53–69.
- Bueno García Este, Antonio. «Influencia de los espacios cerrados en la escritura del yo». Citado en Romera, José et al. *Escritura autobiográfica*. pp. 119-125.
- Buzard, James. *The Grand Tour and after (1660–1840)*. Citado en Hulme Peter y Tim Youngs. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge University Press, 2002. pp. 37- 52.
- Bruno, Paula. «La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual». *Anuario IEHS* 24, 2009, pp. 339-368. Fecha de acceso: 1 junio de 2020. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/154428.pdf>.
- Caballé Masforoll, Anna. »La autobiografía en el siglo XXI: entre el yo y el Yo». citado en *Aproximaciones a la escritura autobiográfica.*: De la vida de los otros a la vida de los nuestros. Publica Crítica 8. BONART. 2016. Edición de Kindle. Ebook.
- Caparrós, José Doninguez. «Algunas ideas de Batjín sobre la autobiografía». U.N.E.D. Madrid.



- Chevalier, Jean. *Diccionario de los símbolos*. Herder. 1986. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
<http://www.archetipos.com/wp-content/uploads/2018/10/diccionario-de-los-simbolos-jean-chevalier-ilovepdf-compressed.pdf>
- Comellas Aguirrezábal Mercedes. Viaje y aprendizaje. Del grand tour dieciochesco al viaje romántico. Citado en Navarro Domínguez, Eloy. *Imagen del mundo: seis estudios sobre literatura de viajes*. Universidad de Huelva. 2013. pp 80- 94.
- Coy, Juan José. Mark Twain, o el sentimiento trágico del humor. Universitat de València. 2010. pp. 21-44.
- Colombi, Beatriz. *Cosmópolis. Del flâneur al globe-trotteur*. Eterna Cadencia, 2010.
- *Viajes y desplazamientos en el fin de siglo*. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires, 2002.
- Depretis, Carolina. *La Escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. Universidad Autónoma de México, 2007. pp. 71-97. Fecha de acceso: 8 de junio de 2020.
https://www.researchgate.net/publication/339750085_La_escritura_de_los_viajes_Del_diario_cartografico_a_la_literatura
- Estébanez Calderon, Demetrio. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza, 1996.
- Errázuriz, Rebeca. «Sarmiento y Martí en los EE.UU.: imaginarios de la modernidad.» *Universum*, vol. 23, no. 1, 2008, pp. 40–65.
- Ferrús Antón, Beatriz. *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas*. Universitat de València. Biblioteca Javier Coy d'Estudis Nord-Americans, 2011.
- Frisby, David. «Para Analizar la Modernidad.» *Guaragua*, vol. 5, no. 12, 2001, pp. 91–104. JSTOR. Fecha de acceso: 8 de junio de 2020.
www.jstor.org/stable/25596209.
- Fuentes Medina, Aída. «Autobiografía: infancia, memoria y olvido desde una perspectiva filosófica». *Universidade do Estado do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro, v.14, n. 31. 2018, pp. 659-670
- García Gual, Carlos. «Heródoto, el historiador viajero». *National Geographic España*. 2018. Fecha de acceso: 8 de junio de 2020.
https://historia.nationalgeographic.com.es/a/herodoto-historiador-viajero_11890/13
- Gannier, Odile. *La littérature de voyage*. Ellipses. 2016.

- Gasquet, Axel. *Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes*. Lucena Giraldo, Manuel y Juan Pimentel. *Diez estudios sobre la literatura de viajes*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de la lengua española. Madrid. 2006. pp. 29-66
- Gernstner, Laura Oliva. «La «Idea de Argentina»: Conciencias Territoriales e Invención del Espacio Nacional Argentino, Siglos XIX y XX». Universitat de Barcelona. Tesis doctoral, 2012.
- Goethe, Johann Wolfgang Von. *Goethes Poetische Werke: vollständige Ausgabe Zehnter Band. Autobiographische Schriften: dritter Teil. Briefe aus der Schweiz 1797*. Zweite Abteilung. J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger. Stuttgart Gegründet 1659.
- Gómez Carrillo, Enrique. «Psicología del viaje». Citado en Alvarado Tenorio, Harold. *Literaturas de América Latina*. Vol. 2. pp. 223. Acceso: 11 de junio del 2020. <https://archive.org/details/literaturasdeame00alva/page/222/mode/2up>
- Greenhill, Ralph. *Engineer's Witness*. 1985. Archive.org. Acceso: 11 de junio del 2020. https://archive.org/details/engineerswitness0000gree_f6v0/page/52/mode/2up
- Guidotti, Marina L. *Escritos periodísticos completos (1860-1982)*. Ediciones Académicas de Literatura Argentina Siglos XIX y XX). Buenos Aires: Corregidor. 752 pp.
- Hernández, Francisco Javier. *Stendhal: la autobiografía perpetua*. Romera, José et al. Escritura autobiográfica. pp.47-57
- Hulme, Peter y Tim Youngs. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge University Press, 2002. pp.1-13, pp. 53-86
- Kuntz Ficker, Sandra. *Historia mínima de la expansión ferroviaria en América Latina. Historia Mexicana*. El Colegio de México, A.C. Edición de Kindle, 2017. Ebook.
- Larraín, Jorge. «La Trayectoria latinoamericana a la Modernidad». Proyecto FONDECYT N° 1960050. Estudios Públicos, 66, 1997.
- Le Huenen, Roland. *Le récit de voyage au prisme de la littérature*. Presse de l'Université Paris-Sorbonne, 2015.
- Lewis, Colin M. *British Railways in Argentina 1857-1914: A Case Study of Foreign Investment*. Bloomsbury Publishing PLC, 1983. pp. 1-20.
- Lojo, María Rosa. ««Se cumplen 150 años de la aparición de «Una excursión a los indios ranqueles»». Página 12. 2020. Acceso: 11 de junio del 2020. <https://www.pagina12.com.ar/261223-se-cumplen-150-anos-de-la-aparicion-de-una-excursion-a-los-i>



- «La Literatura Argentina del siglo XIX, objeto de la Crítica y materia de la ficción». *Cuadernos De Literatura*, Vol. 19, n.º 37, Dec. 2014, pp. 285-12, Acceso: 11 de junio del 2020.
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/11889>
- «Cautivas, inmigrantes, viajeros, en la narrativa de Eduarda Mansilla». 2007. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
http://letras.uc.cl/LETRAS/html/6_publicaciones/pdf_revistas/taller/tl41_9.pdf
- «Eduarda Mansilla». Dossier. Escritoras argentinas del siglo XIX. *Cuadernos hispanoamericanos*. Agencia española de cooperación internacional. N. 639. 2003.
- Loureiro, Ángel G. «Direcciones en la teoría de la autobiografía». Citado en Romera, José et al. *Escritura autobiográfica*. pp.34-46.
- Lucena Giraldo, Manuel y Juan Pimentel. «Diez estudios sobre la literatura de viajes». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de la lengua española. Madrid. 2006. pp. 89-106.
- Mansilla, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Stockcero. 2006.
- Marín Guzmán, Roberto. «La Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto y la expansión de Estados Unidos sobre América Latina: El caso de México». *Revista Estudios*, 1982. n. 4, pp. 117-141.
- Martin, Albro. *Railroad Triumphant: The Growth, Rejection, and Rebirth of a Vital American Force*. Oxford University Press. 1992. 428 pp.
- Marín, Gioconda. «Revista Literaria (Buenos Aires, 1879), Una ignorada publicación del Modernismo argentino.» *Revista Iberoamericana*, vol. 55, no. 146-147, 1989, pp. 63–88.
- Matusitz, Jonathan. «The Impact of the Railroad on American Society: A Communication Perspective of Technology». *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, Universidad de La Laguna. vol. 7, nº. 3, 2009, pp. 45-460.
- Mélon, Marc-Emmanuel. «Le voyage en train et en images. Une expérience photographique de la discontinuité et de la fragmentation». Université de Liège. *Actes du colloque de Montréal*, Centre Jacques Cartier, Cinémathèque québécoise, Lausanne, Ed. Payot, coll. «Cinéma», 2002, pp. 47-68.
- Miseres, Vanesa. *Mujeres en tránsito*. North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures. Universidad de Norte Carolina, 2017. Edición de Kindle. Ebook.
- Molloy, Sylvia. *Acto de Presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. El Colegio de México. Fondo de cultura económica. México. 2001.

- Misraje, María Gabriela. *Pablo o la vida en las pampas. Eduarda Mansilla de García*. Ediciones Colihue. Colecciones Los Raros n° 13 Biblioteca Nacional. 2007. Pp 43-53.
- Navarro Domínguez, Eloy. *Imagen del mundo: seis estudios sobre literatura de viajes*. Universidad de Huelva. 2013.
- Néspolo, Jimena. «Passcode: Viajeras. Género, fuga y frontera en la literatura argentina». Universidad de Buenos Aires, Conicet Edizioni Ca'Foscari. Digital Publishing. 2018. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
<https://edizionicafoscari.unive.it/media/pdf/books/978-88-6969-288-8/978-88-6969-288-8.pdf>
- Ortiz Hernán, Sergio. «El ferrocarril en la literatura y el arte cinematográfico». 1999. Fecha de acceso: 8 de junio del 2020.
<http://www.docutren.com/HistoriaFerroviaria/Alicante1998/pdf/77.pdf>. Revisado...
- Palacio de Oteyaza, Vicente. «Tocqueville no pasó por España». *El País* 2005. Fecha de acceso: 8 de junio del 2020.
https://elpais.com/diario/2005/05/16/opinion/1116194409_850215.html
- Paatz, Annette. «La novela en Argentina y Chile como contradiscurso (post)colonial». *Escribiendo la independencia: Perspectivas postcoloniales sobre la literatura hispanoamericana del siglo XIX*. Iberoamericana Vervuert. 2010.
- Paz Trueba de, Yolanda. «Las mujeres en el espacio público a fines del siglo XIX y principios del XX: un camino alternativo para garantizar el orden». *Revista historiopolitica.com*. 2009. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/paztrueba.pdf>
- Peñate Rivero, Julio. «Para una historia del relato de viaje hispánico (siglos XIX-XXI): noticia de una investigación en marcha». *Versants*, revista suiza de literaturas románicas. n° 3, 2016, pp. 185-202. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
<https://www.e-periodica.ch/cntmng?pid=ver-001:2016:63::731>.
- «La poética del relato de viaje entre la Edad Media y el siglo XXI». *Letras*, 2015, enero-junio, no 71 - pp. 41-62
- «La poética del relato de viaje entre la Edad Media y el siglo XXI». *Letras*, 2015, enero-junio, n° 71- pp. 41-62. Universidad de Friburgo, Suiza.
- Pimentel, Luz Aurora. «Memoria, olvido y ficción en la escritura autobiográfica». citado en *Aproximaciones a la escritura autobiográfica.:* De la vida de los otros a la vida de los nuestros. Publica Crítica 8. BONART. 2016. Edición de Kindle. Ebook.



- Porter, Glenn. «Los ferrocarriles en los Estados Unidos: mitos y realidades». 1999. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020
<http://www.docutren.com/HistoriaFerroviaria/Alicante1998/pdf/4.pdf>.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viaje y transculturación*. Fondo de Cultura Económico. México, 2010. Pp 268-316
- Prieto, Gonzalo. *Baedeker y Murray: las primeras guías modernas de viaje*. 2017. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
<https://www.geografiainfinita.com/2017/07/las-primeras-guias-modernas-de-viaje/>
- Regazzoni, Susanna. *Antología de escritoras hispanoamericanas del siglo XX*. Cátedra. Letras Hispánicas, 2012.
- Roma García, Miriam. «Protofeminismo y masonería, factores influyentes en la España Contemporánea (1868-1900).» *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña*, 9 n. 2. 2018. pp 130-151. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.
<https://www.scielo.sa.cr/pdf/rehmlac/v9n2/1659-4223-rehmlac-9-02-133.pdf>
- Romera, José y Alicia Yllera et al. *Escritura autobiográfica*. Visor Libros. Madrid 1993.
- Ros Cherta, Juan. «Individuo y ciudadano: La cuestión del sujeto en la democracia en América de A. de Tocqueville.» *Arbor*, 2011. Fecha de acceso: 26 jul. 2019
- Salerno, Elena. «Los ferrocarriles del estado, conectividad y política en la Argentina». Universidad Nacional de Luján, Argentina. *Transportes, Servicios y Telecomunicación*, nr. 3-4, 2002.
- Sánchez, Santiago Javier. «Sociabilidades porteñas e identidad de clase: tertulias, salones y comercios en la Literatura memorialista de Buenos Aires.» *Decimonónica*. Vol. 12, num. 2, summer/verano 2015.
- Sanhueza, Carlos. «Una experiencia de modernidad: viajeros latinoamericanos en los EE.UU. Siglo XIX». *Anuario de Historia de America Latina*, 2013.
- Scatena Franco, Stella Maris. (2008). Una dama argentina em terras yankees: os Recuerdos de viaje, de Eduarda Mansilla. *Revista Estudos Feministas*, 16(3), pp. 1073-1092. Fecha de acceso: 8 de junio del 2020.
<https://dx.doi.org/10.1590/S0104-026X2008000300023>
- Schivelbusch, Wolfgang. *The Railway Journey: the Industrialization of Time and Space in the 19th Century*. 1977. University of California Press, 2014.
- Shkatulo, Olena. »Nation, Gender, and Beyond in Mansilla's *Recuerdos de viaje*«. 2017. *Revista de investigación ibérica y latinoamerica*. pp. 62-74. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020.

<https://www-tandfonline-com.pva.uib.no/doi/full/10.1080/13260219.2017.1308000>

Spicer-Escalante, J.P. «En su «Cualidad de viajera distinguida»: la constitución de una voz femenina del viaje en *Recuerdos de viaje* (1882) de Eduarda Mansilla de García». Prólogo en *Recuerdos de viaje*. Stockcero. 2006.

--- «Extraterritorialidad y transculturación «Recuerdos de viaje» de Eduarda Mansilla» (1882). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011. Fecha de acceso: 8 de junio del 2020. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/extraterritorialidad-y-transculturacion-recuerdos-de-un-viaje-de-eduarda-mansilla-1882/html/eda11344-a0fe-11e1-b1fb-00163ebf5e63_3.html

Spellen, Susanne. «Past and Present: The Clarendon Hotel». Brownstoner. 2014. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.

<https://www.brownstoner.com/history/past-and-present-the-clarendon-hotel/>

Treviño García, Blanca Estela. *Aproximaciones a la escritura autobiográfica.: De la vida de los otros a la vida de los nuestros*. Publica Crítica 8. BONART. 2016. Edición de Kindle. Ebook.

Topalov, Christian. «Las políticas estatales de equipamientos colectivos. Reflexiones sobre el nacimiento de la vivienda pública en Francia e Inglaterra». Editorial Oficina del Libro del C.E.D.A, 2001.

Tocqueville, Alexis. *La democracia en América*. Versión de 1985. Fecha de acceso: 10 junio 2020. http://www.terras.edu.ar/biblioteca/10/FP_Tocqueville_2_Unidad_4.pdf.

Todorov, Tzvetvan. *Nosotros y los otros: reflexiones sobre la diversidad humana*. Siglo XXI 1991. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020
https://iidypca.homestead.com/FundamentosAntropologia/TODOROV_Nosotros_y_los_otros-1.pdf

Vaquera, María Luisa Calero. «Sintaxis y Gramática Escolar En La España Del Siglo XIX: Su Proyección En Hispanoamérica.» En: C. Assunção, G. Fernandes y M. Loureiro (eds.), *Ideias Linguísticas na Península Ibérica (séc. XIV a séc. XIX)*. Nodus Publikationen, Münster, 2010, vol. I.

Villanueva, Darío. «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía» 1993. Citado en Romera, José et al. *Escritura autobiográfica*. pp. 15-31

Widman-Miguel, Enrique F. «30 de agosto: Día del Ferrocarril en Argentina» IberInfo Buenos Aires. 2017. Fecha de acceso: 11 de junio del 2020
<https://iberinfonticias.wixsite.com/buenos-aires/single-post/2017/08/29/30-de-agosto-D%C3%ADa-del-Ferrocarril-en-Argentina>



Wolmar, Christian. *The Great Railroad Revolution: The History of Trains in America*. PublicAffairs New York, 2012. 396 pp.

Yuln, Melina. «Una historia de fronteras. El territorio y los relatos culturales de la frontera en la instrucción nacional de Argentina, Brasil y Estados Unidos». 2010. Fecha de acceso: 8 de junio de 2020.

https://scholar.google.es/scholar?hl=es&as_sdt=0%2C5&q=Yuln%2C+Melina.+Una+Historia+de+Fronteras.+El+territorio+y+los+relatos+culturales+de+la++frontera+en+la+instrucción+nacional+de+Argentina%2C+Brasil+y+Estados+Unidos.+2010&btnG=

Zamorano Farías, Raúl. «Modernidad, sociedad y constitucionalismo en América Latina». *Cuestiones Constitucionales*, no. 19, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. 237-282.

Zusman, Perla Brígida. «Paisajes en movimiento. El viaje de Sarmiento a los Estados Unidos (1847); Landscapes in Movement. The Travel of Sarmiento to the United States (1847).» *Scripta Nova: Revista Electrónica De Geografía y Ciencias Sociales*, vol. 10, 2006, pp. Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales, 2006, vol. 10.

Web

Autorretrato de «San Jerónimo en su estudio» de Alberto Durero. Museo del Prado. Madrid. Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <https://www.museodelprado.es/coleccion/obras-de-arte?search=durero,%20alberto&ordenarPor=pm:relevance>

Blog «Eduarda Mansilla». Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <http://www.eduardamansilla.com>

--- «Victor Hugo le escribe a Eduarda Mansilla de García». 2016. Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <http://www.eduardamansilla.com/2016/06/victor-hugo-le-escribe-eduarda-mansilla.html>

Blog «Los garcia-mansilla». Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <http://www.losgarcia-mansilla.com>

Centre de recherche sur la littérature des Voyages. Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <http://www.crlv.org>

Definición axiología. Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <https://definicion.mx/axiologia/>

Etimología de la palabra «turismo». Equipo editorial. 2018. Fecha de acceso: 11 de junio 2020. <https://etimologia.com/turismo/>

--- Entorno turístico. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
<https://www.entornoturistico.com/etimologia-del-turismo-origen-palabra-turismo/>.

Gráfico Línea temporal de las publicaciones de las obras de Eduarda Mansilla. WorldCat identities. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
<http://worldcat.org/identities/lccn-n89671522/>

Memoria Chilena. El ferrocarril de Valparaíso a Santiago. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
<https://web.archive.org/web/20080502004710/http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/dest.asp?id=henrymeiggs>

Norway-Heritage. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
http://www.norwayheritage.com/p_ship.asp?sh=afrib

La imagen de «San Jerónimo en su estudio» de Alberto Durero.
<http://www.luzyartes.com/2012/08/san-jeronimo-en-su-estudio-de-alberto.html>.

RAE. Diccionario de la Real Academia. Fecha de acceso: 11 de junio 2020.
<https://www.rae.es>



Anexo - Introducción

En este apartado presento un resumen de la repercusión de Eduarda Mansilla en el mundo literario de la época. Por otra parte, si bien *Recuerdos de viaje* trata del primer viaje de Eduarda Mansilla a Estados Unidos en 1861, los artículos de los que dispongo datan de su segundo viaje a Estados Unidos a partir de 1868 al no haber encontrado algún artículo de su primer viaje.

A continuación, quiero compartir la amable colaboración del tataranieta Manuel Rafael García-Mansilla quien me envió cuatro artículos acerca de la repercusión de la autora en la prensa estadounidense de ese entonces. El lector viene a saber de la sociabilidad de la autora en Washington en su segundo viaje a Estados Unidos de 1868 a 1872.

En el artículo 1 del periódico *The National Republican de Washington* del 6 de agosto de 1869 se trata de un concierto organizado por el esposo, Manuel Rafael García Aguirre, a beneficio de la iglesia católica de Bath donde Eduarda Mansilla cantó la balada «Beware». El cronista destaca que no existe nadie igual a esta dama en los Estados Unidos y aprovecha para resaltar su belleza hispana. El artículo 2 proviene del periódico *The Wheeling Daily Intelligencer* del 1 de febrero de 1870 del Estado de Washington y comenta la recepción brindada al Príncipe Arthur en Washington DC, ocasión en la cuál Eduarda Mansilla actuó con su música. Según el cronista el vestido de satín de Eduarda Mansilla fue el más hermoso o tal vez uno de los más bonitos, pero lo llamativo fue su elegancia no solamente destacado por las mujeres, sino también por un caballero que se alegró con el escote de Eduarda Mansilla. El artículo 3, publicado el 16 de marzo de 1870 en el periódico estadounidense *Nashville Union and American*, nos ofrece un retrato de Eduarda Mansilla poliglota, sociable y talentosa cantante. Subrayan su relación con la diplomacia de su vínculo familiar con Rosas. Además, confirma su mudanza de Francia a Estados Unidos y su obra escrita en francés «Pablo...». Pero, lo interesante en dicho artículo puede que sea la observación de un lector extranjero que comparó la autora a Minerva, la diosa de la sabiduría de los romanos, o Atenea para los griegos. Nos hemos inspirado en este texto en nuestra interpretación en el párrafo «Función educadora» de Eduarda Mansilla en *civilizadora de los hombres* a través de la metáfora de la «araña» (62). Por último, el artículo 4 apareció en el periódico *The Evening Star* de Washington del 15 de enero 1872 y destaca sus encuentros exclusivos de los sábados con las distintas delegaciones descritas con el epíteto «la crème de la crème».

En cuanto a los periódicos argentinos no pude obtener copias de los archivos de Buenos Aires debido a la pandemia; además, el cierre momentáneo de los museos me ha impedido recibir asistencia por otros archivos. De todos modos, la publicación de Marina L. Guidotti, quien lanzó su obra *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* (2015) sobre el período periodístico de la escritora argentina, nos otorga también valiosas aportaciones del periódico *El Nacional*. Cortésmente me facilitó su copia para usarla en el presente trabajo. Escogí cinco columnas, artículos de 5 a 9, dos que trata de la autora y tres de la crítica de *Recuerdos de viaje*.

El artículo 5 con fecha del sábado 13 de noviembre de 1880, muestra las consideraciones que hace un cotidiano extranjero que nombra a Eduarda Mansilla como «madame [sic] de Stael [sic] argentina», y recomienda a los lectores sus obras por los elegantes temas tratados como las últimas tendencias y la información cultural sobre la flora. El artículo 6, del miércoles 29 de noviembre de 1882, muestra la faceta filantrópica de Eduarda Mansilla junto a otras generosas burguesas, en un evento organizado por las «Damas de la Misericordia». El artículo 7, con fecha del 21 de diciembre de 1882, trata de la petición de un lector para promover la nueva publicación de Eduarda Mansilla, considerada como una renombrada letrada apreciada por su pueblo. El cronista hace hincapié a la dedicatoria «al inteligente médico homeópata Barbosa» y la placentera lectura que ofrece la autora con varios puntos de vista sobre Estados Unidos y su modernización que se expande por el mundo. El artículo 8 data del 28 de noviembre de 1882 y divulga la aparición del relato de viaje y alaba el esfuerzo y capacidad literaria de la viajera-escritora. Además, propone que dicha obra sea objeto de regalo. El artículo 9 con fecha del 13 de abril de 1883, anuncia la amistad que tuvo con el Conde de París quién le agradece por haber narrado en el relato el encuentro que tuvieron en Washington. De paso, desvela al lector que «Madame Lisboa» (56) de la Delegación brasileña, citada por la autora en la obra, es ficticia: «aquel excelente Lisboa, que no existe». Al final, se alegra de saber de la intención de la escritora de publicar otros dos tomos; y afirma que él también publicará un libro, pero sobre la «guerra Civil Americana» (Artículo 9).

A continuación, quisiera facilitar a los lectores del presente trabajo algunos artículos europeos copiados de la *Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España*, del número 10 al 16. Los dos primeros fueron publicados en París el 30 noviembre de 1873 en la misma revista semanal franco-español *EL AMERICANO*. Por una parte, el artículo 10, trata de una carta escrita por Eduarda Mansilla y publicada en *EL AMERICANO* de París en 1873, cuya diagramación es paradójica por no tener nada que ver con el texto, enmarcado en dos páginas,



con un grabado de un tren que pasa por una espectacular construcción de ingeniería y que ocupa todo el espacio (Ilustración 17). El respectivo y breve artículo sobre el tren, artículo 11, precede a la larga carta de Eduarda Mansilla y entendemos que, si bien ambos artículos no concuerdan directamente con el relato que nos ocupa, podemos establecer una analogía entre la modernización estadounidense y la hispanoamericana, similar al espacio turístico en *Recuerdos de viaje*. Dicho grabado presenta el viaducto del camino de hierro de Lima a la Oroya construido por Meiggs⁶⁸, cuyo logro de ingeniería ferroviaria americana es considerado único en el mundo y, consecuentemente, superior a la calidad europea. Desafortunadamente, ignoramos la opinión de Eduarda Mansilla acerca del artículo, pero el simple hecho de que el periódico no distinguiera entre Estados Unidos y el resto del continente americano y que se incorporara en la carta de la autora argentina, nos otorga la libertad de establecer la analogía de la incursión de la modernización sin fronteras con el fin de acabar con la imagen del «mundo al revés» e instaurar tal vez un deseo de homogeneidad en las Américas sin la subordinación del mundo al sur de Río Bravo.

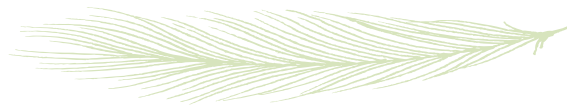
Quisiera aportar otros artículos de la crítica finisecular. Ante todo, el *Album Iberoamericano* del 7 de agosto de 1892, nos ofrece un retrato de Eduarda Mansilla como parte de las «escritoras americanas del siglo XIX» y reconocida por ser una «distinguida literata» y casada con el «diplomático argentino Manuel R. García» (Artículo 12). Además, el periódico *Crónica hispano-americana* [sic] del 28 de diciembre 1882 dedica un largo artículo a la biografía y el recorrido profesional de Eduarda Mansilla considerada como una de las «mujeres célebres de amélicas» (Artículo 13). Llama la atención que detrás del reconocimiento de la autora, si bien «distinguida», se hace hincapié en su estado civil sin separar su espacio literario y privado, lo que demuestra la subordinación de la mujer no obstante sus logros literarios.

El periódico *La Iberia* del 22 de julio de 1892 trata de «Una reclamación importante» (Artículo 14) de las buenas relaciones entre España y Argentina y, de la petición de un general español, antiguo presidente del Senado, que pide al Gobierno argentino poder recibir las tierras que le pertenecen por herencia en la provincia de Córdoba. Lo interesante es que el lector viene a saber de la relación familiar y la amistad con Eduarda Mansilla a la cuál le pide ayuda en su proceso de petición.

⁶⁸ Ingeniero estadounidense (Memoria Chilena: web)

En cambio, en el artículo 15, «Ecos de todas partes» publicado en la «Hoja literaria de los lunes» de *LA ÉPOCA* del 19 de diciembre de 1891, hace hincapié a la exitosa obra de teatro *Marquesa de Altamira* de Eduarda Mansilla, pieza que le brindó éxito a la autora y ofreció al público un nuevo estilo teatral a las obras maestras del Siglo de Oro español. El artículo 16 «La semana en el cartel», publicado en la *Ilustración artística* el 8 de enero de 1882, presenta una breve reseña de la obra de teatro de la autora argentina *La Marquesa de Altamira* que fue bien recibida por el público.

En fin, existen muchos otros artículos disponibles sobre la temática expuesta, aunque me hubiese gustado haber encontrado algún artículo relacionado con *Recuerdos de viaje*. Lo cierto es que Eduarda Mansilla formó parte del mundo literario internacional y supo hacerse valer como escritora por autores reconocidos y por la prensa internacional, la que le reservó elogios por su talante literario y su personalidad.



Artículos periódicos concedido por Manuel Rafael García-Mansilla

Artículo 1: *The National Republican de Washington* del 6 de agosto de 1869. Chronicling America: Historic American Newspapers. Lib. of Congress. Fuente: Manuel García-Mansilla

Artículo 2: *The Wheeling daily intelligencer* del 1 de febrero del 1870. Chronicling America: Historic American Newspapers. Lib. of Congress. Fuente: Manuel García-Mansilla

Artículo 3: *Nashville Union and American* del 16 de marzo de 1870. Chronicling America: Historic American Newspapers. Lib. of Congress. Fuente: Manuel García-Mansilla.

Artículo 4: *The Evening Star* de Washington del 15 de enero 1872. Chronicling America: Historic American Newspapers. Lib. of Congress. Fuente: Manuel García-Mansilla

Artículo 1: *The National Republican de Washington* del 6 de agosto de 1869. Fuente: Manuel García-Mansilla. Acceso: 11 de junio 2020.

<https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn86053571/1869-08-06/ed-1/seq-2/>

The platform for the amateur performers was arranged in the centre of the hall, where appropriate stands for the *chanteurs* were also arranged. The repertoire was of the choicest ballads and operatic pieces, including some by Flotow, Gabussi, Rossini, Curschmann and Graham. There were also several duettes on the piano, one of which was played by the ~~lady~~ ^{lady} from Baltimore, who vies with Miss Webb for the palm of beauty at the springs, and M. de Merolla, whilom charge d'affaires under the King of Naples. This gentleman was also the musical director of the concert, and acquitted himself of his role with great credit. But the crowning point of the occasion was Longfellow's ballad "Beware" as sung by Madame Garcia, wife of Senior Garcia. For richness and flexibility of voice, power of execution and correctness, I do not believe this lady has an equal in the United States, begging Madame Parepa's pardon, whose great admirer I am. That part of the ballad where Mlle. Garcia pronounces the words "She is fooling thee," is especially powerful. None but as perfect an artist could render it with equal effect.

Madame Garcia, it may be interesting to know, is an authoress of some repute. Whilst residing with her husband at Paris, where he was accredited in a representative capacity for eight years, she wrote two books which attracted great attention; one in French, "Life in the Pampas," and the other in Spanish, "El Medico de San Luis." Her "Life in the Pampas" is now being translated into English. She is a perfect type of a Spanish beauty, with all the graces of that people, spirited, warm-hearted and pleasing. I understand she is about to return to your city, where Senor Garcia has rented a fine house on I street, which he expects to furnish completely from Paris.

Artículo 2: *The Wheeling Daily Intelligencer* del 1 de febrero del 1870. Fuente: Manuel García-Mansilla. Acceso: 11 de junio 2020.

<https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn84026844/1870-02-01/ed-1/seq-3/>

The evening passed off most agreeably, being enlivened by music from Madame Garcia and Blacque Bey, as well as by lively conversation. The dressing was of course most elegant, and the Prince's dress was the usual evening dress of a gentleman, minus the gloves as aforesaid, and plus the orders on his breast. Several of the foreign Ministers, whose countries have distinctive costumes, wore them. Of course that of Blacque Bey was most conspicuous and probably the most uncomfortable, for when a lady said to him, "How pretty your little cap is, and how becoming" he replied: "I wish I could give it to you, since you admire it, for it is not a pleasant thing to wear, but our religion obliges us to do so." Among the ladies, Madame Garcia's dress was perhaps the most beautiful. It was of white satin, with an overdress of illusion, so exquisitely arranged as to make her toilette very remarkable, though the corsage was worn so very low as to occasion one distinguished gentleman to remark, in reply to a lady's note of admiration for her dress, "Oh yes, it is very pretty, what there is of it."



Artículo 3: *Nashville Union and American* del 16 de marzo de 1870. Fuente: Manuel García-Mansilla. Acceso: 11 de junio 2020.

<https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn85033699/1870-03-16/ed-1/seq-1/>

MADAME GARCIA.

Madame Garcia, wife of the Minister from the Argentine Confederation, is, perhaps, better known than any other of the foreign ladies. She speaks English and several other languages besides her own, and is noted for her vivacity in conversation and her abilities as a musician. Says a foreign gentleman, in speaking of her, "Venus has little to do with her, but Minerva very much. She weighs her 160 pounds and is not tall." She is not altogether void of personal attractions, however, for she has fine eyes, and a complexion which is very fair for one who has such dark hair. Her great beauty is her plump white neck and shoulders. Madame Garcia is a diplomatist of no mean ability. She has used her social advantage well this winter and has entertained handsomely, and welcomed all who have called on her reception days with great cordiality. But she is not to be celebrated for meekness, and on occasions can display somewhat of the fire essential to a woman of spirit. Her uncle Rosas, once the Dictator of Buenos Ayres, was one of the most remarkable men of his day. He was for a long time the leading man of South America, "but was not noted for his lamb like qualities," says some one in speaking of him; "he killed a good many people."

Madame Garcia lived in Paris before coming to Washington, where her husband was First Secretary of Legation in connection with the mission from his own country. She has written a novel in French, called "Love in the Pampas," and it was in regard to its translation into English that she had some difficulty with a lady, to cover which the Lopez story was devised.

Artículo 4: *The Evening Star* de Washington del 15 de enero 1872. Fuente: Manuel García-Mansilla. Acceso: 11 de junio 2020.

<https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83045462/1872-01-15/ed-1/seq-1/>

Society.

The number of receptions held on Saturday is small, but on no day, except Friday, are there more people to be seen going hither and thither about the streets. The large numbers who are quarantined on Wednesday and Thursday are then at liberty to see how things are managed in other fashionable houses. The lively array of carriages, liveries, and elegantly dressed ladies is not confined to one quarter or locality, but is to be seen all over the city.

— In spite of the glowing accounts given of Mrs Stockton's receptions on Thursdays, she has not received since New Year's Day, for she enjoys, as she says, other receptions too much to stay at home a single day; but there is a promise of something very delightful at her house before long.

— Madam Garcia's Saturday receptions are very brilliant, and there one meets the *crème de la crème* of the different legations. Madam Garcia is a magnificent woman, with courtly manners, a perfect command of the English language, great vivacity and piquancy. She is now wearing black, but looks as well in it as if it were the gayest attire. Miss Garcia is very young, and has not made her debut yet, though she assists her mother in entertaining. She inherits beauty from both parents. She is a remarkable linguist, speaking five languages. At one time on Saturday there were in Madam Garcia's parlor the Spanish Minister and Madam Roberts, Count Arco, and Count Von Arnim, attaches of the German Legation; Baron Lederer, Mr. Godoy, the Chilian Minister, Mr. and Mrs. Carl Schurz, and Miss Schurz, Mrs. and Miss Banks, besides others whose names we cannot recall.

— The Postmaster General and Mrs. Creswell have issued cards for two receptions—Monday evening, January 22, and Tuesday, Feb. 6.

— The Secretary of War has issued invitations to the graduates of Princeton College to meet Dr. McCosh, president of the College, Jan. 30.

— Sir Edward Thornton, the British Minister, gave a dinner party on Saturday evening, at which were present the following guests: The Secretary of State, the Postmaster General and Mrs. Creswell, General Belknap, the Right Honorable Russell Gurney and Mrs. Gurney, the Turkish Minister, the Brazilian Minister and Madame Borges, the Argentine Minister and Madame Garcia, Kurd von Schlozer, Count Certi, Hon. P. Le Poer Trench, the Netherlands Minister, and the Swedish Minister.



Copias de periódicos de *El Nacional* en *Escritos periodísticos completos* (1860-1892) (2015) de Marina L. Guidotti

Artículo 5: *EL NACIONAL*. AÑO XXIX – Número 10,278 Buenos Aires, Sábado [sic] 13 de noviembre de 1880 Director—Samuel Alberú [p.1, col.6]

Artículo 6: *EL NACIONAL*. AÑO XXIX—Número10,880 Buenos Aires, Miércoles [sic] 29 de Noviembre de 1882 Director—Samuel Alberú [p.1, col. 6]

Artículo 7: *LA NACION* AÑO XIII-Núm. 3685 Buenos Aires, Jueves 21 de Diciembre de 1882 Imprenta y Redaccion [sic] San Martin [sic] 208 [p. 1, cols. 7-8]

Artículo 8: *EL NACIONAL*. AÑO XXIX – Número 10,879 Buenos Aires, Mártes 28 de Noviembre de 1882 Director—Samuel Alberú [p. 1, col. 5]

Artículo 9: *EL NACIONAL* AÑO XXIX – Número 10,994 Buenos Aires, Viernes 13 de Abril de 1883 Director—Samuel Alberú [p. 1, col. 7]

Artículo 5:

EL NACIONAL

AÑO XXIX – Número 10,278 Buenos Aires, Sábado [sic] 13 de Noviembre [sic] de 1880 Director—Samuel Alberú

[p.1, col.6]

Sobre la señora Eduarda Garcia— Dice un diario extranjero:

Hemos tenido muchas veces la ocasion [sic] de hablar de los trabajos de la madame de Stael* [sic] argentina, señora Eduarda Mansilla; pero hemos leído [sic] pocas veces, una producción [sic] tan graciosa y brillante de su pluma, como un artículo sobre modas y flores que publicó hace muy poco en el nacional [sic]. Lo recomendamos mucho á [sic] nuestras lectoras, sintiendo que nuestro poco tiempo nos impida ponerlo en inglés.

Madame Garcia dá [sic] á [sic] las señoras de Buenos Aires muchos valiosos consejos sobre trajes en este artículo.

Artículo 6:

EL NACIONAL

AÑO XXIX–Número10,880 Buenos Aires, Miércoles [sic] 29 de Noviembre [sic] de 1882 Director–Samuel Alberú

[p.1, col. 6]

CORREO DEL DIA

La fiesta de las «Damas de Misericordia»— La simpática fiesta organizada por la benéfica asociación de las «Damas de Misericordia,» ha sido nueva ocasion [sic] para que la sociedad de Buenos Aires demuestre una vez mas [sic] su inagotable filantropía.

Numerosísima era la concurrencia que llenaba anoche el Jardin [sic] Florida. No solo el pabellon [sic] sinó la espaciosa calle que lo rodea se hallaban ocupados por gran número de familias— entre las cuales recordamos á [sic] las de Blancas, Uriburu, Saenz, Zapiola, Eastman, Garcia, Ocampo, Costa, Moujan, Pacheco, Larrazabal, Guerrico, Harilaos, Bunge, Victorica, Arditti, Del Campo, Williams, Pinedo, Verdier, Ocampo Samanés, Irigoyen, Rodriguez Larreta, Videla Dorna, Meéks, Fernandez, Bello, Molina, Ugarriza, Agrelo, Bullrich, Obligado, Urquiza, Bustillo, Villalba, Bosch, Wilson, Buttler, Elortondo, Seeber, Cienfuegos, Dolz, Salas, Peña, Rossi y Cazon.

Artículo 7:

AÑO XIII-Núm. 3685 Buenos Aires, Jueves 21 de Diciembre [sic] de 1882 Imprenta y Redaccion [sic] San Martin [sic] 208

[p. 1, cols. 7-8]

LA NACION

Noticia bibliográfica— Un caballero que más de una vez ha colaborado con distinción [sic] en nuestras columnas, nos pide un sitio para las líneas que van en seguida, dedicadas á [sic] un nuevo libro de la señora Eduarda Mansilla de García y gustosos se lo concedemos.

RECUERDOS DE VIAJE

Con este título acaba de llegar á [sic] nuestras manos, con ese olor característico de lo recién [sic] impreso, el primer tomo de una nueva obra de la distinguida escritora argentina Eduarda Mansilla de Garcia [sic], antigua [sic] conocida en la república de las letras.



Está él [sic] dedicado al inteligente médico homeópata Barbosa, quien, diremos de paso, en los ratos que le deja libres su misión [sic] de incesante lucha contra el mal, cultiva con gusto, delicadeza y verdad esa literatura que podríamos llamar subjetiva que no es más que el reflejo de los sentimientos propios.

Este trabajo de la Sra. de García [sic] como todo lo que ha salido de su pluma, es de fácil y amena lectura. En la narración [sic] de sus impresiones de viaje, dividida por capítulos en que aborda con novedad y brillo cuestiones de filosofía, de costumbres, de religión [sic], de historia y hasta de política, se aparta completamente del camino vulgarmente seguido por los tantísimos que han escrito obras análogas, mezclando á [sic] curiosas y entretenidas anécdotas, observaciones prácticas y de utilidad aun [sic] para los más avezados turistas.

Recorriendo las páginas del libro que nos ocupa, se pasan momentos muy agradables. Parece asistirse al gran movimiento de la industriosa Nueva-York [sic], presenciarse el modo de ser y las genialidades de los yankees, á [sic] la vez que palpase la vida, intelectual, moral y, sobre todo, material y práctica de aquel gran pueblo, trabajador infatigable que llena el mundo con los productos de sus colosales fábricas.

La señora de García [sic] luce en sus *Recuerdos de viaje* los variados conocimientos que posee, y que dan á [sic] su estilo, lleno de esa suelta espontaneidad que es un atributo del talento, un fondo de ilustración [sic], de riqueza de ideas que hace meditar con provecho á [sic] todo el que sabe leer.

En una palabra, *Recuerdos de viaje* es una nueva y vistosa flor agregada á [sic] la bella corona literaria que ciñe la frente de la inspirada autora americana.

Artículo 8:

EL NACIONAL

AÑO XXIX – Número 10,879 Buenos Aires, **Martes 28 de Noviembre [sic] de 1882** Director—Samuel Alberú

[p. 1, col. 5]

CORREO DEL DIA

Recuerdos de Viajes—Para el primero de Enero [sic] se anuncia la aparición de un nuevo libro de la infatigable escritora Sra. Eduarda Mansilla de García, bajo el título de *Recuerdos de Viajes*.

No dudamos que esta nueva producción de nuestra ilustre compatriota esté á la altura de las que le han labrado su renombre.

Los Recuerdos de Viajes podrán ofrecerse como aguinaldo.

Artículo 9:

EL NACIONAL

AÑO XXIX – Número 10,994 Buenos Aires, Viernes 13 de Abril [sic] de 1883 Director—Samuel Alberú

[p. 1, col. 7]

CORREO DEL DIA

Un Príncipe y una escritora— Nuestra colaboradora Eduarda ha recibido del Conde de París, nieto del Rey Luis Felipe, hijo del Duque de Orleans, la siguiente espresiva [sic] carta:

Cannes, 9 de Marzo de 1883.

señora [sic]:

He recibido hace algunos días [sic] la amable carta de V., del 15 de Enero [sic], y el primer tomo de los «Recuerdos de viaje», que V. tuvo la bondad de enviarme.

Según su deseo no tomo la pluma sinó [sic] despues [sic] de haber leído este tomo, y empezaré dándole las gracias por la manera benévola con la cual habla V. de dos jóvenes oficiales que tuvieron el honor de conocer á [sic] V. en Washington, en el invierno de 1861 á [sic] 1862. No me quejaré seguramente de las líneas que V. les ha consagrado, y me ha conmovido en extremo [sic] la manera como ha conservado V. esos recuerdos que datan de veinte años.

Me han encantado las descripciones tan vivas que hace Vd. de nuestra vida de Washington, del salon [sic] de aquel escelente [sic] Lisboa, que no existe. He sentido revivir todos esos recuerdos que no se han borrado, á [sic] pesar del tiempo trascurrido. Toda su descripción de la sociedad Americana [sic] en esa época, de sus costumbres, de sus gustos, me ha interesado vivamente. Cuanta gracia, cuanta lucidez, cuanta benevolencia hay en esas páginas.

Yo espero impaciente los otros tomos.

Antes de terminar quiero anunciarle el próximo envío de dos nuevos volúmenes [sic] que voy á [sic] publicar sobre la guerra Civil Americana. V. me envía ciento cincuenta páginas de gratísima lectura para todos, y yo respondo con mil quinientas páginas de batallas. Pero tranquilícese V., no la condeno á [sic] leerlas, Como en otro tiempo, acéptelas V.; son el homenaje de su sincero amigo.

*Luis Felipe de Orleans**



Artículos de la *Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España*:

- Artículo 10: «Una carta interesante» de Eduarda Mansilla. *El AMERICANO*, 1873. París.
- Artículo 11: «El gran viaducto del camino de hierro de lima a la Oroya» Perú. *El AMERICANO*, 1873. París. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.
- Artículo 12: «Escritoras americanas del siglo XIX». Álbum Iberoamericano del 7 de agosto de 1892. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.
- Artículo 13: «Mujeres célebres americanas» Crónica hispano-americana [sic]. 28 de diciembre 1882. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.
- Artículo 14: «Una reclamación importante». *La Iberia*. Madrid 22 de julio de 1892.
- Artículo 15: «Ecos de todas partes», *La Época*, 19 de diciembre de 1891.
- Artículo 16: «La semana en el cartel» Ilustración artística. 8 de enero 1882.

Artículo 10: Parte de «Una carta interesante» de Eduarda Mansilla. *El AMERICANO*. pp. 583. París 1873. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.
<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0004280561&page=7&search=Eduarda+mansilla&lang=es>

Una carta interesante.

Bajo la modesta forma de una carta íntima, dirigida en agosto pasado á una persona querida, la notable escritora americana, señora Eduarda Mansilla de Garcia, ha tratado en las interesantes líneas que van á leer los suscritores de *EL AMERICANO* una de las cuestiones sociales de mas trascendencia y tal vez de mas actualidad en los momentos que corren - la cuestion religiosa.

Esa carta, amenizada con las gracias de un estilo fácil, correcto y elegante, es el grito de un corazón cristiano, y lo que es mas simpático aun, de un corazón femenino, retemplado en la meditacion de las mas elevadas cuestiones sociales; la obra de una inteligencia notable, brillantemente cultivada en las luchas del saber, y tan concededora del corazón humano como de los secretos del arte de escribir.

Los lectores de *EL AMERICANO*, á quienes interesa muy especialmente, nos agradecerán sin duda el presente que les hacemos ofreciendo esa carta á su meditacion, como nosotros mismos nos felicitamos de poder insertar en nuestras columnas tan interesante trabajo de la distinguida escritora argentina.

Boulogne Sur Mer, Agosto 28 de 1873.

Antes de ahora he descrito esta ciudad tan poco conocida por los viajeros continentales. Nadie sueña jamás en detenerse en Boulogne sino lo estrictamente necesario para tomar el vapor, si va á cruzar la Mancha en direccion á Folkstone, y aquellos que por fin tocan tierra de Francia al terminar la corta pero penosa travesía que es necesario hacer para pasar de la brumosa Albion á la vecina orilla, y anhelan solo ganar á toda prisa el Hotel Dervault, donde su exclusiva preocupacion es beber la consabida taza de caldo hirviendo, que debe confortar al infeliz viajero transmarino y hacerle soportables las cinco horas de camino de hierro que aún le separan de Paris. ¿Quién piensa entónces en admirar la cúpula de la catedral, que á pesar de pertenecer á una insignificante ciudad de provincia con solo 16,000 habitantes, recuerda en pequeño, en pequeñísimo, la cúpula de San Pedro? Los viajeros que pasan por Boulogne están siempre de prisa, semi-mareados, y sobre todo de mal humor; recordando los unos la reciente travesía, que es la *bête noire* de los mas aguerridos *touristes*, y los otros, gracias á las sugerencias de la imaginacion, esa gran exageradora, sumidos en desconsoladora melancolia.

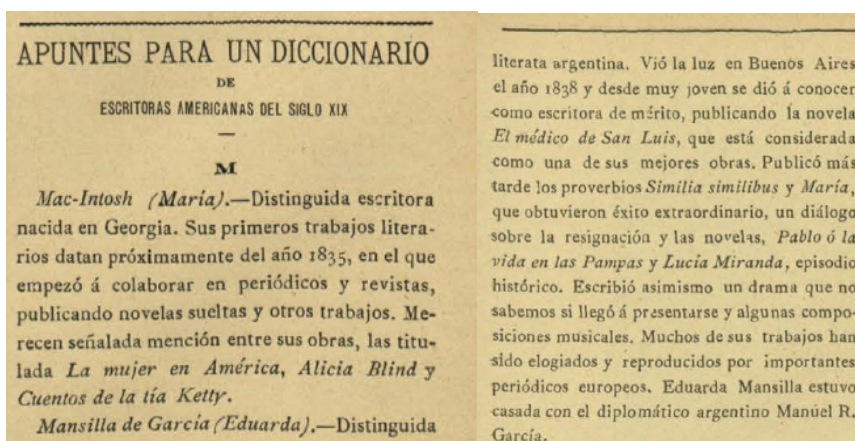
Artículo 11: «El gran viaducto del camino de hierro de Lima a la Oroya» Perú. *El AMERICANO*. pp. 583 Fuente Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020.

<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0004280561&page=7&search=Eduarda+mansilla&lang=es>

El gran viaducto del camino de hierro de Lima á la Oroya, es una de las empresas de mayor importancia que se hayan llevado á cabo, no solo en América, sino en el mundo entero.

Jamas una máquina impulsada por el vapor ha arrasado masa mas pesada á mayor altura ; todo el material es de fabricacion americana, es decir superior como fuerza de ascension, velocidad y resistencia á los productos ingleses y franceses. Con orgullo presentamos á nuestros lectores esta muestra del adelanto de nuestra civilizacion, como testimonio de la victoria alcanzada por el hombre de América sobre la naturaleza. Cuando el inteligente é infatigable empresario Meiggs la entregue á la circulacion, y la locomotora vuele por aquellas alturas, llevando los ruidos de la civilizacion donde no ha retumbado hasta ahora sino el rugir de las fieras, y cuando se hayan construido las ramificaciones proyectadas, entónces el Perú podrá llevar á todas las extremidades de su inmenso territorio el progreso y la civilizacion, nobles huespedes que acostumbran sentarse á orillas del litoral, y siempre tímidos no se aventuran en el interior sino con mucha prudencia, segun la acogida que allí han encontrado.

Artículo 12: «Escritoras americanas del siglo XIX». *Álbum Iberoamericano* del 7 de agosto de 1892. pp. 52. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020.





Artículo 13: «Mujeres célebres americanas» *Crónica hispano-americana* [sic]. 28 de diciembre 1882. pp. 9. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020.

<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0002297181&page=9&search=Eduarda+mansilla&lang=es>

MUJERES CÉLEBRES AMERICANAS.

EDUARDA MANSILLA DE GARCÍA.

Si no ha caído del todo, va cayendo poco á poco la especie de muralla china que separaba el pensamiento español del pensamiento americano, y que nos hacía ignorar el movimiento intelectual del Nuevo Mundo, y desconocer las producciones de aquellos talentos, á que prestan luz, encanto y belleza, aquella naturaleza y aquellos trópicos.

Las relaciones comerciales al irse ensanchando entre ambos Mundos, han ido contribuyendo poderosamente á ponernos en contacto con los pueblos, á irnos acercando, y á comunicarnos con esa franqueza que la fraternidad inspira, y que una tradición común debe fortalecer, tratándose de americanos y españoles.

Así se explica—por este movimiento de aproximación—que hayamos podido conocer últimamente á los grandes poetas argentinos, Andrade, Guido Spano, Gutierrez, Varela y otros, y admirar las concepciones de Julio Calcaño, Yepes, Guardia, Arévalo, venezolanos que honran la patria del inmortal Bolívar.

Y así también podemos hoy, merced á la grata comunicación que se va estableciendo, conocer á una de las dos más notables literatas argentinas, la señora Eduarda Mansilla de García, que á un talento *d'élite*, reúne los encantos de la belleza, y la atracción simpática de los espíritus superiores.

La escritora argentina es hija del general Mansilla, uno de los hombres que más activa parte tomaron en la política de su patria, y de Agustina Rosas, reputada como la más hermosa de las mujeres de aquel país, célebre ciertamente por el encanto de las de su sexo, y esposa del Sr. D. Manuel R. García—nombre ilustre en la historia americana—actualmente ministro plenipotenciario de la Argentina, en Londres.

Artículo 14: «Una reclamación importante». *La Iberia*. Madrid 22 de julio de 1892. pp. 2.
Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020.
<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0001713888&page=2&search=La+Ilustración+Argentina+Eduarda+mansilla&lang=es>

Una reclamación importante.

Con este título publica *Las Novedades*, de Nueva York, lo siguiente:

«El general español D. José la Concha, presidente que ha sido del Senado, se propone activar en los momentos actuales, propicios para el caso por las buenas relaciones que unen á España y la República Argentina, una reclamación al Gobierno de este último país en demanda de que le sean devueltos valiosos terrenos situados en Córdoba y que pertenecieron á su padre, el general Concha, fusilado en aquella provincia durante la guerra de la Independencia.

El reclamante nació en la República Argentina, por más que haya residido en la Península la mayor parte de su vida.

A su demanda, de la que tendrá que ocuparse el Congreso argentino próximamente para resolverlo como sea de justicia, se refiere el marqués de la Habana en la siguiente carta, dirigida á la señora Eduarda Mansilla de García, á cuya familia se halla vinculado por el parentesco y una antigua amistad:

«Mi muy estimable señora: He tenido el gusto de recibir su amable carta del 4, y celebro las buenas noticias que me da sobre la situación de toda su familia.

Agradezco á usted mucho el interés que se toma por mis asuntos en esa república, esti-

mando en mucho el apoyo que en ello pueda prestarme su señor hermano el señor general Mansilla cuando al abrirse la legislatura del próximo año puedan las Cámaras de diputados ocuparse de la reclamación presentada á mi nombre por el doctor J. M. Etién.

Para representarme en todos mis derechos tiene mis plenos poderes mi distinguido sobrino el doctor Bernardo de Irigoyen, y yo estimaría mucho al general su señor hermano de usted le prestara su apoyo en la Cámara cuando llegue el caso, tratándose como se trata de un asunto de estricta justicia.

A pesar de mis muchos años, me encuentro con excelente salud, conservando todos los recuerdos de familia, entre los cuales cuento las buenas y cordiales relaciones que los García conservaron con mi pobre madre en medio de su desgracia.

Por ese recuerdo acepte usted, mi estimable parienta, la seguridad de mis sentimientos con que soy de usted afectísimo pariente y amigo Q. B. S. P. — *El marqués de la Habana.*»

Artículo 15: «Ecos de todas partes», *La Época* 19 de diciembre de 1891. pp. 1. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020. <http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0000416042&page=3&search=Eduarda+mansilla&lang=es>

ECOS DE TODAS PARTES.

Un drama en Buenos-Aires.—*La Marquesa de Altamira*.—La quiebra de la empresa del Liceo de Barcelona.—Nuevos ajustes de Carolina Copeida y de Gayarre.—Los teatros de Madrid.—Vejez y antigüallas.—Salones.—Nada, nada.—La proximidad de Noche-Buena.—La Plaza Mayer y las confiterías.—Historia no velleca, pero verdadera.

La literatura dramática española ha producido en el presente año cómico poquísimas composiciones dignas de alabanza, ó siquiera de honrosa mención.

Los teatros viven generalmente de lo viejo, de lo conocido; y las obras que se ostentan pasan por la escena cual rápidos meteoros.

Para tratar de algo notable es preciso volver los ojos al extranjero: á París, donde la *Odette*, de Sardou, acaba de obtener un triunfo tan brillante como los demás alcanzados por el autor, ó á Buenos-Aires, en cuyo teatro de la Alegría, una dama, la señora doña Eduarda Mansilla de García, ha dado recientemente un drama.—*La Marquesa de Altamira*,—del que hablan con encomio los periódicos de la localidad.

La autora fué llamada á las tablas en medio de estrépitos aplausos, no presentándose en ellas, ignorosa por modestia ó por timidez, á pesar de haber ido á buscarla á su casa muchos de los espectadores.

La prensa consagra entusiastas artículos á la producción de la literatura argentina, y entre ellos uno debido á la pluma de un «alto personaje» (*sic*).

La ejecución, según parece, no ha correspondido al mérito del drama, y sólo la actriz doña Gertrudis Castro,—tan conocida en Madrid,—se salva de la censura general.

Con este motivo, he observado lo maltratada que es la lengua de Cervantes y de Calderon por los publicistas americanos, quienes han sustituido con palabras francesas las más castizas españolas, diciendo el *role* por el papel que un actor representa, y llamando *petipieza* á las comedias en un acto.

Los giros viciosos, las construcciones afectadas abundan no ménos en aquellos escritos periodísticos, constituyendo un estilo *sui generis*, en que abundan los galicismos tanto como las frases de mal gusto.

Lo deploro por nuestros hermanos de allende los mares, y por ver corrompido y desnaturalizado nuestro hermoso idioma, que por desgracia sufre diarios ultrajes.

* *

Artículo 16: «La semana en el cartel» *Ilustración artística*. 8 de enero 1882. pp. 10. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Acceso: 11 de junio 2020. <http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0001467369&page=2&search=La+Ilustración+Argentina+Eduarda+mansilla&lang=es>

Allende los mares, en Buenos Aires, acaba de surgir un hermoso retoño de nuestra gallarda literatura dramática. Bien digno de consignarse es este acontecimiento, pues *La Marquesa de Altamira*, de cuyo drama se ocupa con encomio la prensa argentina, es fruto del ingenio de una señora. Doña Eduarda Mansilla de García tuvo la honra de salir á la escena á recibir las entusiastas ovaciones de aquel público.



Ilustraciones

Ilustración 1: *Proyecto del ferrocarril interoceanográfico al través del istmo de Tehuantepec. El ALBUM IBERO AMERICANO*, Madrid 7 de agosto de 1892. Tomo V num. 5. Fuente: *Hemeroteca Digital Biblioteca Nacional de España*.

Ilustración 2: *El Ferrocarril Oeste* de Buenos Aires. Buenos Aires 1858 – Estación del Parque. Fuente: *Iberinformativas*.

Ilustración 3: *La locomotora La Porteña*. Buenos Aires 1857. Fuente: *Iberinformativas*.

Ilustración 4: *Invitación a la inauguración del F.C. del Oeste en Buenos Aires el 29 de agosto de 1857*. Fuente: *Iberinformativas*.

Ilustración 5: *Red ferroviaria estadounidense en 1850 y 1860*. Fuente: *David Rumsey Historical Map Collection*.

Ilustración 6: Tren estadounidenses militar en obras en 1863. (Greenhill 67). Fuente: Archive.org.

Ilustración 7: *Mapa de la campana military estadounidense*. Fuente: *David Rumsey Historical Map Collection New York*. 1861.

Ilustración 8: *Locomotora #133, Centro y norte de Estados Unidos en 1861–65*. Fuente: MuseoMetropolitano de arte. Estados Unidos.

Ilustración 9: Capitolio en construcción en Washington, 1861. (Greenhill 47). Fuente: Archive.org.

Ilustración 10: Puente Susquehanna en 1866 (Greenhill 91). Fuente Archive.org.

Ilustración 11: Puente suspendido en Niágara en 1859 (Greenhill 59). Fuente: Archive.org.

Ilustración 12: *Densidad demográfica Estados Unidos en 1860*. Fuente: *David Rumsey Historical Map Collection. New York. Washington (D.C.). 1932*.

Ilustración 13: Censo población *Estados Unidos en 1860*. Fuente: *David Rumsey Historical Map Collection. New York. Washington (D.C.). 1932*.

Ilustración 14: *Cruce de los tranvías de vapor en Nueva York*. Diciembre 1891. Fuente: *Hemeroteca Digital Biblioteca Nacional de España*.

Ilustración 15: «Stereobild» del puente de Sister Island, cascadas del Niágara Falls. Museo Técnico. Entre 1860 y 1890. Fuente: Archive.org.

Ilustración 16: Eduarda Mansilla recién llegada a Estados Unidos en 1861. Fuente: Manuel Rafael García-Mansilla, 2019.

Ilustración 17: «La partida de bautismo de Manuel José García-Mansilla, hijo de Eduarda Mansilla cuando tuvo 25 años. Buenos Aires el domingo 11 de diciembre de

1859 en la Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires». Fuente: Manuel Rafael García-Mansilla, 2019.

Ilustración 18: Censo de Buenos Aires de 1855 donde figura con 20 años viviendo con su marido en casa de su suegra Manuela Aguirre y Alonso de Lajarrota en la calle Santa Clara Número 100 de la ciudad de Buenos Aires. Fuente: Manuel Rafael García-Mansilla, 2019.

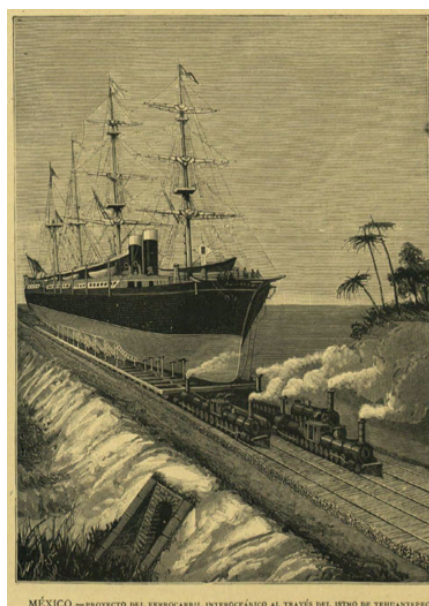
Ilustración 19: El epistolario de Juan María Gutiérrez con Juan Bautista Alberdi. Fuente: Manuel Rafael García-Mansilla, 2019.

Ilustración 20: Carta de Victor Hugo a Eduarda Mansilla en 1870. Fuente: página Web de la familia Mansilla.

Ilustración 21: El barco África de Cunard e itinerario de Liverpool a New York de 1850 a 1868. Fuente: *Norway-Heritage* web

Ilustración 22: El gran viaducto del camino de hierro de Lima a la Oroya. Fuente: Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España.

Ilustración 1: Portada. *Proyecto del ferrocarril interoceanográfico al través del istmo de Tehuantepec, El ALBUM IBERO AMERICANO*, Madrid 7 de agosto de 1892. Tomo V num. 5. Pp. 57. Fuente: *Hemeroteca Digital Biblioteca de España*. Acceso: 11 de junio del 2020.
<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0003035561&search=&lang=es&page=9>



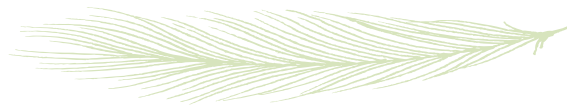


Ilustración 2: *El Ferrocarril Oeste* de Buenos Aires. Buenos Aires 1858 – Estación del Parque. Fuente: *Iberinfonticias*. Acceso 11 de junio de 2020.

<https://iberinfonticias.wixsite.com/buenos-aires/single-post/2017/08/29/30-de-agosto-D%C3%ADa-del-Ferrocarril-en-Argentina>.



Ilustración 3: La locomotora *La Porteña*. Buenos Aires 1857. Fuente: *Iberinfonticias*. Acceso 11 de junio de 2020.

<https://iberinfonticias.wixsite.com/buenos-aires/single-post/2017/08/29/30-de-agosto-D%C3%ADa-del-Ferrocarril-en-Argentina>.

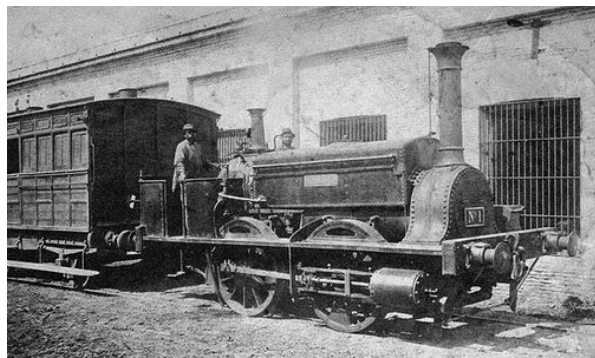


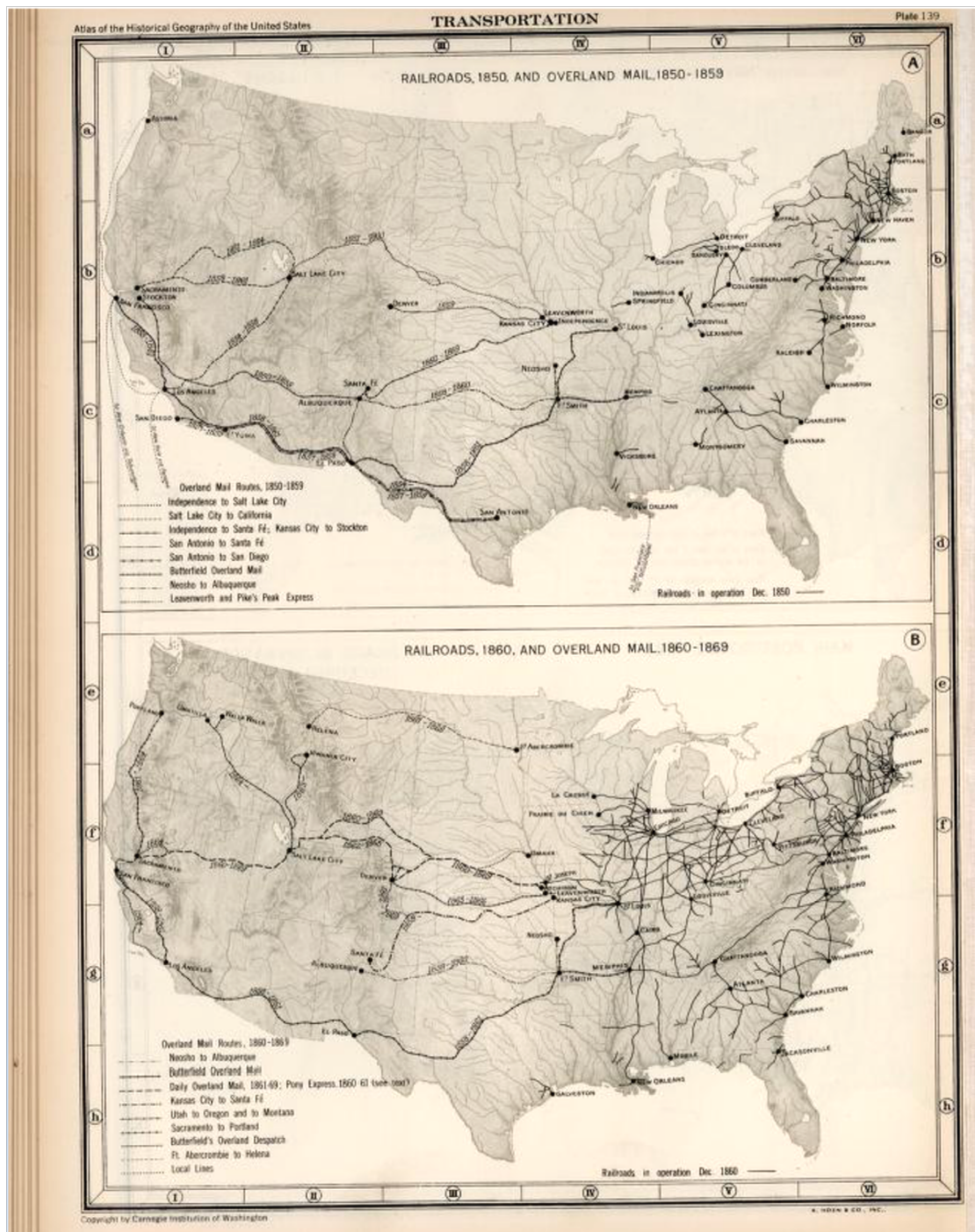
Ilustración 4: *Invitación a la inauguración del F.C. del Oeste* en Buenos Aires el 29 de agosto de 1857. Fuente: *Iberinfonticias*. Acceso 11 de junio de 2020.

<https://iberinfonticias.wixsite.com/buenos-aires/single-post/2017/08/29/30-de-agosto-D%C3%ADa-del-Ferrocarril-en-Argentina>.



Ilustración 5: Red ferroviaria estadounidense en 1850 y 1860. Fuente: David Rumsey Historical Map Collection. Acceso 11 de junio de 2020.

https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~248431~5516151:Plate-139--Transportation--Railroad?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no&qvq=q:railroads%201860%20and%20overland%20mail;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no;lc:RUMSEY~8~1&mi=0&trs=2



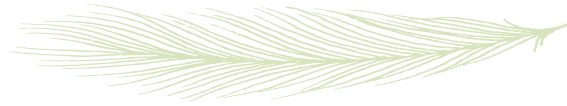


Ilustración 6: Tren militar estadounidense en obras en 1863. (Greenhill 67). Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020.

https://archive.org/details/engineerswitness0000gree_f6v0/page/66/mode/2up



Ilustración 7: Mapa de la campana military estadounidense. *H.H. Lloyd & Co.* David Rumsey *Historical Map Collection* New York. 1861. Acceso 11 de junio de 2020.

https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~1246~90175?qvq=q%3ANew%20York%201861%3Bsort%3Apub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no%3Blc%3ARUMSEY~8~1&mi=19&trs=619.

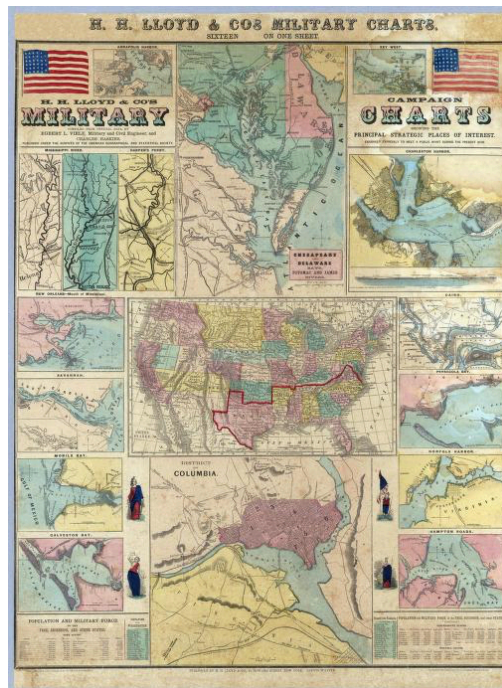


Ilustración 8: Locomotora #133, Centro y norte de Estados Unidos en 1861–65. Museo Metropolitano de arte. Estados Unidos. Acceso 11 de junio de 2020.
https://archive.org/details/mma_locomotive_133_usmrr_268079



Ilustración 9: Capitolio en construcción en Washington, 1861 (Greenhill 47). Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020.
https://archive.org/details/engineerswitness0000gree_f6v0/page/46/mode/2up



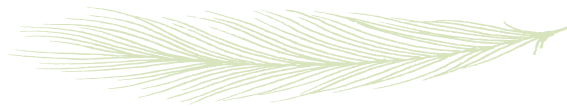


Ilustración 10: Puente Susquehanna en 1866 (Greenhill 91). Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020.

https://archive.org/details/engineerswitness0000gree_f6v0/page/90/mode/2up

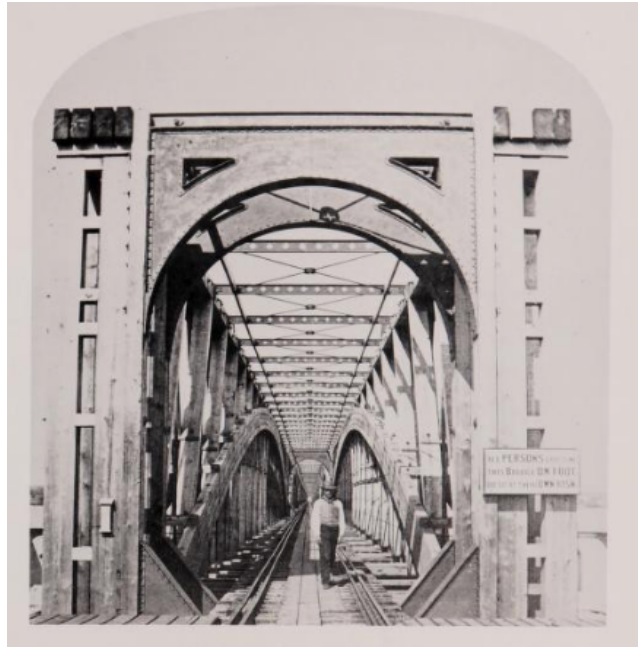


Ilustración 11: Puente suspendido en Niágara en 1859 (Greenhill 59). Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020.

https://archive.org/details/engineerswitness0000gree_f6v0/page/58/mode/2up



Ilustración 12: Densidad demográfica en 1860 en Estados Unidos. Paullin, Charles O. y Wright, John K. A. Hoen & Co. Carnegie Institution of Washington. David Rumsey Historical Map Collection. New York. Washington (D.C.). 1932. Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020. <https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~248362~516089:Plate-77--Population--Density-of-Po>

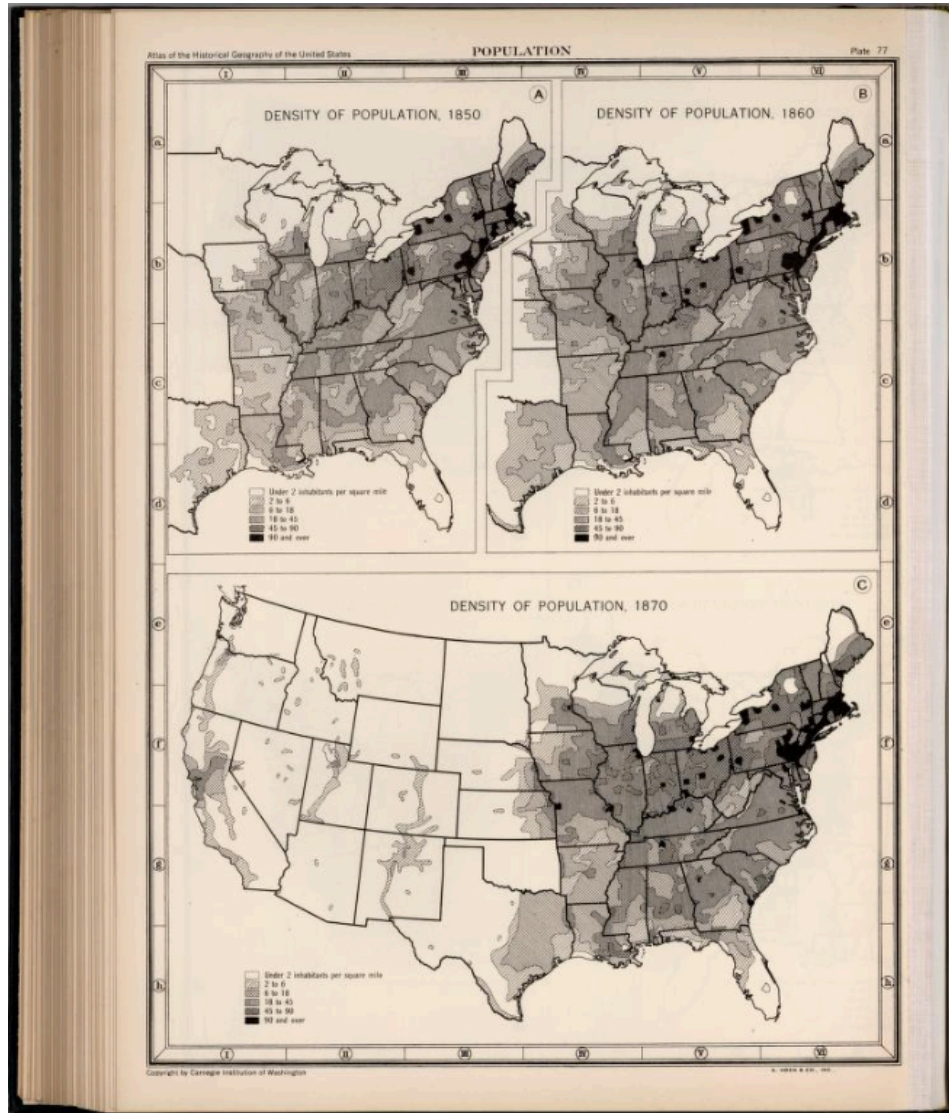




Ilustración 13: Censo población *Estados Unidos en 1860*. David Rumsey Historical Map Collection. New York. Washington (D.C.). 1932. Acceso 11 de junio de 2020.

https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~210831~5003760:Population-of-the-United-States_-8t?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no&qvq=q:POPULATION%20United%20States%201860;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no;lc:RUMSEY~8~1&mi=24&trs=51#

The image shows two pages from the 1860 US Census. Each page is titled 'POPULATION OF THE UNITED STATES, 1860, CENSUS'. The pages contain dense columns of text listing population statistics for various states and territories, including names like 'Alabama', 'Arkansas', 'California', etc., and their respective populations.

Ilustración 14: Cruce de los tranvías de vapor en Nueva York el 31 de diciembre 1891. Fuente: *Hemeroteca Digital Biblioteca Nacional de España*. pp. 287. Acceso 11 de junio de 2020.

<http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0003032759&page=2&search=El+ALBUM+IBERO+AMERICANO%2C+Madrid+7+de+agosto+de+1892&lang=es>

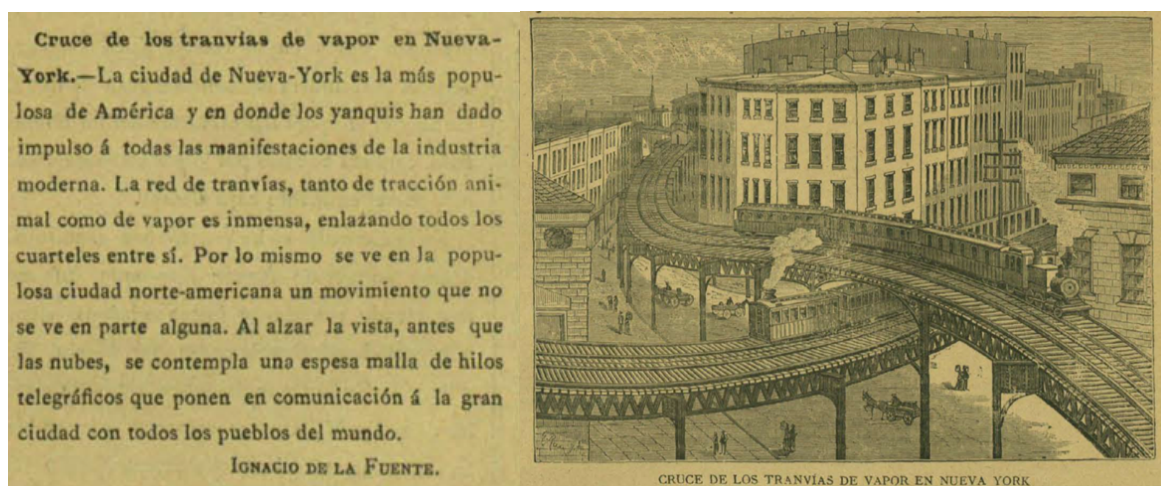


Ilustración 15: «Stereobild» del puente de *Sister Island*, cascadas del Niágara Falls. Museo Técnico. Entre 1860 y 1890. Fuente: Archive.org. Acceso 11 de junio de 2020.

<https://archive.org/details/arkivkopia.se-digmus-tek-TEKA0112762>

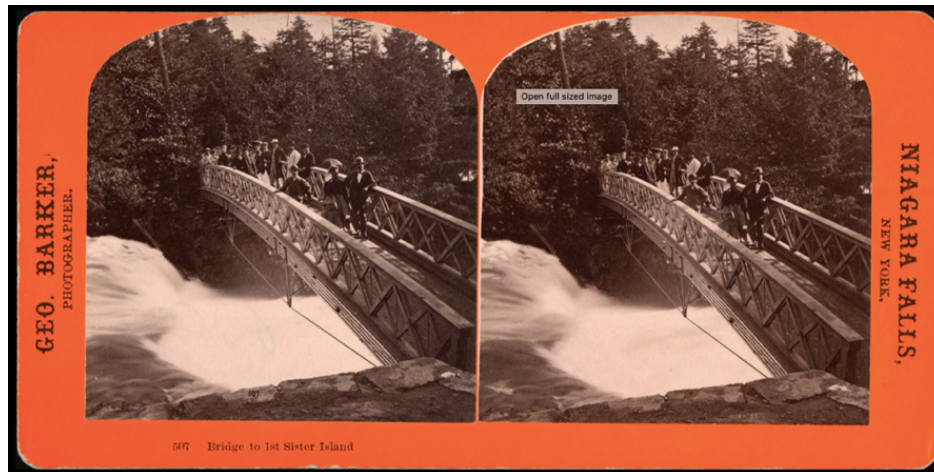


Ilustración 16: Eduarda Mansilla recién llegada a Estados Unidos en 1861. Fuente de Manuel Rafael García-Mansilla. 2019.



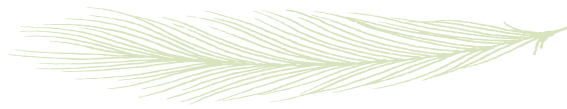


Ilustración 17: «La partida de bautismo de Manuel José García-Mansilla, hijo de Eduarda Mansilla cuando tuvo 25 años. Buenos Aires el domingo 11 de diciembre de 1859 en la Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires». Fuente de Manuel Rafael García-Mansilla. 2019.

D. Don Felipe Machet, Curioso N.º Cura Párroco de la Catedral al Sud en S.º Ignacio: — Certifico: que en el libro S.º de bautismos, f.º 84, se halla la partida siguiente:
" En once de diciembre de mil ochocientos cincuenta y
" nueve, el S.º Curioso Mediano de la Santa Iglesia Ca-
" tedral S.º Felipe Elustondo puso sobre crisma a un par-
" vulo, que nació el día diez y siete de febrero, que lo
" bautizó privadamente el S.º Med.º Roque Mozoya,
" y se llama Manuel José Julian; hijo legítimo
" de D. Manuel Rafael García, de treinta y dos años
" de edad, y de D.ª Eduarda Mansilla de veinte y cinco
" años de edad; fueron padrinos el S.º D. Guillermo
" Dawson de treinta y ocho años de edad, y D.ª Agus-
" tina Nozas de cuarenta y dos años de edad, quienes
" quedan con adverbios de sus obligaciones: siendo los
" padres del parvulo naturales de esta Ciudad, domicili-
" liados en la Calle Potosí n.º 162; por verdad Copio
" = Apudinario del Carmen Merced. = J. Dawson
" = Agustina Nozas de Mansilla. —
" Es copia del original: Buenos Aires 11 de dici-
" embre año del ratón.


 Manuel Brás
C. C.

Ilustración 18: Censo de Buenos Aires de 1855 donde figura con 20 años viviendo con su marido en casa de su suegra Manuela Aguirre y Alonso de Lajarrota en la calle Santa Clara Número 100 de la ciudad de Buenos Aires. Fuente de Manuel Rafael García-Mansilla. 2019.

1 DENOMINACIÓN DEL NÚMERO Y CALLE DE ALCANTARILLAS Y SON DE ALDIA, TERMINO O PARRA, Y DE 1, 2 O 3 PARRAS.		2 NOMBRES DE LOS HABITANTES.		3 ¿QUÉ ES DEL DUEÑO O DUEÑA DE CALLE?	4 ESTADO	5 SEXO	6 EDAD	7 ¿EN QUÉ LUGAR NACIÓ?	8 ¿EN QUÉ PAÍS ES?	9 ¿EN QUÉ PAÍS ES?	10 ¿EN QUÉ PAÍS ES? ¿EN QUÉ PAÍS ES? ¿EN QUÉ PAÍS ES?	11 ¿EN QUÉ SE OCUPAN? ¿EN QUÉ SE OCUPAN? ¿EN QUÉ SE OCUPAN?
NÚMERO	CALLE											
100	S ^a Clara 2 p ^o arrotea	Manuela Aguirre	Pat	V.	m.	70	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	Propietaria	
		Manuel Garcia	hijo	C.	v.	30	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	Abogado y juez	
		Eduarda Mansilla	id	C.	m.	20	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	sin ocupacion	
		Tulio Garcia	id	S.	v.	12	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	Estudiante	
		Emilio Garcia	hijento	S.	v.	50	No	B. a.	Arg ^{no}	"	Serviente	
		Manuel Garcia	id	S.	m.	30	No	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
		Ventura Garcia	id	S.	m.	20	ingul	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
		Primo Garcia	id	S.	v.	18	No	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
		Matilde Garcia	id	S.	m.	10	No	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
		Jacoba Garcia	id	S.	m.	10	No	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
100	id	Nico Sadal	ingul. Emp.	S.	v.	20	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	Depend. encargad ^o de Com. por menor	
		Ignacio Manusa	ingul.	S.	v.	42	bien	Montevideo	Oriental	Uruguay	Carpintero de obra fina	
		Federico Lombrades	id	S.	v.	24	mal	B. a.	Arg ^{no}	"	Aprendiz de Carpint.	
102 y 60	S ^a Clara 5 arroteas	Fran ^{co} Davila	Pat.	S.	v.	30	bien	Malaga	Espana	10 años	Comerc. p. menor	
		Juan Correa	ingul.	S.	v.	20	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	Depend. de Com.	
		Isabelo Cuto	id	S.	v.	17	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	id	
68	Pedras un p ^o arrotea	Blanita Garcia	Pat.	V.	m.	50	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	madre de fam. ^a	
		Juana Banuti	ingul.	S.	m.	25	bien	B. a.	Arg ^{no}	"	sin ocupacion	
		Josefa Banuti	hija	S.	m.	30	mal	B. a.	Arg ^{no}	"	Servienta	



Ilustración 19: el epistolario de Juan María Gutiérrez con Juan Bautista Alberdi. Fuente: Manuel Rafael García-Mansilla. 2019.

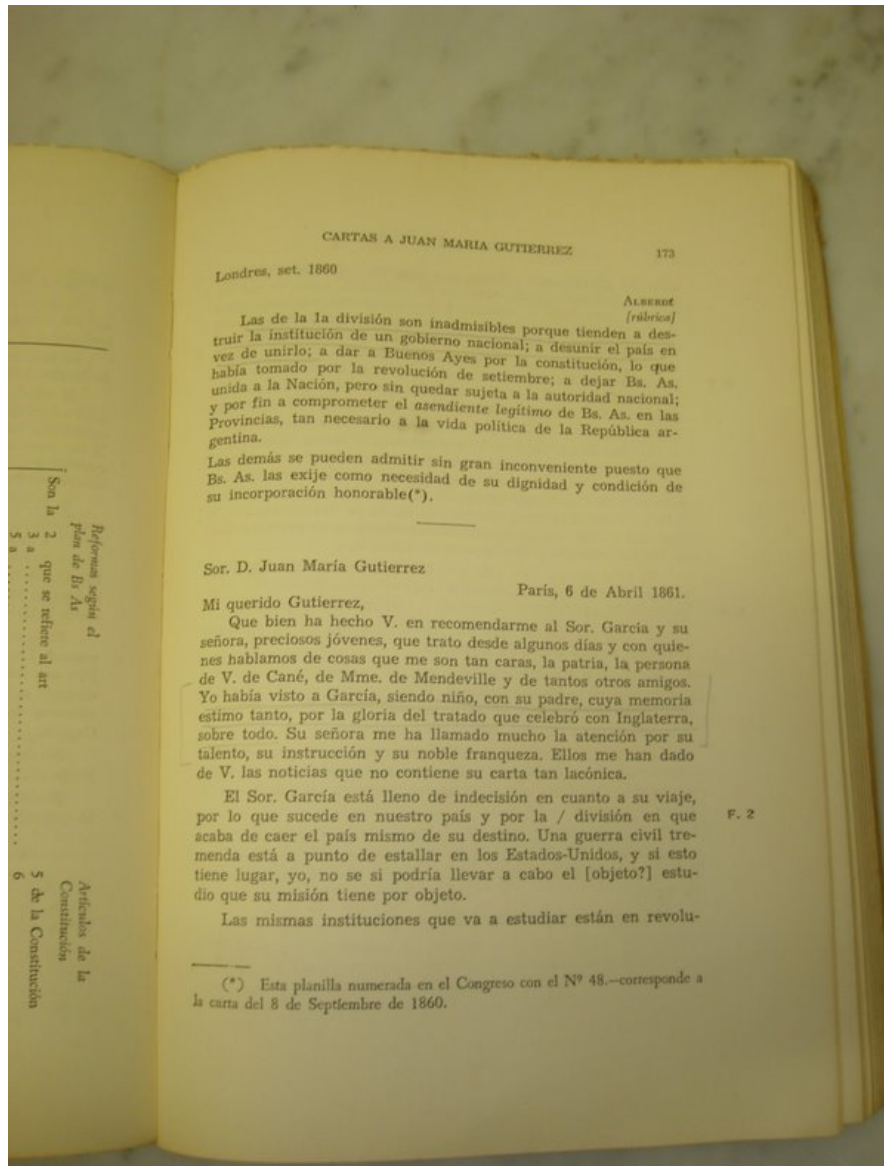
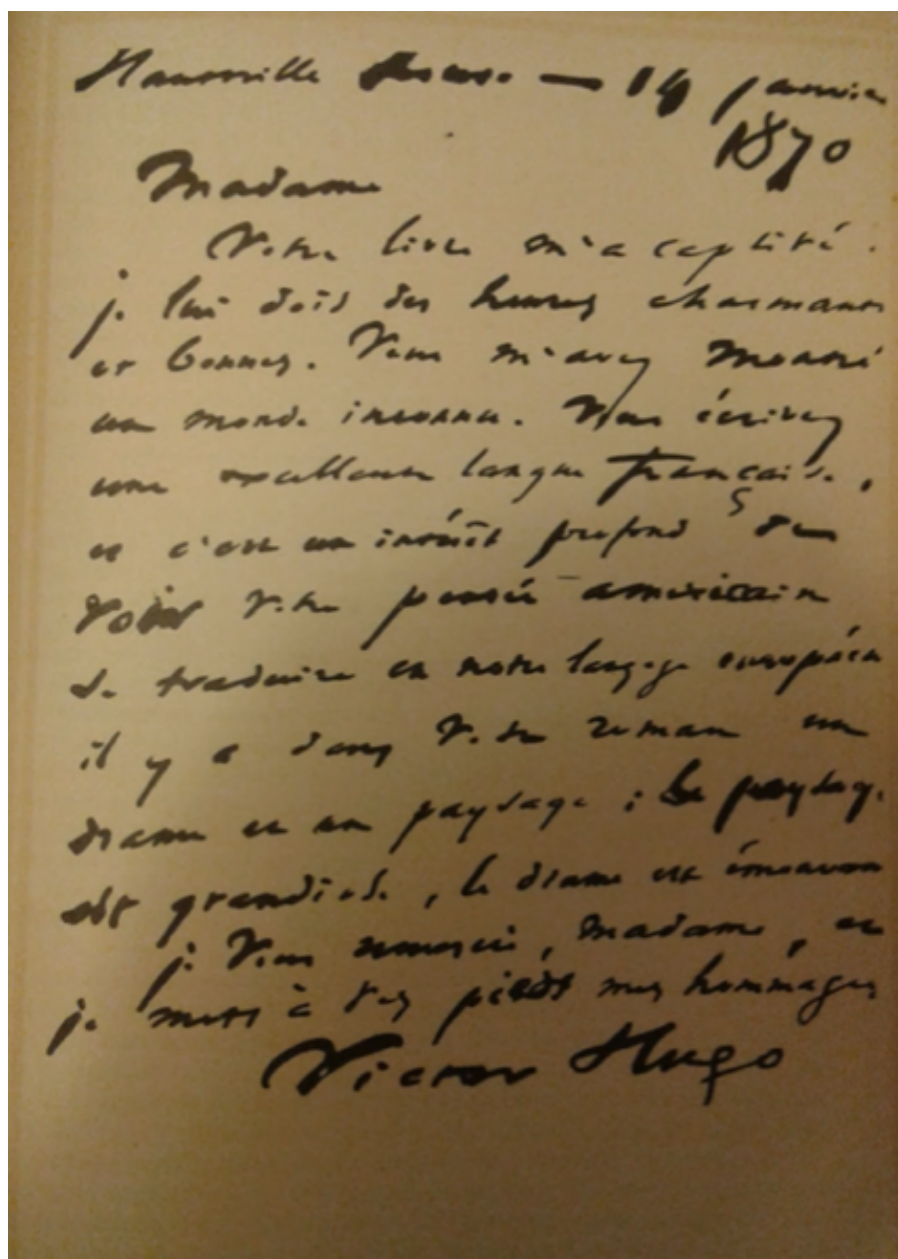


Ilustración 20: Carta de Victor Hugo a Eduarda Mansilla en 1870. Fuente web de la familia Mansilla: <http://www.eduardamansilla.com/2016/06/victor-hugo-le-escribe-eduarda-mansilla.html>



Navarre France. — 14 Janvier
1870
Madame
Votre livre m'a captivé.
Je lui dois ses heures charmantes
et bonnes. Vous m'avez montré
un monde inconnu. Vous écrivez
une excellente langue française,
ce n'est un intérêt profond de
voir votre poésie américaine
se traduire en notre langue européenne
il y a dans votre roman un
drame et un paysage; le paysage
est grandiose, le drame et émouvant.
Je vous remercie, Madame, et
je mets à vos pieds mes hommages.
Victor Hugo

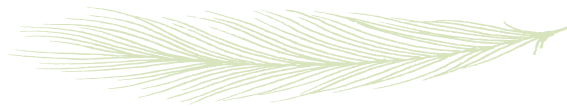
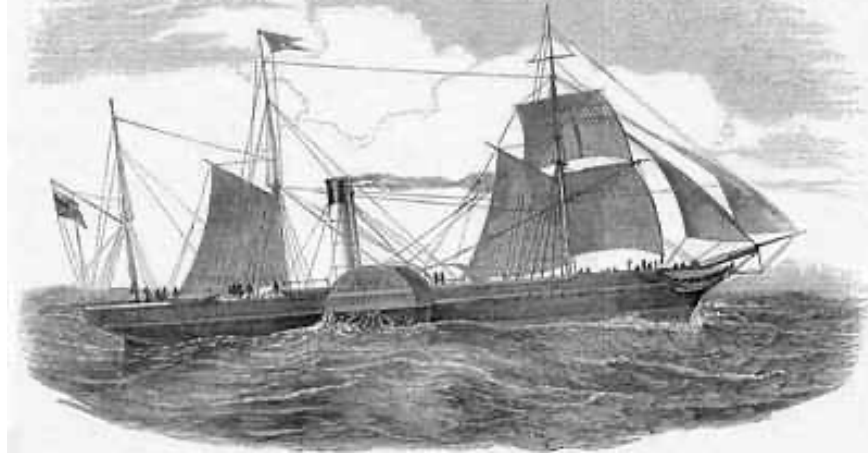


Ilustración 21: El barco *África* de Cunard e itinerario de Liverpool a New York de 1850 a 1868. Fuente: *Norway-Heritage* web.

http://www.norwayheritage.com/p_ship.asp?sh=afrib



S/S Africa, Cunard Line		Main Page >>	
Burden	Built	Shipowner or operator	Dimensions
2,226 gross	1850 at Greenock by Robert Steele & Co.	Cunard Line	266ft x 40ft
Year	Remarks		
1850	Launched in July		
1850	Oct. 26; maiden voyage Liverpool-New York		
1851	Stranded off Belfast		
1853	mizzen (third) mast removed		
1854	Stranded near Jersey City, refloated		
1855	July 20; first voyage Liverpool-Halifax-Boston		
1856	Resumed Liverpool-New York service		
1862	May 31; resumed Liverpool-Halifax-Boston		
1867	Dec. 7; final voyage Liverpool-Halifax-Boston		
1868	Sold		
The information listed above is not the complete record of the ship. The information was collected from a multitude of sources, and new information will be added as it emerges			

Ilustración 22: El gran viaducto del camino de hierro de Lima a la Oroya. *El AMERICANO*. pp. 584-85. Fuente: *Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España*. Acceso: 11 de junio 2020. <http://hemerotecaDigital.bne.es/issue.vm?id=0004280561&page=7&search=Eduarda+mansilla&lang=es>

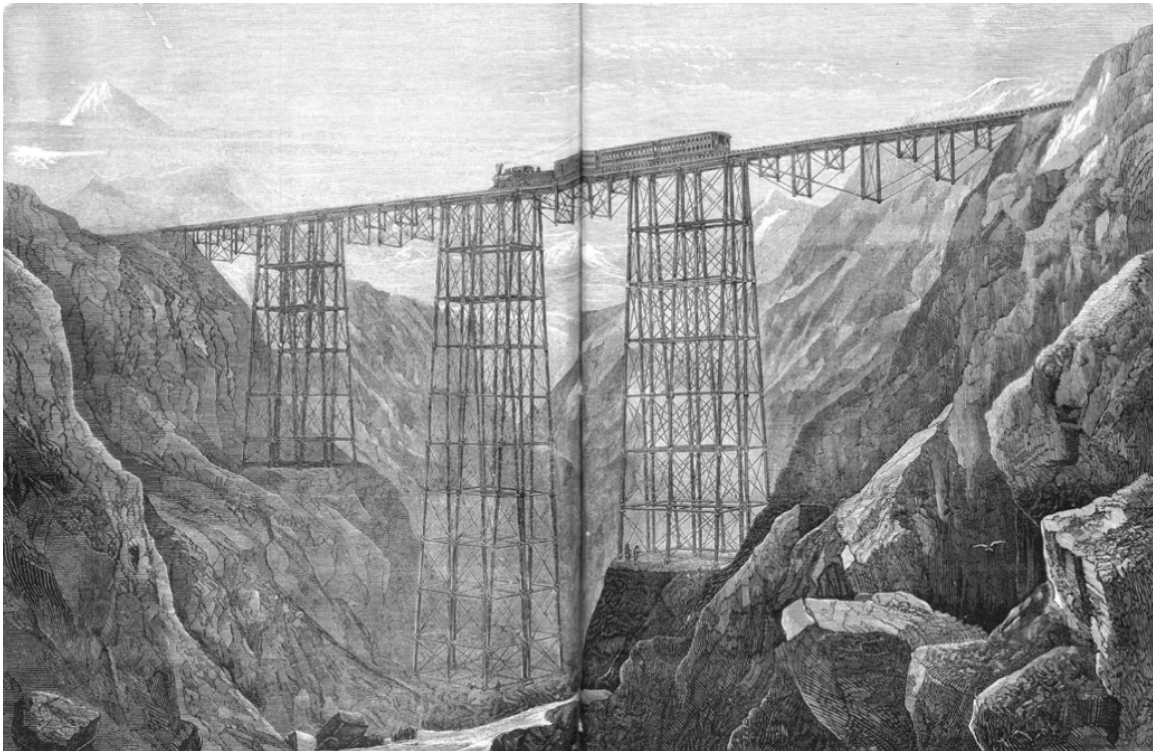
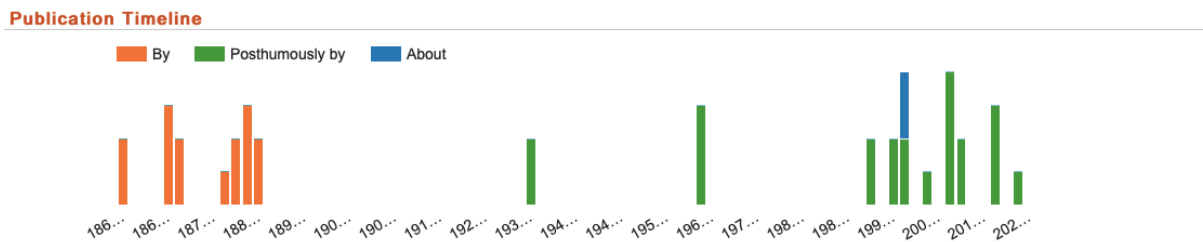


Gráfico 1: Línea temporal de las publicaciones de las obras de Eduarda Mansilla. Fuente: Worldcat.org.





Conversaciones con Manuel Rafael García-Mansilla:

Conversación 1: Confirmación de la fecha de nacimiento de Eduarda Mansilla

Conversación 2: Confirmación fechas de las estancias en Estados Unidos de Eduarda Mansilla

Conversación 3: Confirmación hijos de Eduarda Mansilla

Conversación 1: acerca de la confirmación de la fecha de nacimiento de E. Mansilla

*«No hay ninguna duda que mi tatarabuela **nació el 11 de diciembre de 1834**, festividad de San Dámaso (37° Papa de la Iglesia Católica patrón de los arqueólogos) Fue bautizada en la Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires con el nombre de Eduarda Damasia (era común en la época poner el nombre del santo del día de su nacimiento) el 11 de enero de 1835. Su certificado de nacimiento no existe porque en el año 1834 no se registraban civilmente los nacimientos. Recién a partir de 1886 con el dictado de la Ley 1565 de creación del Registro Civil se comenzó a registrar bautismos, matrimonios y defunciones. Las constancias se obtenían con las partidas de bautismo. En el caso de Eduarda, los registros fueron quemados el 16 de junio de 1955, triste fecha en la que fueron quemadas muchas iglesias en el gobierno de Juan Domingo Perón y se perdieron valiosísimos documentos de nuestra historia.*

Sin embargo, son innumerables los comprobantes que tenemos en el ámbito familiar para aseverar lo que le digo. Investigaciones genealógicas de mi abuelo en las que consignó su fecha de nacimiento el número de folio y año de su partida de bautismo; su partida de matrimonio donde se consigna su edad llevado a cabo el día 11 de enero de 1855, registrada en la Iglesia Parroquial de San Miguel Arcángel de Buenos Aires de la que tenemos constancia de su folio y año (Libro Segundo de matrimonios, Año 1855, folio 66) (testigos León Ortiz de Rozas, su abuelo materno y Cayetana Mansilla Bravo de Oliva su tía paterna), fotografías escritas al dorso, en especial una donde su hija Eduarda «Eda» García-Mansilla, consigna claramente su fecha de nacimiento. Las partidas de bautismo de sus hijos y en particular la de mi bisabuelo Manuel José García-Mansilla quién fue bautizado en Buenos Aires el domingo 11 de diciembre de 1859 (coincidencia?[sic]) en la Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires y donde se dice que su madre tiene 25 años, lo que claramente nos lleva a la fecha de su nacimiento. La edad en la que publicó su primer libro el Médico de San Luis (1860) El Censo de Buenos Aires de 1855 donde figura con 20 años viviendo con su marido en casa de su suegra Manuela Aguirre y Alonso de Lajarrota en la calle Santa Clara Número 100 de la ciudad de Buenos Aires.

En cuanto a la publicación de Hebe de Molina, referida al «Médico de San Luis» ella escribió esos datos biográficos antes de investigar con mayor cuidado sus antecedentes filiatorios. Luego corrigió el año de su nacimiento, en la página 11 de su libro Cuentos (1880) Eduarda Mansilla de García, publicada en Ediciones Corregidor de Buenos Aires en el año 2011.

El poeta colombiano Rafael Pombo, hace años hizo una pequeña semblanza biográfica sobre mi tatarabuela, que fue publicada en la segunda edición del Médico de San Luis (1879) en la que indica con acierto que nació el 11 de diciembre de 1834. Este poeta, que en el año 1861 se desempeñaba como ministro plenipotenciario de Nueva Granada ante los Estados Unidos, hizo buena amistad con mis tatarabuelos que llegaron a Nueva York en junio de 1861 y seguramente recibió esa información de Eduarda». (2019)

Conversación 2: Confirmación fechas de las estancias en Estados Unidos de E. Mansilla

«Quiero aclararle ciertas dudas que algunos escritores se han planteado sobre los viajes a los Estados Unidos de mis tatarabuelos. Esto es interesante porque está directamente relacionado con su libro «Recuerdos de Viaje», que abarca las dos estancias de mis tatarabuelos en los Estados Unidos. Por ejemplo [sic] la que plantea Vanessa Miseres en un capítulo, con la nota al pie número 7. «Manuel García había sido comisionado a Estados Unidos con la tarea de estudiar el sistema judicial norteamericano en la embajada argentina en Washington. En cuanto a los años de la estancia de la familia, existen algunas diferencias en las fechas. María Rosa Lojo señala que Eduarda Mansilla vivió allí en 1860 y entre 1868 y 1872 (Introducción 15). Scatena Franco establece que la primera estancia de la escritora comienza en 1861 y se prolonga hasta 1863, cuando el presidente Mitre designa a García como primer secretario de cuatro delegaciones en Europa (Francia, Inglaterra, Italia y España). Los García Mansilla vuelven a los Estados Unidos y su segunda estancia data de 1868 a 1873, cuando Manuel es comisionado como nuevo ministro plenipotenciario, suplantando a Sarmiento, que vuelve a Argentina para asumir como presidente de la República (Scatena Franco 92)».

Tanto Scatena Franco, como María Rosa Lojo no aciertan con las fechas de la estancia. Dado que hablan del libro de vuestro interés «Recuerdos de viaje» [sic] le diré exactamente cuando llegaron, cuando se fueron y cuando volvieron. Tengo fuentes inobjetables que no dejan dudas al respecto.

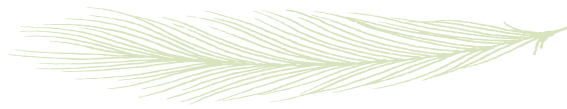
Manuel Rafael García Aguirre y Eduarda Mansilla Ortiz de Rozas, viajaron a Estados Unidos partiendo de Buenos Aires en marzo del año 1861 vía Europa. Llegaron a Europa y allí se encontraron con Juan María Gutiérrez y conversaron mucho con él sobre los motivos del viaje. En el epistolario de Gutiérrez con Juan Bautista Alberdi, queda muy claro para que fueron al país del Norte y cuando partieron y además hace comentarios muy interesantes sobre los García-Mansilla. Partieron el 4 de junio de 1861 y dos días después llegaron a Liverpool, Inglaterra dos días después, para partir en el vapor «El Congo» y llegar luego de catorce días de navegación el 20 de junio de 1861 a Nueva York. Lo dice la propia Eduarda en su libro Recuerdos de Viaje.

Se quedaron hasta octubre de 1862 fecha en que partieron a Londres, donde estuvieron un mes visitando a su prima hermana Manuelita Rosas y su marido Máximo Terrero. Luego viajaron a París y se quedaron en la ciudad luz hasta julio de 1862 y se instalaron en Florencia, Italia, hasta 1863, fecha en que fue nombrado secretario de Legación Argentina en París bajo la conducción de Mariano Balcarce casado con la Mercedes de San Martín y Escalada hija del general José de San Martín.

Es increíble la repercusión que merecía la actuación de mis tatarabuelos en el segundo viaje cuando fue nombrado Ministro Plenipotenciario ante el país del Norte. Tengo muchos diarios de esa época que lo que le digo. Le comparto algunos.» (2019).

Conversación 3: acerca de los hijos de Eduarda Mansilla

«Eduarda y Manuel Rafael mis tatarabuelos tuvieron siete (7) hijos. Tres de ellos están enterrados en el cementerio de La Père Lachaise en París ... Sus hijos se destacaron todos en el ámbito que se desempeñaron. Si quiere saber sobre su vida y obra, le mando los links de Wikipedia, todos escritos bajo nuestro estricto control y supervisión en los que se refleja parte de su vida....



Hasta hoy en día todos los descendientes han hecho honor a los genes que portan. «La mitad de nuestra familia es francesa y vivieron buena parte de su vida en Vannes y un pueblo llamado Plaudren en Bretaña, donde tenían un Château llamado «Le Nedo». La mayor Eduarda «Eda» (para diferenciarla de su madre) se casó con un francés el Barón Charles Marrier de Lagatinerie y formó la rama francesa de nuestra familia, en la que hay miembros que se han destacado en Francia.» Como «Guillemette Marrier de Lagatinerie García-Mansilla, gran escritora que recibió el premio a las letras francesas» (2019).